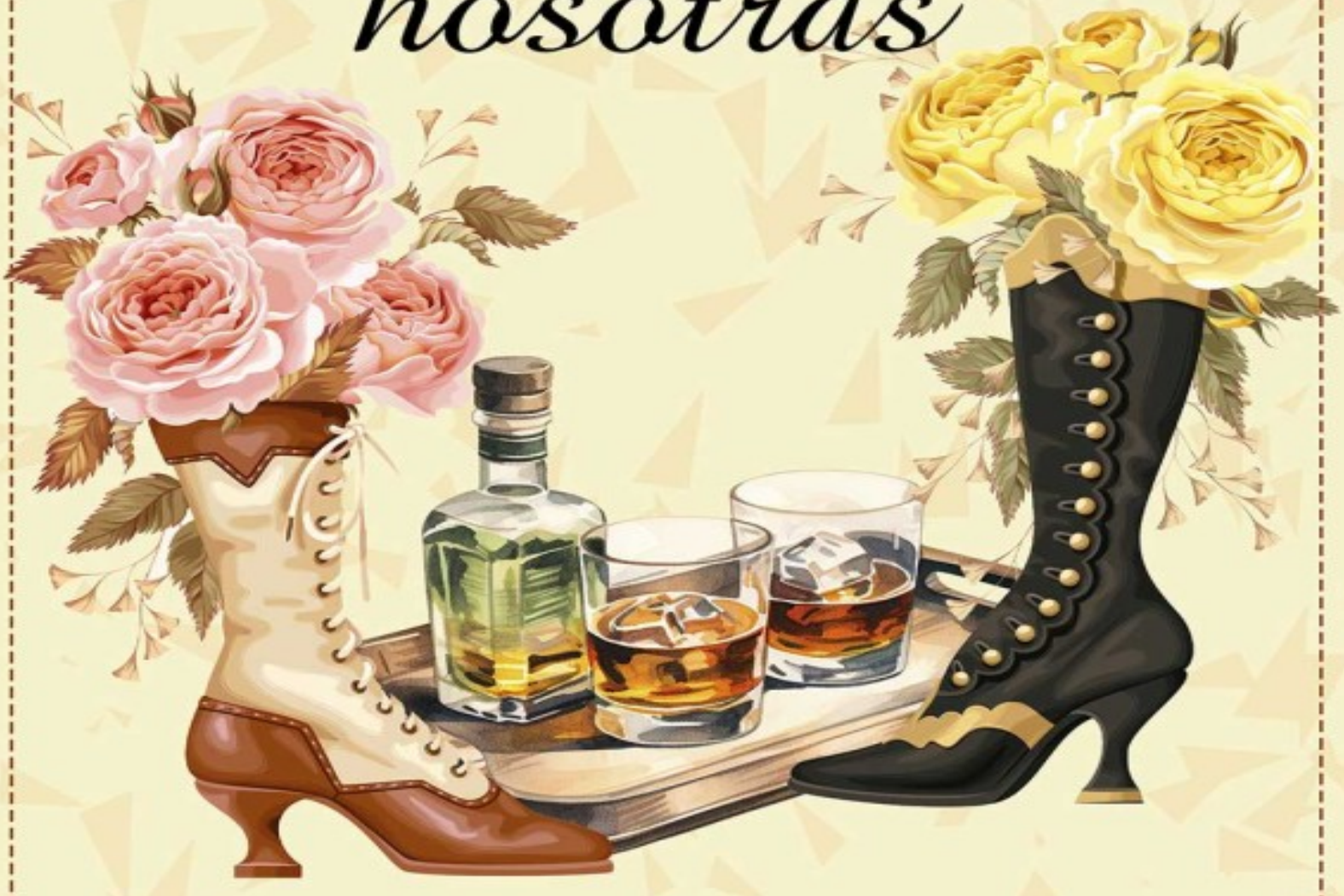
De tu esposa nos encargamos nosotras



Marian Arpa
S. F. Tale

Selecta

De tu esposa nos encargamos nosotras

SERIE
Bellesmoke 3

Marian Arpa y S. F Tale

Selecta

Ya que la novela va de hermanos, la dedicamos a los nuestros:
a Esther y Bea, a Joan Josep, Santi y Lourdes. OS QUEREMOS!!!

Prólogo

En el patio trasero de un burdel, donde los caballeros dejaban sus caballos o los cocheros esperaban a sus patronos en sus carruajes mientras echaban una cabezada tras tomarse unos tragos de sus petacas, se reunían dos hombres ojeando que la oscuridad impidiera que alguien los identificara. No tenían nada que temer, el manto oscuro de la noche iba acompañado de una fina neblina que los ocultaba a todos los ojos que pudieran reparar en ellos, aunque se mantenían en guardia al escuchar los gemidos de las meretrices que hacían disfrutar a los caballeros allí congregados, y potenciaba el mal olor que se concentraba en esa calle de Whitechapel, convirtiendo el aire casi en irrespirable.

Los dos poseían el título de vizcondes.

—¿Qué quieres de mí? —preguntó uno de ellos.

—Tienes que ayudarme, amigo.

El otro se cuestionó desde cuándo lo trataba como tal. Siempre lo hizo como si fuera menos que él, y de repente se había convertido en su amigo, no se fiaba de ese tipo. Sabía muy bien los motes que le habían puesto sus pares, a cada cual más florido. Podía parecer tonto; sin embargo, no lo era tanto.

—¿A qué viene eso? Nunca nos hemos relacionado.

—Pero ahora necesito... —Le daba una vergüenza atroz rebajarse a pedir ayuda a ese tipo al que él mismo había menospreciado. Si lo hacía era porque tenía la soga al cuello, y como su esposa se enterara del asunto, iba a arder Troya. Además, era conocido por todos los londinenses que había muerto un pariente suyo, y ese hombre había heredado toda su fortuna, ¿quién mejor que ese para pedirle dinero? Si lo decía por ahí, nadie lo creería, tenía tan mala fama...—. ¿Podrías hacerme un préstamo?

Los ojillos del hombre se entrecerraron fijos en ese que le pedía ayuda monetaria.

—¿Tienes en cuenta que me lo tendrás que devolver? —Vio al otro que se removía incómodo, él ya estaba maquinando cómo cobrarse ese favor—. Ya encontraré la forma de recuperar mi inversión. —Lo tenía clarísimo, si ese lord pretendía tomarle el pelo, él sería quien riera el último.

Capítulo 1

Rebecca, Blanche, Constance y Lilia estaban en el salón, sirviéndose una copita tras otra de licores. Las cuatro llevaban ya varias y empezaban a reírse sin motivo alguno mientras hablaban y ponían en orden el mundo, según ellas. No se salvaban ni los políticos.

—Lilia, cómete algunos dulces que estás empezando a decir tonterías —dijo Constance a su hermana cuando vio los colores que tenía en las mejillas, señal de que el licor se le estaba subiendo a la cabeza, sin percatarse de que ella lucía los mismos.

—No tengo hambre; sin embargo, este calor hace que tenga mucha sed. —Lilia rechazó el ofrecimiento de su hermana con un aspaviento.

—A mí me pasa lo mismo —asintió Blanche, la duquesa madre, que inclinada sobre la mesa estaba escribiendo en un papel, escuchando lo que se les ocurría a sus amigas.

—Esa palabra me suena muy fuerte —puntualizó Rebecca, mirando lo que hacía su amiga por encima del hombro y estirando el cuello cual avestruz.

—Tú tranquila, ya saldrá otra mejor, tenemos un lenguaje muy rico y florido. —Constance se tiraba flores, tenía la confianza y la

autoestima por las nubes.

Lilia reía como si le estuviesen haciendo cosquillas, tenía la risa tonta debido a lo que se estaba bebiendo.

—¿Y de ella? —inquirió Blanche.

Las cuatro mujeres juntaron las cabezas, sobre la mesita, soltando carcajadas por sus ocurrencias.

—Nos deberían contratar para esto —afirmó Rebecca abanicándose con una servilleta—. Se nos da muy bien.

—Normal, es que conocemos todos los entresijos. —Blanche estaba muy segura de sí misma.

—Somos viejas, pero no tontas —respondió Constance.

Las tres se fijaron que Lilia había cogido el papel y estaba garabateando muy concentrada, apenas parpadeaba, tenía la cabeza tan inclinada que parecía que en cualquier momento se le desenroscaría de entre los hombros y saldría rodando por encima de la mesa.

—Creo que ya está. —Empujó lo que tenía entre las manos para que lo vieran sus tres acompañantes.

Durante unos segundos el salón se cubrió por un silencio que no era malo, sino que en él vibraba la anticipación de lo que podía ocurrir, aunque a ellas ese aspecto no les preocupaba porque no se les había pasado por la cabeza, ya que lo veían como un juego inofensivo.

—¡¡¡Memorable!!! —exclamó Rebecca.

—Divino —suspiró Blanche—. Ya lo pude haber utilizado con Nicholas, ¿cómo no se me ocurrió?

—No estábamos nosotras —la justificó Constance.

—Debe ser eso —añadió Blanche realmente feliz.

—Hermana, tienes una imaginación magnífica —la felicitó Constance.

—Lo sé. —Lilia se removió en la silla haciéndose la interesante—. Y qué os parece si...

Las cuatro mujeres volvieron a pegar las cabezas y oyeron la gran idea que se le había ocurrido a Lilia.

—Perfecto. —Para Rebecca era una genialidad—. Este trabajo debe ser admirado por todo Londres, ¿estamos de acuerdo?

—¡Adelante, mis valerosas *caballeras*! —gritó Blanche.

—¡Carpenter, querido, ven! —lo llamó a gritos Constance.

Con recelo el buen hombre asomó la cabeza por la puerta, la dama no solía llamarlo así.

—¿Señora?

—Ven, ven, acércate. —El hombre caminaba vacilante—. Tranquilo, no te voy a comer. —Cuando Carpenter estuvo a su lado, ella le dio algo en mano—. Llévalo al periódico.

Él asintió.

—Londres se sorprenderá de nuestro arte.

La embriaguez de las cuatro nunca fue tan grande, al día siguiente sufrirían las consecuencias, pensó Carpenter, cumpliendo la comanda de su señora; a saber lo que se traían entre manos y si se acordarían de ello cuando se les pasara el efecto de aquellas copas de más.

Capítulo 2

Era una mañana despejada y agradable en Piccadilly.

Los carruajes iban y venían como cualquier día normal; los pájaros trinaban alegres animando el ambiente si uno estaba asomado, por lo que también se podía oler el humo de las chimeneas. Detrás de las cortinas que ocultaban los interiores de la casa, se podía ver alguna que otra sirvienta acicalando las habitaciones. Las damas habían salido a pasear con sus doncellas aprovechando el buen día (se cotizaban muy alto en Londres), aunque las que se habían quedado en casa eran las que provocaban movimientos extraños en los cortinajes, pues se meneaban o se balanceaban como si una brisa las rozase, lo que era imposible por tener las ventanas cerradas. Las chismosas de Piccadilly estaban atentas a lo que sucedía a su alrededor.

Para los que aquella mañana no era tan corriente era para la familia Bellesmoke. Lilia y Constance estaban asomadas viendo a las muchachas que colapsaban la entrada de la mansión y que esperaban su turno para poder acceder a la casa.

—Por favor, ¿esto qué es? —Constance se llevó una mano al pecho.

—Si hubiésemos llamado a una institutriz, creo que no acudirían

tantas. —Sopesó Lilia—. Y una pregunta...

—¿Solo una? —Constance echó mano de su ironía.

—¿Por qué algunas llevan sombreros con velos? —Ladeó tanto la cabeza que se dio con la sien en el cristal.

—Yo te lo explico: no quieren ser reconocidas.

—Pero ¿por qué están esperando en la puerta? —expuso esa gran duda al hecho de que no entendía nada.

—Es que sus caras no me resultan familiares de los bailes.

—Acude mucha gente.

—Lilia, sus caras no me suenan, ¿serán estafadoras vestidas de damas de bien?

—No...

—Mira, por ahí vienen Rebecca y Blanche —anunció Constance.

Acudieron a recibirlas en cuanto Carpenter les permitió el paso.

—Te lo dije —Blanche le dio de golpecitos en el brazo a Rebecca —, sabía que estaríais invadidas por colas interminables de muchachas.

—¿A qué viene eso y lo de ahí fuera? —inquirió Lilia.

—Sentémonos —las animó Rebecca.

Todas tomaron asiento en los sofás, unas frente a otras, y durante algunos segundos se miraron; Constance pidió a una de las sirvientas un té para todas. No tocaron el tema hasta que lo sirvieron acompañados de unos dulces.

—Está bien, hablaré yo. —Blanche, con total confianza, se quitó los guantes—. Resulta que todas las casas de los vizcondes han amanecido tal cual a la vuestra.

—¿Por qué? —Constance no entendía nada.

—¿Es que los vizcondes se han puesto de moda como los últimos modelos de la temporada? —bromeó Lilia tomando un sorbo de su té.

Blanche se levantó para coger el periódico que estaba en la mesita baja que había entre los sofás y buscó algo en él. Al hallarlo, lo dobló antes de volver a su sitio en la mesa y se lo tendió a las dos hermanas.

—Leed esto —les ordenó.

Cegadas por la incomprensión y la ignorancia a lo que sucedía, Lilia y Constance así lo hicieron y lo que leyeron las dejó de una pieza.

> Se busca esposa para vizconde insoportable,
> para que de una vez siente la cabeza.
> Debe ser de buena familia, que le gusten los bailes,
> con carácter y dispuesta a domar (opcional: si es con látigo, mejor).
> Educada (ante todo), que le guste la lectura,
> el campo y la vida tranquila.

A medida que sus ojos se iban agrandando, sus cejas se alzaban y poco a poco iban abriendo la boca sin dar crédito a lo que tenían delante. Lo tuvieron que repasar varias veces en silencio, ya que aquella desfachatez no tenía límites.

—¿Quién ha escrito esta ridiculez? —Constance alternaba la mirada entre la prensa y sus amigas.

—Eso nos gustaría saber —respondió Blanche sin dar detalles.

—La persona que lo hizo se coronó de gloria —asintió Rebecca, que cogió un pastelito para endulzar su té.

—Jamás se me ocurriría escribir algo así para luego hacerlo público, ¡qué poco tacto! —sentenció Lilia.

—Y, no es por nada, hay que tener mucha imaginación y no importarte las malas lenguas —siguió Constance.

Blanche volvió a coger el periódico.

—Otra cosa: hace falta querer muy mal a ese hombre, hermano, hijo, lo que sea, para llamarlo literalmente «insoportable».

—Eso es —afirmó Constance—, nosotras estamos en potestad de hablar de Nicholas, Fred o Arthur, pero algo sé...

—No escribiríamos esto. —Lilia negó con la cabeza terminando la frase de su hermana. Frunció el ceño, cogiendo de nuevo el diario—. Aunque esto me ha parecido que lo leí en alguna parte.

—¿Este anuncio ha salido publicado antes? —Rebecca separó la taza de té y dejó el dulce que sostenía en la mano en el plato para prestar más atención a sus amigas.

—Vaya, es información nueva —exclamó Blanche asombrada.

—No sabría qué deciros, pero me suena —repitió Lilia.

—A lo mejor has oído algo en alguna fiesta. —Constance le dio esa opción a su hermana.

—No lo sé, igual lo soñé. —Lilia agitó la cabeza para separar esos pensamientos—. Lo que nunca haría sería pedir a una mujer que domase con látigo.

—Atiende, Lilia, si seguimos la línea narrativa del artículo —Rebecca en ese punto se puso seria cual profesora de Oxford—, estamos hablando de un vizconde insoportable, ¿qué grado de insoportabilidad? No lo sabemos, pero a lo mejor necesita que lo metan en vereda.

—Aun así, Rebecca —Constance no las tenía todas consigo—, ¿hablarías de esta manera de Fred?

Rebecca lo sopesó.

—Alguna vez lo llamé «insoportable» —reconoció.

—No lo hiciste público —le señaló Lilia.

—Se lo dije a la cara para que lo supiera. —Rebecca soltó una risita maliciosa.

—Ahí lo tienes. —Constance alzó el periódico—. No escribiste

este esperpento. —Lo lanzó a la mesa chasqueando la lengua—. Menudo atrevimiento.

Sus amigas vieron como se levantaba y salía del salón. La siguieron, pues no querían perderse a dónde iba. Constance abrió la puerta de la calle y, tiesa como una vara, anunció:

—Ya os podéis marchar y despejar la calle, el vizconde Bellesmoke no está y permanecerá fuera toda la semana —les mintió a conciencia.

—¿Arthur no está? —Blanche entrecerró los ojos a esa información.

—Está en su despacho —les dijo Lilia.

—Me estaba poniendo en duda, porque ayer lo vi. —Blanche estaba más tranquila, no había perdido la sesera.

—Fuera, fuera, fuera. —Constance iba moviendo las manos como quien espanta a las gallinas—. Eso es, y no volváis, gracias. —Entró de nuevo cerrando la puerta tras de sí—. Asunto resuelto. —Entonces añadió mirando a Carpenter, el mayordomo—: Que no entre ninguna de esas mujeres.

El hombre asintió con la cabeza.

—Como usted diga, señora.

—Todo arreglado —dijo Constance.

—No lo está del todo. —Blanche fue la primera que se dirigió al salón.

Cuando estuvieron acomodadas, volvieron al tema.

—¿Quién lo escribió? —Miró a sus amigas con ansias de esclarecer ese misterio.

—Yo no —se exculpó Lilia.

—Claro que no —aseveró Constance—, nosotras tenemos nuestro propio estilo de hacer las cosas.

—Quien lo llevó a toda la prensa del país está claro que es libre

de toda vergüenza. —Rebecca terminó el té y se sirvió otra taza.

—Tenemos que descubrir quién está detrás. —Lilia se emocionó por ese misterio.

—Pronto lo haremos —afirmó Constance.

—Estás muy segura. —A Blanche le asombró la convicción de su amiga, que le lanzó una mirada muy tenaz.

—Un misterio como este se desvelará pronto, como la identidad del «vizconde insoportable». Acercaos.

Las cuatro amigas juntaron las cabezas y comenzaron a exponer a todos los vizcondes del país haciendo listas mentales de quiénes podían ser o no.

Capítulo 3

Lady Crawford caminaba apresurada por la calle; había salido con su doncella para ir a la modista y, al ver algunas damas con sus mejores galas, se extrañó. ¿Qué estaba pasando? Esa elegancia era propia de las noches en que se acudía a algún baile o reunión en las mansiones de los lores y ladies que pretendían lucirse ante sus amistades, presumir e impresionar. Además de empujar a sus retoños para que hicieran un buen matrimonio, para que cazaran al mejor partido.

¿Cómo informarse? Al ver a muchas doncellas que acompañaban a señoras, mandó a la suya a preguntar, el servicio era el primero en enterarse de los cotilleos de sus señores.

—Mary, ve y averigua qué está ocurriendo.

—Sí, milady. —La mujer hacía muchos años que trabajaba para los Crawford, estaba acostumbrada a ir de acá para allá para informar a su señora de los chismorreos, que luego ella iba esparciendo entre sus amistades; era una cotorra que solo cerraba la boca cuando afectaba a su familia, porque hablaba incluso dormida. Tenía una lengua viperina que no dejaba títere con cabeza, Más valía caer de una azotea que en su boca.

Mientras Mary hablaba con otra criada, lady Crawford vio a la

marquesa que entraba en el negocio de una sombrerera, la siguió y se hizo la encontradiza.

—Hola, Claire, qué casualidad encontrarnos aquí. —La mujer era la marquesa Darlington, y la miró con los ojos brillantes, ambas eran muy aficionadas a criticar a todo el mundo.

—Oh, sí. Me alegro mucho de verte, hacía tiempo que no coincidíamos, como he pasado una temporada en el campo... —Era cierto, había escuchado que su esposo estaba enfermo y que se marcharon a su propiedad lejos de Londres por consejo del doctor—. Imagínate, volvimos ayer, y mira hoy con qué panorama me encuentro. —Claire señaló la calle donde las damas acompañaban a jovencitas que no parecían muy contentas.

—Esas muchachitas parece que se dirigen al sacamuelas —afirmó la vizcondesa Cordelia, sin decir que ignoraba aquel ir y venir de damas. Claire no dudaría en decirle que se había caído de un guindo si reconocía que no estaba enterada de lo que estaba pasando.

—No es para menos, esa publicación en el diario no deja a ese hombre en muy buen lugar, y que encima sus madres quieran que se casen con ese personaje...

Cordelia apretó las muelas para no reaccionar, ¿una publicación? ¿Todas esas mujeres iban detrás de un hombre? Debía encontrar un periódico lo antes posible, ella misma tenía una hija casadera y no iba a perder la oportunidad de desposarla con un buen partido, y todo ese ir y venir vaticinaba que sería alguien de renombre. Podía ser algún viejo si había tenido que recurrir a anunciarlo en el diario, pero qué más daba, quien lo cazara se quedaría viuda más pronto y podría disfrutar de la herencia y del título, eso se podía considerar un regalo.

—Tienes toda la razón, que madres tan poco consideradas —

soltó sin reconocer que ella estaba a punto de hacer lo mismo—. Ahora te dejo, que veo a mi doncella que ya ha terminado un encargo que le he hecho.

La marquesa Claire Darlington no era ninguna tonta, y reconoció el ardid de Cordelia desde la primera palabra; supo que se apresuraría a ir a casa y hacer que Caroline, su hija, se pusiera de punta en blanco para cazar a ese lord que el muy lerdo ni siquiera había puesto quién era, ¿cómo esperaba que las mujeres lo encontraran?

***

La vizcondesa Crawford entró en su casa como un barco a vapor en medio de una tempestad.

—Lewis, ¿dónde está mi hija? —preguntó al mayordomo, que le abrió la puerta tieso como un palo.

—Está en la biblioteca, milady.

—Vaya a buscarla y... —No terminó de decir lo que pensaba, ella misma se dirigió a aquella estancia donde su hija pasaba tantas horas leyendo, cuando no estaba en el jardín cuidando de sus rosas y los tulipanes que había hecho traer de Holanda.

Cordelia entró con prisas, y lo primero que hizo fue ojear el diario que su esposo había dejado sobre una de las mesas.

—Buen día también para ti, madre —dijo Caroline molesta porque no se hubiese ocupado de saludarla, no le gustaba ser ignorada.

La vizcondesa hizo un gesto con la mano, como desestimando lo que había dicho su hija. Estaba pasando una hoja cuando el anuncio del que le había hablado la marquesa apareció ante ella, lo leyó y releyó varias veces. Seguro que se trataba de un viejo que deseaba

tener un heredero antes de irse al otro barrio, pensó. Soltó un soplido al ver que se trataba de un vizconde, adiós a la ilusión de que su hija se casara con algún lord de más alto rango, claro que siempre lo podría hacer en segundas nupcias.

—Caroline, sube y que Mabel te ponga muy guapa, vamos a salir.

La hija no hizo ningún movimiento, ¿qué le sucedía a su madre? ¿Es que se le estaba yendo la cabeza? Ellas tenían por costumbre salir a lucirse en el parque por las tardes, al mediodía el sol hacía que le salieran pecas, y no se encontraban con sus amistades.

—¿Qué te ocurre, madre? Pareces muy nerviosa —habló poniendo un dedo en la página que estaba leyendo y mirando a la vizcondesa. No se movió del sillón donde estaba sentada con los pies debajo del cuerpo.

Cordelia miró a su hija con una sonrisa calculadora en los ojos.

—Hay un vizconde que está buscando esposa.

Caroline no sabía dónde quería llegar su madre.

—Siempre hay alguno, ¿qué tiene eso de extraño?

La mujer le dio el periódico abierto en la página donde salía el anuncio. La chica no podía creer lo que veía.

—¿Te das cuenta? Hay alguno lo bastante desesperado para llegar a esos extremos.

—Lo que me parece a mí es que le falla la sesera. Debe ser un idiota que no es capaz de conquistar a una dama.

—Tienes que darle el beneficio de la duda.

Caroline miró a su madre con los ojos muy abiertos.

—¿No te has parado a pensar que puede ser la locura de un hombre sin seso? Que puede tratarse de un sinvergüenza que quiera propasarse con una mujer o que busque a la que tenga la dote más grande.

A veces su madre estaba tan empeñada en casarla que no se

paraba a pensar en que podía ser que pretendieran burlarse de las mujeres. No se le ocurría nada más humillante que acudir a una cita con un hombre que lo único que quería era tomarle el pelo. No, no iba a seguir aquel disparate.

—No lo creo —dijo la mujer levantando el dedo apuntador, como si fuera una batuta de un director de orquesta.

—Mamá, por Dios. Nunca había escuchado que un hombre se anuncie en el periódico, ¿no te das cuenta de que tiene que ser un besugo para buscar esposa de esta forma? Miedo me da el hombre que haya escrito esto.

—No, no lo creo. Quizá es muy inteligente y no quiere perder el tiempo... debe estar muy ocupado.

—No voy a seguir el juego de un mentecato que quiere burlarse de las mujeres. —Se levantó del sillón y se encaró a su madre—. Si las demás quieren ser el hazmerreír de Londres, lo encuentro muy bien, pero que nadie espere que yo participe en esta treta.

—Niña, no digas tonterías, no te puedes imaginar a las damas que están rodando por las calles de Londres tratando de adivinar quién es ese vizconde. Luciéndose y dejándose ver con sus mejores galas.

Caroline movió la cabeza, ¡qué poco respeto se tenían algunas damas!

Lady Crawford quería hacer entrar en razón a su hija; sin embargo, su convencimiento estaba empezando a flaquear, ella era de la vieja escuela, donde los hombres tenían que esforzarse para conquistar a una dama, comenzó a preguntarse si Caroline estaría en lo cierto.

A la vizcondesa Crawford le pasaron por la cabeza los lores jóvenes y no tanto que pudiesen haber decidido casarse, frunció el ceño repasando los que se le ocurrieron, y cuando llegó a

Bellesmoke se quedó quieta, como si de repente un rayo la hubiese atravesado. Dudaba que él hubiese puesto ese anuncio en el diario, pero...

—Reconozco esa mirada, madre, no te imagines que has descubierto la receta del té con miel. ¿Te has parado a pensar que quien ha escrito eso lo ha hecho para reírse de las mujeres?, ni siquiera ha puesto dónde se lo puede encontrar ni quién es. O eso, o es un tonto muy tonto.

Caroline señalaba lo evidente, su madre cavilaba de dónde podía haber salido aquella información.

No estaba tan segura de sus amigas, Constance y Lilia, que eran las tías del vizconde, ellas eran capaces de todo. Además, en pocos meses habían casado a las hermanas gemelas del vizconde, ¿le habrían encontrado el gusto en organizar bodas? Les haría una visita por si se les escapaba cualquier detalle sobre lo que estaba ocurriendo. ¿Habría algún motivo por el que sus amigas quisieran casar a su sobrino? Quizá algo jugoso que quisieran mantener en secreto y que casándolo resolverían. Las creía capaces de eso y mucho más.

Capítulo 4

Por mucho que Constance se empeñara, ese día le fue imposible espantar a las muchachas que hacían corrillos en la puerta de la casa. Unas se iban, y de inmediato llegaban otras.

«¿De dónde salen tantas? ¿Es que estas damas vienen de todo el país?», barruntaba para sus adentros, aunque también se preguntaba dónde estaban las familias de todas ellas. Si reparaba en esa fila, se percataba de que más de una iba disfrazada con esos sombreros con velos que ocultaban sus rostros, o en alguna cosa descubrió que había más de una viuda joven que iba con intenciones casamenteras a ver a Arthur. Si hacía caso del dichoso artículo, ese tipo de mujer con suerte podría no solo enamorar a su sobrino, sino que también lo pondría firme.

«No te emociones tanto, que puede ser una arpía», se aconsejó a sí misma.

—¿Es que esto no va a terminar nunca? —protestó Lilia mirando por la ventana.

—Hermana, esto no ha hecho más que comenzar —suspiró frustrada Constance.

—Este no es el proceder de una dama de alta alcurnia —las molestó Lilia a través de la ventana, por ello la fila de mujeres no la

escuchó.

—Hay momentos que pienso que son actrices o cantantes de ópera.

—Las últimas a las que te refieres suelen ser muy corpulentas —apostilló Lilia haciendo acopio de todos sus recuerdos.

—No todas, las hay más jóvenes.

—Vamos, que nuestra casa se está llenando de mujeres no muy respetables, ¿eso quieres decir? —Lilia rozaba la estupefacción.

—No, pero...

—¡Ah! —gritó Lilia, interrumpiendo a su hermana—. ¡Son unas cazafortunas! Por eso se ocultan con esos velos que son más feos que los hábitos de las monjas.

—Lilia, no, algunas se ocultarán para que nadie conozca su identidad, porque detrás se puede hallar una muchacha de buena cuna.

—Cazafortunas, también, y no me repliques, Constance, de estas abundan en todas las clases, sean ricas o pobres. —Afirmó con un gesto de cabeza—. Con tantas podremos escribir un libro: *Guía de damas cazafortunas y cómo deshacerse de ellas*.

—Controla tu vena asesina —le advirtió Constance.

—Me cuesta trabajo, ¿sabes?

Cuando Constance volvió la vista hacia la ventana vio que se producía un revuelo en la fila.

—¿Qué sucede ahora?

—Que se echen a volar, ¡por favor, Dios! —suplicó Lilia.

De entre las mujeres, asomó la cabeza y salió a trompicones una que hacía algún tiempo que Lilia y Constance no veían. Una amiga con la que no coincidieron en casi ninguno de los bailes a los que asistieron para encontrarles esposo a Diana y Aileen y a la que realmente habían añorado, pues la vizcondesa Crawford tenía una

especialidad única: sin estar, sabía ponerles nombres, apellidos y títulos a los protagonistas. ¡ERA UNA SABUESA DE LOS ESCÁNDALOS O NOTICIAS JUGOSAS!

—¡Mira, es Cordelia! —exclamó con alegría renovada Lilia.

Las dos salieron a recibirla cuando Carpenter le permitió el paso al interior.

—No se aceptan más visitas, gracias —habló con rudeza a la muchacha que pretendía meter un pie dentro. Le cerró la puerta casi en la punta de la nariz.

—¡Cordelia! —la saludó Constance.

—¡Queridas mías! —Las tres se cogieron de las manos en medio del recibidor—. ¿Cómo estáis?

—Bien...

—Eso de bien, Lilia, no es verdad, porque ya ves que quieren asaltarnos la casa ya que aquí vive un vizconde —explicó Constance sin pelos en la lengua.

—Sí, es verdad, es lo nunca visto en Londres, os lo aseguro —asintió Cordelia.

—No hace falta que lo digas, porque en los años que viví aquí nunca percibí esta locura. —Chasqueó la lengua, después puso un gesto de desagrado con la boca y miró la puerta por encima del hombro—. No sé qué les ha picado a esas muchachas.

—Pues eso nos gustaría saber —convino Lilia—. Pasemos al salón.

Allí las tres se acomodaron, luego de que Constance pidiera que les sirvieran un té.

—¿Qué tal, Cordelia? —Se interesó Constance—. Hace mucho que no nos ponemos al día.

—Por eso estoy aquí. —La vizcondesa se colocó al borde del sofá —. Por casa todo igual, el vizconde está a lo suyo con sus negocios e

invirtiendo.

—¿Y Caroline? Hace mucho que no la veo —preguntó Lilia—. Seguro que está preciosa.

—Bueno. —Con humildad pero con orgullo de madre, Cordelia sonrió.

—Seguro que sí. —Le sonrió con confianza a su amiga.

—Sí, es muy bonita, pero qué voy a decir yo, si soy su madre. Eso sí, es muy cabezota, y llevarla a algún evento o baile a veces es imposible y acaba con mi paciencia. —Negó con la cabeza.

Constance la vio un poco harta con esa situación.

—No te preocupes, nosotras también pasamos lo nuestro y no con una, sino con nuestras dos sobrinas. Te lo podemos asegurar. —Para Constance era un alivio que se hubieran casado.

—Sobre todo con Aileen, fue muy difícil. —Lilia le dio la razón a su hermana.

—Pero lo habéis conseguido, yo no sé si podré aguantarlo por más tiempo —suspiró con hastío.

Les sirvieron el té; y cuando se retiraron las dos sirvientas, la conversación continuó.

—¿Y Arthur? —inquirió la vizcondesa.

—Pues visto lo visto con lo que hay en la calle, no ha salido de casa y no lo hará hasta después de la cena, ya avisó a sus amigos —le contó en confianza Lilia.

—Este muchacho —Constance bajó la voz— requiere de una compañera y ya lo hemos amenazado: «De tu esposa nos encargamos nosotras», pero ni con esas actúa.

—Le encanta la soltería, estoy convencida. —Tras eso, Lilia bebió un sorbo de té.

—Estos muchachos, de verdad, huir del amor y del matrimonio, paparruchas —protestó Constance.

—¿Os puedo ser sinceras? —Cordelia sabía que con ellas no hacía falta preguntar.

—Claro. —Le fue franca Lilia.

—He leído el anuncio o noticia, como queráis llamarlo —confesó.

—Dudo que a estas alturas del día haya alguien que no lo leyese —Constance tiró de ironía.

—Cuando lo vi, creí que lo habíais escrito vosotras. —Aquella declaración dejó a las dos hermanas patidifusas.

—¿Nosotras? —Constance había quedado de una pieza hasta que sonrió—. No, por supuesto que no. —Se rio.

—Nosotras lo armaríamos de otra manera si quisiéramos ridiculizar a Arthur —aseguró Lilia—, pero jamás en público.

—Quien lo hiciera tuvo muy mala previsión, porque ya nos llegó que hay colas de muchachas en todas las casas de los vizcondes. —Constance cogió la taza de té—. En la tuya no, evidentemente, suerte que tienes una hija.

—Es que por eso estoy aquí —dijo feliz Cordelia.

—¿Por qué estás aquí? —Lilia no la entendía.

—Como creí que vosotras erais las autoras, os venía a hablar de Caroline. —La vizcondesa dejó el té en la mesa y revolvió en su monedero, de donde sacó un trozo de periódico—. «Debe ser de buena familia» —levantó la cabeza—, los Bellesmoke y los Crawford nos conocemos de siempre.

—Es verdad, tu marido y nuestro querido hermano hacían buenos negocios —recordó Constance con un pellizco de tristeza.

—Fuisteis los únicos que los fueron a despedir al puerto cuando se embarcaron hacia la India. —Lilia tenía grabada a fuego esa imagen en la mente.

—Sí, cierto. —Cordelia bajó los ojos hacia el trozo de papel—. «Que le gusten los bailes» —chasqueó la lengua—, ya os expliqué

que no le gusta prodigarse, pero «con carácter», ya os digo que lo tiene, porque a veces suelta lo que la mayoría no quiere escuchar; «dispuesta a domar (opcional: si es con látigo mejor)». —Soltó una risilla nerviosa—. No veo a mi hija domando, aunque todo pudiera ser. —Continuó leyendo—: «Educada (ante todo), que le guste la lectura, el campo y la vida tranquila», esto último os lo puedo afirmar sin dilaciones.

—Ahora me pregunto: ¿quién se ha inspirado en tu hija? —Para Constance no era una cuestión baladí.

—Pues, pensándolo bien, no lo sé. —Cordelia se encogió de hombros—. Vosotras no tenéis nada que ver, pero aprovechando esto —alzó el pedazo de papel—, podemos probar, mi hija no tiene ningún pretendiente, vuestro Arthur es reacio, ¿qué podemos perder?

—¡Me encantas! —exclamó Lilia—. ¡Hagamos de casamenteras!

—Ellos no lo pueden saber —apuntilló Constance—. Debemos ser muy cautelosas y disimular todo lo que podamos.

—Hay que hacerlo pasar como casualidades de la vida. —Cordelia ya sabía que podía fiarse de ellas.

—¿Cuándo empezamos?

Esa pregunta de Lilia fue el pistoletazo de salida para comenzar a urdir un plan.

Capítulo 5

Esa misma noche, el conde Wrigh, al que sus amigos llamaban Fred, estaba sentado en una mesa del White's con el duque Ravenstone y el vizconde Bellesmoke. Los tres se estaban tomando unas copas de whisky.

El duque había vuelto de su luna de miel, un viaje por Europa que hizo con una de las hermanas de Arthur, el vizconde. Hacía varios meses que el conde se había casado con la otra de las hermanas y presumía de tener más experiencia en el matrimonio.

—Imagino que con el poco tiempo que llevas casado aún no te ha tirado nada a la cabeza, que la tienes embelesada. —Fred bromeaba con su amigo.

Arthur soltó una carcajada.

—Oye, que Aileen no caería tan bajo como para tirarle cualquier cosa a la cabeza. Es toda una dama.

—Nadie ha dicho que no lo sea, solo estoy señalando que si no se porta bien...

—No vas muy desencaminado. —Le dio la razón Nicholas, el duque, a quien sus amigos llamaban Nick, solo su madre usaba el nombre completo—. A los pocos días de conocerla, se hizo pasar por su hermana gemela y me pisoteó mientras bailábamos, mi esposa es

una fierecilla cuando se lo propone. —Rio con picardía—. Y me encanta que sea así.

—Yo iría con cuidado, si la haces enfadar es muy capaz de cerrar la puerta que comunica sus aposentos con los tuyos —alertó Arthur.

Los ojos azules de Nick brillaron.

—Ya lo intentó.

Fred clavó su mirada en él.

—¿Qué le hiciste? Si Diana se entera hará que te eche a los perros. —El conde conocía muy bien a su esposa Diana, la gemela de Aileen, y cuando se lo proponían las hermanas eran terribles—. Ya sabes que las dos son una... y si ofendes a cualquiera de ellas lo convertirán en personal.

A Nick se le estiraban los labios, lo que Fred decía ya lo sabía. Diana y Aileen juntas podrían volver loco al más cuerdo de los hombres.

La mirada de Arthur iba del uno al otro, le alegraba que sus hermanas hubiesen enamorado a sus amigos, estos las tratarían como si fueran reinas.

—¿Por qué das por sentado que la ofendí de alguna forma? ¿Es que no te has dado cuenta de que adoro el suelo que pisa? —Nick sonreía como un demonio—. Me conoces muy poco, digamos que eran juegos de alcoba, ella se puso caprichosa y se encerró.

Sus amigos soltaron una risotada.

—¿Y tú qué hiciste?

—Tiré la puerta abajo, ahora ya no hay nada que nos separe. —Su sonrisa canallesca ante la cara sorprendida de Fred y Arthur hizo que se burlara de ellos—. Aileen tiene mucho carácter, pero no puede competir con el mío.

—No sigas, puedo imaginarme cómo terminaste con la tontería —asintió Arthur tapándose los ojos con una mano, seguro que le

habría hecho el amor como un loco hasta que ella reconociera que él mandaba; no obstante, sabía que su hermana se las podía hacer pasar canutas si él no le seguía la corriente—. Pero... ¿quieres que te dé un consejo?

—No hace falta, sé muy bien cómo tratar a mi esposa.

El tono de voz de Nick era chulesco; sin embargo, Arthur iba a decirlo para no tener a sus hermanas en pie de guerra contra sus amigos. Si eso ocurría, él se encontraría en medio.

—Siempre has sabido cómo manejar a las mujeres, que no es lo mismo que tratar a tu esposa, ella no es cualquiera ni es una noche de pasión. —Miró a los dos—. No las hagáis enfadar, mis hermanas son más tercas que las mulas. —Al tiempo que lo decía señalaba con el dedo a los dos—. Eso va por ambos, si queréis tener una vida tranquila mejor que las hagáis sentir el centro de vuestra existencia. Son tremendas, pueden haceros los días un infierno.

—No digas eso de mi esposa, Diana es lo más dulce que hay en este mundo. —Los ojos de Fred hacían chiribitas cuando hablaba de ella; además, le cogían los calores y se excitaba pensando en lo que harían cuando se encontraran, ambos eran muy fogosos y cualquier hora era buena para dejar salir el calor que los invadía cuando sus miradas se encontraban.

Arthur notó aquella expresión que había empezado a reconocer, cuando la veía en los ojos de Fred, este no tardaba en poner una excusa y dejarlo con la palabra en la boca.

—¡Demonios! —exclamó respirando fuerte, bufando y clavando sus pupilas en Nick, quien parecía divertido y no se estaba enterando de lo que se venía.

—¿Qué pasa? —Al duque le extrañó la reacción de Arthur, no era normal que resoplara de ese modo.

—Espera y verás —lo alertó Arthur.

Fred miró alrededor, como si estuviera buscando a alguien, sus amigos siguieron sus ojos y no adivinaron a quién podía estar esperando.

—¿A quién estás aguardando? —preguntó Nick extrañado.

—Yooo... —Alargó la palabra deseando encontrar una excusa que no se le ocurría. Al fin dijo—: Ah, ya lo veo, estaba esperando que Flanders soltara el periódico. —Se levantó y fue en busca de la publicación que había dejado sobre una mesa baja.

Sus amigos lo miraron sorprendidos, Fred solía informarse mientras se tomaba el desayuno en su residencia.

—Uy, veo que tu esposa te ha reformado —terció Nick paseando sus ojos del conde a Arthur, el que parecía estar más enterado de los cambios de su amigo. Entonces soltó una carcajada y, mirando al vizconde, soltó—: Tengo la sensación de que tu hermana lo ha puesto en vereda, que es muy exigente con nuestro amigo.

—Eso mismo estaba pensando yo —asintió Arthur—, seguro que no tardará mucho en irse.

Al quedarse en silencio, los tres, como si se hubieran puesto de acuerdo, ojearon alrededor.

—El club está muy vacío hoy, ¿no?—señaló Nick.

Fred estaba pendiente de los lores que charlaban entre sí.

—¿Os dais cuenta de que ha habido fuga de vizcondes?

Arthur levantó una ceja, el conde tenía razón.

Fred imaginándose lo que ocurría, cogió el periódico y buscó en él la noticia que había alterado a toda la sociedad londinense. Lo puso encima de la mesa y apuntó con su índice el recuadro del anuncio.

—Ya nos hemos enterado —dijeron Nick y Arthur releyéndolo.

Entonces se miraron los tres.

—¡Habla de ti! —exclamó Nick sin controlar el volumen de su

voz.

—¿Puedes ser más discreto? —le pidió Arthur, que lo había visto por la mañana y había pasado de eso.

—Es cierto, parece que se trata de ti. —Fred estaba anonadado.

Arthur tenía los pelos como escarpias, pero lo disimuló.

—No soy yo, gracias al cielo. —Estiró los brazos por encima de la cabeza.

—Tengo mis dudas —soltó Nick, que se hizo dueño del periódico.

Este y Arthur se dieron cuenta de su cambio de expresión, parecía alarmado.

—Veamos: «Se busca esposa para vizconde insoportable» —leyó Fred y alzó los ojos hacia su amigo—. Eres tú.

—No soy yo. —Arthur corrió el culo hacia el borde del asiento—. Los hay peores que yo.

—A veces eres un poquito insoportable —apostilló Fred—. Por ejemplo, cuando hay algo que te dicen que no te gusta, arrugas la nariz y el resultado final es que te pones inaguantable.

—Y aunque no sea algo sobre tu persona, tienes esa vena... —Nick pensó la palabra a decir—. ¡Hum! Este anuncio está mal, debería poner «insufrible y caprichoso», entonces serías más tú.

—Os estáis quedando a gusto, ¿verdad? —A Arthur ya no le gustaba un pelo lo que estaba viviendo y oyendo por parte de sus dos mejores amigos.

—Solo hemos empezado —soltó Fred con una gran sonrisa—. Y veo algo que no me pega.

—No lo quiero saber. —Se bebió todo el whisky de su vaso.

—¿El qué? —Nick sí que quería saberlo.

Arthur resopló y se tapó los ojos con una mano.

—Esto que pone: que la mujer lo dome, aquí lo que veo son peleas de cama y la pregunta es: ¿quién se caerá primero?

—Arthur, ¿acaso lo dudas? —Nick no dejaba títere con cabeza.

—Ahora intervengo yo: ¿os he hecho algo tan malo por lo que tengáis que vengaros de mí?

—¡No! —respondieron Fred y Nick al unísono.

—Quién lo diría, porque al escucharos da la sensación de que me la tenéis jurada.

—No, no pienses, hombre —Fred golpeó el aire con una mano—, date cuenta de que somos los únicos que te soportamos. —Se rio de su propia broma.

—Y sin cobrar un penique, querido cuñado. —Nick no se lo pudo callar—. En el fondo te queremos.

—Sí, ya veo. —Arthur negaba con la cabeza—. Ten cuñados para esto.

—Eres un vizconde, no digo que seas el de este anuncio, pero te queremos hacer ver que te pareces mucho. Ahora bien, ¿quién es ella?

—No lo sé ni quiero saberlo, me habéis quitado las ganas de conocer a cualquier mujer. —Arthur no se movió del asiento, no quería convertirse de nuevo en la diana de las bromas de sus cuñados—. Pero también digo: llego a saber esto y no os permito casaros con mis hermanas.

—Eso no lo podrías frenar —le dijo Nick muy firme y con los ojos clavados en el periódico—. «Educada (ante todo), que le guste la lectura, el campo y la vida tranquila». —Miró a su amigo con una gran sonrisa que a Arthur no le gustó.

—¡Cállate lo que estás pensando! —Casi le rogó.

—¡Hasta casi está pidiendo que le guste Arundel! Ya sabes dónde hacer el nidito de amor, esa palabra que tanto te gusta. —Nick le guiñó un ojo.

—Cada vez te pareces más a Aileen, ¿qué te ha hecho mi

hermana? —Arthur lo soltó con mala baba.

—Quererme. —El duque se encogió de hombros.

—Arundel no está mal para formar una familia —alegó Fred tan tranquilo.

—Habló el conde que va a ser padre y quiere que lo acompañemos en esa proeza. —Arthur frunció la nariz—. Tus ojos no lo verán conmigo, es más, si me voy a Arundel será solo para esconderme de las bromas de mis amigos.

—No te lo tomes así, hombre. —Le restó importancia Nick.

—Me gustaría verte en esta tesitura —se defendió Arthur—. Allí ganaría en tranquilidad, es más, a lo mejor me marcho como hicieron otros.

—No lo hagas. —Fred alzó las manos para frenarlo—. Las malas lenguas dirán que el vizconde insoportable eras tú.

—¡Quédate! —le dijo Nick—. Hay que descubrir de quién se trata.

—Según vosotros soy yo —les recordó.

—No, no eres tú; además, esta dama que se describe es muy aburrida para ti. —Nick lanzó el periódico sobre un sillón cercano—. Y ahora hablo en serio, ese no eres tú.

Arthur no estaba muy convencido, sus amigos le habían metido en el cuerpo y en la mente numerosas dudas.

¡¿Quién habría escrito ese anuncio?!

Capítulo 6

Arthur tenía la mosca detrás de la oreja, le daba la sensación de que sus tías le escondían algo, cada vez que él estaba cerca, o se callaban o cambiaban de conversación. Empezó a estar más pendiente de ellas, a intentar escuchar qué estaban barruntando, hasta que las cazó mirándolo con interés y las encaró.

—Tías, ¿por casualidad no sabéis nada de cierto artículo que salió en el periódico?

—Claro que sí —asintió Lilia—. Me atrevería a decir que nadie en todo Londres ignora lo que se dice en él.

A Arthur le rechinaron los dientes, no era eso lo que había preguntado, pero su tía siempre sabía salirse por la tangente.

—No es eso lo que quiero saber —murmuró él apretando la mandíbula.

—Entonces ¿a qué te refieres? —La voz de Constance era dulce como la miel templada, y eso lo hizo malpensar todavía más.

Entrecerró los ojos.

—Lo que estoy preguntando es si sabéis quién lo escribió. ¿Por casualidad no habréis sido vosotras?

Constance y Lilia se quedaron mirando a Arthur como si de repente le hubiesen salido siete cabezas, los ojos de las damas

parecían a punto de saltarle de las órbitas, estaban que si las pinchaban no sangrarían ni una gota. Podría haberles caído el techo encima que no se hubiesen enterado, las había dejado aleladas. Cuando reaccionaron parecía que se hubiesen tragado un estropajo, tenían la boca completamente seca, aun así Constance se las arregló para replicar:

—Disculpa, ¿cómo dices? —Su tono de voz fue chillón como si se hubiese tragado un sapo.

Arthur no estaba convencido, esas mujeres habían hecho mucho por él y sus hermanas, las quería, sin embargo, las había visto pasarlo muy bien al casar a sus hermanas, y como que le insistían en que debía buscar esposa... ya no sabía qué pensar.

—¿Cómo puedes imaginar que nosotras hayamos puesto ese anuncio en el periódico? —Lilia estaba indignada por la sospecha de su sobrino.

Por unos momentos, en el salón no se escuchaba ni el vuelo de una mosca, los tres estaban pendientes los unos de los otros.

—Veréis, como no paráis de insistir en que debo buscarme esposa y tener heredero para el título...

—Me atrevería a decir que esa no es excusa para meternos en tu vida, estoy segura de que nos lo recordarías cada día y a cada momento, si no nos conociéramos... —Lilia no calló lo que pensaba.

A Arthur no lo terminaban de convencer con esas respuestas; no obstante, como no podía estar seguro, tendría que tener los ojos bien abiertos.

—Deben reconocer que les gusta meterse en mi vida.

—¿No será que nos estás pidiendo ayuda para encontrar esposa? —Constance le dio la vuelta a lo que decía Arthur—. Tú que eres tan autosuficiente, ¿ahora necesitas a las alcahuetas de tus tías para hallar a una buena muchacha?

—No, no, yo no he dicho eso.

—Hermana, ¿no te ha parecido que nos está pidiendo ayuda? —A Constance no le había gustado que él las creyera capaces de aquel ardid. Lo miró con el ceño fruncido—. ¿Acaso no habrás sido tú quien lo ha escrito y ahora estás disfrutando del caos que has armado?

—¿Cómo puede pensar eso? —Los ojos plateados de Arthur parecían soltar chispitas—. No necesito a nadie para encontrar a mi vizcondesa, y no he sido yo quien ha puesto ese maldito anuncio. Aunque si lo supiera sería capaz de darle una paliza, solo por los quebraderos de cabeza que ha organizado en la ciudad.

—No será para tanto. —Lilia se daba cuenta de su indignación y como siempre hizo con su sobrino, quiso quitarle hierro al asunto.

—¿Qué no? Más de la mitad de los vizcondes jóvenes se han ido a pasar una temporada a sus residencias campestres para no soportar a las mujeres que se apostan en sus puertas, y los que quedamos en Londres nos pasamos muchas horas en el club, es el único lugar donde las mujeres no tienen acceso.

—¿Os escondéis en White's? ¡Qué vergüenza! —soltó Constance —. Los hombres sois peores que las mujeres, ahora que llamáis la atención, ¡piernas para qué os quiero!, os ocultáis. —Su tía se carcajeó por aquello.

La mirada de Lilia había cambiado y aplaudía y todo.

—Entonces, has reconocido que estás buscando a tu vizcondesa. —La mujer estaba contenta, se movía como si de repente una orquesta hubiese empezado a tocar un vals—. ¡Qué feliz me haces! Constance, que se va a casar nuestro sobrino. Ay, hijo, qué alegría tan grande que me has dado.

Arthur no sabía qué había dicho para que su tía pensara que estaba buscando esposa, ni siquiera se le había pasado por la

cabeza. Fue hacia la licorera y se sirvió una copa de whisky; estas mujeres lo volverían loco, pensaba mientras el licor pasaba rasposo por la garganta. Decidió que más le valía dejar que especularan lo que quisieran que tratar de razonar con ellas, era agotador. Ya se darían cuenta de que no estaba por la labor. Movió la cabeza e iba a dejarlas solas y salir de la sala cuando Lilia lo retuvo.

—Querido, nosotras podemos ayudarte, ya sabes que conocemos a la mayoría de las buenas familias de Londres, te ayudaremos a encontrar a la esposa adecuada.

Aquellas palabras eran como una promesa y a Arthur lo recorrió un escalofrío, recordó lo que ponía en el anuncio del periódico, ellas habían asegurado que no tenían nada que ver, les daría el beneficio de la duda, pero aunque fuese así, lo que estaba escrito le puso los pelos como escarpias. «Educada, que le guste la lectura, el campo y la vida tranquila», no se podía imaginar nada más aburrido. Cuando se decidiera a buscar esposa, la que le gustaría tener a su lado sería una mujer llena de energía, con la que mantener conversaciones interesantes, que lo pusiera nervioso con una sola mirada, que le exigiera gozo y satisfacción. Que se enfadara, no quería a una sumisa que siempre le diera la razón, vaya hastío. Quería a una guerrera que no dudara en pararle los pies, que se pusiera caprichosa, con la que reír y que no se dejara pisotear por nadie. Capaz de replicar a cualquiera que le faltara al respeto, no quería a ninguna que fuera a esconderse si las viejas chismosas la miraban por encima del hombro.

En ese instante se dio cuenta de que acababa de pensar en todo lo que le gustaría en una esposa. ¿Es que eso de casarse era como una fiebre que se contagiaba?

Constance y Lilia se lo habían quedado mirando, como si pudieran ver cómo funcionaba su cabeza, adivinando lo que estaba

imaginando. Ambas se miraron con una sonrisa; quisiera o no, iban a encontrarle una esposa para él. Las dos se guiñaron un ojo entendiendo lo que se proponían.

Capítulo 7

Constance y Lilia salían cada tarde a dar un paseo por Hyde Park, así se alejaban de las mujeres que había en la puerta de su casa; además, les encantaba cotillear sobre las muchachas que buscaban esposo. Ahora que sus sobrinas estaban felizmente casadas, ellas se podían dedicar a unir a otras parejas, a barruntar con quien estaría mejor fulanito o menganita. Era de lo más divertido cuchichear entre ellas con quién terminarían casados unos y otras. No obstante, no se olvidaban de que tenían a su sobrino Arthur soltero, lo que les permitía no perder de vista a las muchachas en edad casadera.

Había damas que, con el propósito de llamar la atención de los caballeros, engalanaban a las chiquillas como si se trataran de lámparas de araña; otras parecían pasteles de nata y merengue, y se les notaba, por las caras que hacían, que esos vestidos recargados y llenos de lazos no les gustaban. Las muchachas lucían unas caras apuradas que daban pena.

—Yo no sé cómo lady Fisher viste a su hija de ese horrendo color —decía Lilia poniéndose el abanico ante la boca para disimular que chismorreaba, al mismo tiempo que saludaba a esa lady con un movimiento de cabeza. La muchacha era algo entrada en carnes y el vestido naranja la hacía parecer una enorme calabaza.

Constance sonrió a la dama en cuestión y espero que hubiese pasado para contestar a su hermana.

—Hay mujeres que no saben recibir consejos de las costureras, piensan que porque tienen un título ya lo saben todo.

Lilia le dio la razón, al tiempo que sus ojos se posaban en una muchachita delgada que lucía un vestido amarillo pálido con unas cintas que bajaban hasta los tobillos de un tono subido de rosa.

—¡Oh, por Dios! —exclamó negando con la cabeza—. Parece que la baronesa Turner no quiere casar a su hijastra, la pobre muchacha viste como un lirio mustio. —Esa mujer se había casado con el padre de la chiquilla un tiempo después que este enviudara, todo Londres sabía que habían sido unas nupcias por interés: él, para tener alguien que guiara a su hija; ella, para gozar de un título, aunque fuera menor, y por la economía del barón.

—Yo le haría lucir este vestido a ella, seguro que lo utiliza antes para alimentar el fuego. —Constance estaba indignada, esa mujer no se merecía disfrutar de los lujos que la acompañaban.

Estaba tan distraída mirándola que no se fijó en que se le acercaba una conocida.

—Caramba, ¡qué casualidad! —disimuló lady Crawford, con su voz de pito, parecía que lo hacía a propósito para que todo el mundo reparara en ella.

—Oh, Cordelia. ¡Qué alegría verte! —Lilia expresaba lo que sentía con el tono en que lo decía.

Constance también parecía contenta de haberse encontrado con aquella mujer, a pesar de que lo tenían todo planeado para lucirse en el parque para llamar la atención.

—¿Has estado fuera de Londres? —preguntó Constance fingiendo, como si hiciera una eternidad que no se veían.

—No, será que no hemos coincidido en las mismas veladas —

repuso la mujer que no se molestaba en hablar en un tono normal, era como si quisiera que todo el mundo se enterara de lo que hacía o pensaba hacer.

—Tendremos que ponernos de acuerdo a las que vamos —señaló Lilia mirando a la muchacha que la acompañaba—. ¿Tú debes ser Caroline?

—Uy, qué guapa que estás —halagó Constance a la chica, mirándola de arriba abajo. Lucía un vestido gris perla combinado con un tono un poco más oscuro en los volantes que rodeaban los bajos de la falda y el escote, lo que hacía que su piel blanca se viera aún más nacarada, que destacara su melena morena y sus ojos verdes.

La madre de la muchacha también se quedó mirando a la jovencita; era delgada, pero tenía unas encantadoras curvas. Su rostro redondo era muy bonito.

—Muchas gracias por el cumplido, milady —habló la muchacha con una voz dulce.

—Cordelia, tu hija es una preciosidad. —Lilia repasaba con su mirada aquel cuerpo joven y femenino que ella nunca tuvo.

La vizcondesa asintió con una sonrisa, muy pagada de sí misma. Constance y Lilia soltaron unas risitas de entendimiento dedicadas a su amiga.

—Muchacha, debes tener a los hombres haciendo cola para conquistarte —soltó Constance con una sonrisa de lo más pícara.

—Llámeme Caroline, por favor. Bueno...

—La verdad es que los espanta —la interrumpió su madre cuando iba a contestar—. A los que no les entran por los ojos no les da ninguna oportunidad, no tiene problema en negarse a bailar con ellos o dejarlos con la palabra en la boca en medio del parque.

—Su carácter puede agradar a más de uno —razonó Lilia pensando en sus sobrinas, ambas lo habían mostrado antes de

casarse y habían terminado con Nick y con Fred delante del párroco.

—Hay muchos hombres a los que les disgusta que las mujeres digan lo que piensan —afirmó Cordelia lanzándole una mirada de reproche a su hija.

Ambas hermanas se dieron cuenta de aquel gesto, y Constance quiso saber.

—¿Te has encontrado con algún caballero que no quiera escucharte?

—Sí, a más de uno —afirmó Caroline.

—Pues yo veo muy bien que los alejes de ti, no consientas que ninguno se crea más que tú. —Mientras hablaba, Constance fruncía el ceño. No sabía cómo la preferiría su sobrino, pero no estaba dispuesta a consentir que se menospreciara a ninguna mujer. Aunque parecía estar de moda. Ella tenía la firme creencia de que ese era el motivo por el que los hombres se aburrían enseguida de sus esposas y se buscaban amantes a las que les ofrecían el oro y el moro, porque estas exigían, mientras que las esposas bajaban la cabeza y callaban.

—No le digas eso, Constance —le reprochó Cordelia—. Así no la voy a casar nunca.

—A mi no me hubiese molestado que alguna de mis sobrinas se quedara con nosotras, sobre todo si sus pretendientes preferían esposas floreros —declaró Lilia muy convencida—. Las mujeres tenemos que hacernos valer.

A Caroline le gustaba la forma de pensar de aquellas mujeres, tenía muchas amigas a las que sus padres les arreglaron matrimonios y que en cuanto les dieron un hijo varón a sus esposos, estos dejaron de hacerles caso, y cuando ellas se cansaron de esa situación hicieron como ellos, echar una canita al aire de vez en cuando.

—Eso es lo que pienso yo.

—No pienses tanto —le reprochó su madre—. Eso es lo que asusta a los hombres, una mujer que sea capaz de pensar.

—No le digas eso —observó Lilia frunciendo el ceño—. A ti te gustaría ser como esas estatuas que se ponen en el vestíbulo y que no sirven nada más que para que se limpien de vez en cuando.

Ese comentario dejaba ver a las claras que no se trataba de quitar el polvo a las esculturas, de lo que hablaba era de las veces que los esposos hacían caso a sus mujeres, que podía ser... nunca en cuanto tenían a su heredero. La vizcondesa lo entendió a la perfección.

—No hables así delante de una muchacha soltera.

Si antes Caroline no hizo caso al comentario, al escuchar a su madre, supo que hablaban en acertijos para que ella no entendiera.

—Si molesto, voy a pasear por... —A Caroline no le gustaba que se la tratara como si fuera tonta y no se diera cuenta de que no se trataba de lo que querían decir.

—Claro que no, querida, ha sido solo un desliz. —Lilia le dedicó una amistosa sonrisa al tiempo que le daba unas palmaditas en el brazo.

En ese instante, por el rabillo del ojo, Constance vio a su sobrino Arthur que iba en su dirección, parecía que buscaba a alguien. Se giró y llamó su atención.

—Arthur, querido.

Él la escuchó y al ir hacia ellas, Arthur clavó su mirada plateada en aquella dama joven que acompañaba a sus tías.

—Caramba, no creía que te íbamos a encontrar aquí. —Lilia le sonrió con picardía. Sabía muy bien que su hermana no perdería la oportunidad de presentarle a aquella muchacha tan guapa.

Al ir hacia ellas, Arthur clavó su mirada plateada en aquella

dama joven que acompañaba a sus tías.

—¿Ya conoces a lady Crawford y a su hija? —Constance no esperó y lo soltó en cuanto él llegó.

Arthur besó los nudillos de la mayor y miró a aquella mujer delgada como un alfiler y con unos pechos exuberantes que hacían temer que podía caer hacia delante de un momento a otro.

—Ella es la honorable Caroline Crawford —dijo Lilia señalando a la hija.

—Honorable Caroline Crawford... —hablaba él tomándole la mano para posar sus labios en los delicados nudillos.

En ese momento, ella sintió como si un rayo le recorriera el brazo entero hasta el pecho, causándole una sensación de falta de aliento, como si ese hombre se lo llevara todo. No obstante, le gustaba aquel cosquilleo que él despertó en su cuerpo entero. Era muy agradable esa emoción que la recorría; sus ojos verdes se clavaron en los plateados de él como queriendo adivinar todos sus secretos. Jamás le había ocurrido algo igual.

Cuando sus ojos se encontraron fue como si el mundo se moviera bajo sus pies, ella tenía unos espectaculares iris verdes, que se clavaron en los plateados de él y se lo quedó mirando. La inclinación de él hizo que su cabello se moviera con libertad y a ella le entraron ganas de pasar los dedos entre aquellas hebras morenas y brillantes.

—Él es el vizconde Bellesmoke —dijo su madre con un tono muy interesado en que la hija se luciera delante de él.

—¿Te acuerdas de lord Crawford? —Quiso saber Lilia al ver la mirada de su sobrino—. Hacía negocios con tu padre.

—De eso hace mucho tiempo. —Claro que se acordaba, aunque había enterrado ese nombre al fondo de su mente. No quería volver a aquellos tiempos que, aunque felices, habían terminado demasiado

pronto.

Caroline vio que los ojos plateados que hasta hacía un momento brillaban perdieron color, y se imaginó que echaba mucho de menos a su padre.

Decidida a aligerar el ambiente, habló.

—Es un placer conocerlo —afirmó ella con una voz dulce—. Y por favor, deje lo de «honorable», me hace sentir vieja.

Ese comentario hizo reír a las damas.

—Niña, qué cosas dices. —Constance vio la artimaña de la muchacha y el poco tacto de su hermana.

—Señorita Crawford, ¿le apetece que demos un paseo? —La invitó Arthur, deseando estar unos momentos a solas con aquella beldad de ojos verdes. La verdad era que era una dama muy hermosa, su rostro redondeado la hacía parecer más joven, su melena morena le hacía picar los dedos por el ansia de enterrarlos en ella, y su boquita de piñón... soñaría con esos labios suculentos.

—Claro que sí, mientras las damas se ponen al día, por lo visto hace tiempo que no se ven. —La voz de ella lo cautivó.

Él le hizo un gesto con la mano para pasear ante la vista de todo el mundo, no estaría bien visto que se alejaran demasiado, acababan de conocerse.

—¿Cómo puede ser que no nos hayamos conocido antes? —Arthur estaba intrigado.

—Hemos estado un tiempo fuera de la ciudad.

Arthur arrugó el ceño.

—Tengo la sensación de haberla visto en otra ocasión, pero no recuerdo dónde.

—Antes de irnos acudí a algunas veladas.

—Será eso, no hace mucho que mis hermanas se han casado, y las acompañé a muchos bailes. —Al decirlo puso dramatismo en sus

palabras, lo que la hizo sonreír.

—Está exagerando, ¿verdad? —Aquellos impresionantes ojos verdes mostraban travesura, y a él le encantó.

—Sí, además, ya ha visto que tengo dos tías que se ocupaban de todo, yo solo hacía acto de presencia por si las cosas se ponían feas, batirme en duelo con quien fuera necesario.

Por el tono de su voz y las caras que hacía, Caroline supo que estaba bromeando, que no hablaba en serio. Era de dominio público que aunque los encuentros al amanecer estuviesen prohibidos, aún los había.

—Tengo la sensación de que me está tomando el pelo. —Caroline hablaba moviendo las manos y eso a él le encantaba, igual que toda ella.

—No pretendo reírme de usted, lo que deseo es que no se le borre esta sonrisa tan bonita que tiene.

—¡Qué adulador es usted! —Ella trató de poner un tono como si lo estuviera riñendo, pero no le salió.

—Para usted soy lo que quiera.

—Lo dicho...

Ella lo miró con los ojos entrecerrados al ser interrumpida; la magia del momento la rompió su madre, al llamarla y decirle que debían irse.

—¿Le apetece que nos encontremos mañana aquí mismo?

—Desde luego, ahora que hemos vuelto a la ciudad, seguro que estaremos por aquí todas las tardes.

—Pues hasta mañana. —Se despidió Arthur sin gustarle un pelo que cada día fuera a exhibirse ante todos los hombres que iban a Hyde Park a ver si cazaban a una esposa.

***

A Caroline no le había desagradado el rato pasado con ese hombre; sin embargo, iría con mucho cuidado. No le haría mucho caso, ella no era como esas tontas que recorrían las calles en busca de ese vizconde que buscaba esposa, que estaba segura de que sería un viejo carcamal. Este hombre que tenía delante era joven y atractivo, pero eso no quería decir que no fuera un besugo o un sinvergüenza.

—¿Qué te ha parecido el vizconde? —preguntó Cordelia a su hija.

—No sabría decirte, me ha dado la sensación de que ocultaba alguna cosa.

—Todos los hombres tienen secretos, no me salgas ahora tan quisquillosa.

—¿Estás intentando casarme, mamá? ¿Me quieres empujar a que busque esposo?

—Hija, tu padre y yo hicimos una promesa cuando naciste. —La hija ya había escuchado eso en numerosas ocasiones—. No íbamos a concertar ningún matrimonio si tú no lo aprobabas.

—Lo sé, mamá.

—Solo quería saber qué te ha parecido ese hombre.

—No hemos tenido tiempo de charlar mucho, me ha dicho que nos veremos mañana, que acudirá al parque.

A Cordelia los ojos le hicieron chiribitas, ¿es que Bellesmoke estaba buscando esposa? Le extrañaba que sus amigas no estuvieran enteradas, no creía que le hubiesen tomado el pelo.

Mientras, Caroline caminaba al lado de su madre, sin poderse sacar de la cabeza aquellos ojos plateados que parecían cambiar de color depende de dónde les diera la luz, no le había parecido ningún tarado, la primera impresión fue agradable; de todas formas, debía ir con pies de plomo.

Capítulo 8

A la tarde siguiente, Caroline estaba ansiosa para ir a pasear por Hyde Park y encontrarse con el vizconde Bellesmoke; sin embargo, su madre seguía en su dormitorio en una larguísima siesta.

Salió de la biblioteca, donde estaba tratando de leer sin conseguirlo, ya que su cabeza estaba en ese hombre que con una sola mirada le había causado un cosquilleo por todo su cuerpo. Sus ojos plateados parecían capaces de ver en su interior, y los había sentido sobre su piel como si fuesen una caricia. Se sentía confusa porque nunca había notado nada igual, aquella sensación era nueva para ella.

En la casa solo se escuchaba el trinar de los pájaros en el jardín, pues las ventanas estaban abiertas y lucía un buen sol. En el vestíbulo no halló a nadie, y subió en busca de su madre, dio unos suaves golpecitos en la puerta de su habitación y asomó la cabeza. Se sorprendió al hallar la estancia a media luz, y entró para enterarse de lo que ocurría.

Al lado de la cama de la vizcondesa, su doncella, Mary estaba sentada en una silla, parecía estar esperando los mandatos de su señora. Al verla, la sirvienta se puso tiesa.

—¿Qué pasa, Mary?

—La señora está indispuesta —la mujer le contestó en un susurro.

Caroline frunció el ceño.

—¿Desde cuándo? ¿Por qué no me has avisado? —Deseaba regañar a Mary, pero no quería levantar la voz para no molestar a su madre.

—Ella me ha dicho que no hacía falta que se lo dijera.

—¿Por qué no? Hay que hacer venir al galeno. —Caroline estaba muy preocupada por su madre.

Mary sabía que el mal de su señora se trataba de haber empinado el codo después de una discusión con su esposo, la relación entre ambos se había vuelto tirante, y solían levantarse la voz muy a menudo. En esa ocasión, la vizcondesa, después de que su esposo saliera de sus aposentos, la mandó abajo a buscar una botella de brandy, y paseándose por su dormitorio iba llenándose un vasito que vaciaba muy deprisa.

La doncella sabía que sería una vergüenza para su señora que el galeno supiera que se trataba de un exceso de licor, no lo podía consentir.

—No, señorita, no. Como puede ver, su señora madre ahora mismo está durmiendo tranquila. Debió coger frío ayer al ir al parque, ya verá cómo se recupera enseguida.

Caroline se acercó a la cama y puso su mano con suavidad en la frente de su madre; Mary tenía razón, se la veía sosegada, y su piel al tacto estaba fresca.

—Está bien, dejaremos que descanse, pero si no la ves serena házmelo saber.

—Desde luego, no se inquiete.

Caroline salió del dormitorio cerrando la puerta con suavidad para no molestar el descanso de su madre. Una vez en el pasillo,

hizo una mueca, ¡vaya mala suerte!

«¿No había otro día para enfermarse?», cuestionó con un enfado contenido y resabio amargo en los labios. «¡Tenía que ser hoy!», se gritó frustrada.

Por otro lado, podía salir con su doncella, pero lo encontraba muy poco considerado; su madre en cama y ella paseando por el parque; no, ella no era así. Tendría que disculparse con el vizconde Bellesmoke, ese hombre que le hizo cosquillas en las tripas con solo una mirada.

***

Arthur paseaba bajo el sol por Hyde Park saludando aquí y allí a los caballeros montados en sus mejores caballos, o los que no eran tan perezosos y usaban los pies para caminar, también a las jóvenes damas que, acompañadas por sus doncellas, le sonreían con dulzura y expectación. Normal, no solía ir a Hyde Park si no era acompañando a sus tías, eso sí, cuando ellas lo requerían.

Ese día, en cambio, devolvía todo saludo con cierto nerviosismo y estirando la cabeza para otear si veía a Caroline. Había pasado media hora quieto, lo que levantó alguna que otra suspicacia; por eso, notando la curiosidad de la gente, comenzó a pasear, con el inconveniente de que no había rastro de Caroline.

Cuando volvió a mirar el reloj, habían pasado dos horas y el entusiasmo del principio se desinfló, aunque no lo mostrase. Un nudo se le aferró en la garganta, ocasionando que le costase respirar, pues le dolía, y la mano izquierda la cerró en un puño.

¡SE HABÍA DEJADO EMBAUCAR POR UNA BELLEZA SIN IGUAL!

Lo había engañado con esos ojos verdes gatunos, le había soltado un sortilegio por el cual no pudo ver el engaño en el que

estaba cayendo como un idiota.

—¡Maldita sea mi estampa! —murmuró en voz baja para que ningún transeúnte lo oyese.

Había esperado de ella algo que ninguna mujer podía dar: mantener su palabra.

Notando una gran desolación en el pecho y maldiciendo a todo el mundo, como ese maldito día en que la conoció, tomó camino de vuelta a casa, ya que esa dama le había quitado las ganas de todo, ¡se sentía ultrajado! Por una vez que hallaba a una mujer que se colaba bajo su piel, resultó ser falsa como la mayoría.

«A veces las apariencias engañan», se comentó a sí mismo.

El día terminó teniendo para Arthur Bellesmoke muchos nubarrones negros.

Capítulo 9

Habían pasado dos días desde que sus tías le hubieran presentado a Caroline y en los cuales no pudo olvidarse de su bello rostro redondo de piel nacarada que contrastaba con su espesa melena morena, bien recogida en un elegante peinado que resaltaba sus ojos verdes que leerían aquellas partes de él que estaban cerradas para todos; sus iris lo habían atrapado en un sortilegio que todavía padecía, pues en la oscuridad de la noche era capaz de verlos, así como las líneas que dibujaban su nariz fina y su pequeña boca, a la que deseaba más que a nada.

Agitó la cabeza para relegar a Caroline al rincón más alejado de su mente, lo cual era imposible. Frotó las manos en las perneras del pantalón, sentado en el carruaje que lo conducía a Belgravia, donde residía desde hacía unos meses su hermana Aileen, la duquesa Ravenstone. La tarde anterior las había convocado para verse; lo había hecho pasar como una visita formal, un hermano mayor que quería saber cómo estaban sus hermanas, nada más. Mas no era así. La verdadera razón era otra que no sabía si sería capaz de verbalizar con ellas.

Cuando quiso darse cuenta, el carruaje paró delante de la mansión de Nick, y se apeó en la entrada. Nada más poner un pie

en el suelo, la puerta se abrió originando que apartase todo lo que había pensado durante el trayecto. El mayordomo, al que ya conocía, lo acompañó hasta el salón, donde sus hermanas lo recibieron con una gran sonrisa.

—Arthur, ¡qué sorpresa! —Aileen se acercó a él y se dieron un beso.

—Ven a mí, ¿quieres? —Diana le hizo un gesto para que se acercara—. Tu hermana no puede moverse mucho con esta barriga.

—¿Cómo estás? —Se interesó por ella.

—Te cuento: el volumen de mi cuerpo, aunque no lo parezca, se ha triplicado; cualquier movimiento lo hago con lentitud, porque me pesa todo. ¿Te vale como explicación?

Arthur sonrió.

—Sí. —Asintió con un movimiento de cabeza—. Eres un pastel relleno.

—Muy simpático. —Diana puso los ojos en blanco.

—Milady, ¿sirvo el té? —inquirió el mayordomo.

Aileen miró a su hermano.

—¿Quieres té? —Ella sabía que su hermano toleraba el té, aunque no le gustaba mucho.

—No. —Rechazó la oferta.

—¿Un licor, tal vez? —insistió ella.

—No, tampoco.

—¿Una limonada?

—Eso sí.

Aileen, con solo mirar al mayordomo, este lo entendió al segundo y desapareció.

—Cuéntanos, ¿qué te trae por aquí? —Quiso saber Diana.

—He venido a ver a mis hermanas —soltó de inmediato—. ¿Tan raro os parece?

—Un poco sí —reconoció Aileen, quien lo escrutó con mucho detenimiento—. A ti te ha pasado algo.

—Ha pasado ese anuncio de la prensa —esclareció Diana—. Se comenta que hay filas interminables de mujeres en las casas de los vizcondes que no han huido de Londres.

—Díselo a las tías, que las espantan como moscas, pero regresan —resopló él apoyando el codo en el reposabrazos y hundió la mejilla en la mano—. Es agobiante, de hecho me estoy replanteando marcharme.

«¿En serio? No verías a Caroline», le mostró la realidad una vocecita interior.

—«Vizconde insoportable» —recordó Diana.

—Por favor —Arthur se tensó y apretó las nalgas—, vosotras también no, ya tengo bastante con lo que me dijeron Nick y Fred.

—Como hermano eres pesado como un buey en brazos...

—Gracias, Aileen —interrumpió a su hermana.

—De nada, pero no me dejaste terminar —apostilló ella.

—No creo que quiera escucharlo. —La verdad era que no.

—Arthur, ¿quién no es insoportable? —Diana se encogió de hombros.

—Eres insoportable, pero te queremos igual. —Aileen resopló frunciendo el ceño—. O eso creo —lo bromeó.

Una sirvienta llevó las bebidas acompañadas por unos ricos manjares.

—El hombre de ese anuncio no soy yo —lo repetiría hasta la saciedad.

—Eso ya lo sabemos. —Diana cogió un pastelito—. ¿Hay alguien que te odie tanto para poner ese anuncio e insinuar que se trata de ti?

—¿Para qué? —Bebió de un trago la limonada, con ese tema

sudaba.

—Un anuncio que te deje en ridículo delante de todo Londres —habló Aileen sin morderse la lengua.

—Gracias por tu explicación, Aileen —le dijo con ironía—. No conozco a nadie, a no ser que fueran vuestros respectivos maridos.

—Ellos no son —protestó Aileen—. Te aprecian mucho.

Arthur dio la callada por respuesta, porque de súbito la imagen de Caroline se le presentó en la mente. ¡Aquella mujer siempre terminaba por colarse en sus pensamientos! Tanto fue así que ni se percató de que la limonada se estaba derramando por encima de la mesa.

—¡Arthur! —gritó Diana.

—¿Qué? —Miró hacia abajo y vio un reguero de bebida—. ¡Oh, lo siento, lo siento! —Cogió las servilletas de tela blanca para solucionar aquel estropicio que había hecho—. Lo siento.

—A ti te pasa algo. —Aileen no se había inmutado.

—No, no sucede nada —aclaró él.

—No te creo —le asestó Aileen.

—Ya veo que ese anuncio te ha afectado —señaló Diana, que lo ayudaba a limpiar.

—No, porque sé que no soy yo el protagonista de esa falacia. —Arthur se estaba empezando a enfadar consigo mismo—. ¿Alguna vez os pasó que no podíais olvidaros de una persona? —Soltó a bocajarro.

—Me pasó con Nick, ¿por qué lo dices? —Aileen estaba interesada en ese comentario, ya que su hermano no era dado a hablar de sí mismo.

—¿Hay alguien que te ronda la cabeza? —inquirió con suavidad Diana.

—Por el anuncio no te preocupes; de momento, las tías no han

perdido la sesera —lo tranquilizó Aileen.

—Hablé con ellas y me dijeron que no habían sido, así que me he quedado más tranquilo. Pero anteayer... —Dejó las servilletas a un lado y cogió una limpia para secarse los dedos—. Me presentaron a lady Crawford y a su hija.

—Hace mucho que no las veo —afirmó Diana.

—Oí a las tías decir que era una pena que no hubiesen podido asistir a vuestras bodas, creo que estaban fuera de Londres. —Arthur habló mientras Aileen estaba haciendo memoria.

—Por eso no hemos coincidido —anotó Diana.

—Cierto. —Le dio la razón Aileen.

—Es bella a los ojos, tiene una piel muy blanca, con una larga melena; su rostro, cuánto más llamativo con esas esmeraldas que tienden a leerte los pensamientos. —Arthur, sin percatarse, se calló para visualizarla.

—Te ha cautivado —Diana soltó lo que pensaba.

—No —lo negó él.

—Ya, y yo me chupo el dedo como un bebé. —Aileen no se lo creía.

—Nuestro querido hermano se ha interesado por una dama —Diana lo dijo con un retintín divertido.

—No, ¿qué dices? —volvió a negar lo que era innegable.

—Por eso te quedas ensimismado. —Lo encaró Aileen—. Si esa mujer te ha golpeado el corazón no lo escondas, dilo sin miedo, nadie te juzgará, al menos no nosotras.

Él las miró con atención, sus hermanas lo observaban sin prejuicios ni para enjuiciarlo.

—Arthur, no es malo amar a alguien o decir que te impresionó una dama —lo animó a hablar Diana.

—Puede ser, sí, me impresionó verla.

Había dado con las palabras correctas, ¿eso era lo que realmente quería confesar?

Capítulo 10

Habían pasado tres días en los que Arthur no había vuelto a ver a Caroline y aquello le producía una inquietud que no era propia en él. Aunque la situación lo complicaba más, ya que cada día había grupos de mujeres a las puertas de su casa; no era que lo incomodaba, pero... por momentos le molestaba hasta que le encontraba el punto simpático. Muchos dirían que no lo tenía y era un bochorno para las familias, de ahí que muchas optasen por poner distancia de por medio.

Él, en cambio, tenía la habilidad de evadirse pensando en Caroline. Esos días, esas horas en las que no la vio... Fue hasta Hyde Park por calles muy frecuentadas por damas, y en ninguno de esos lugares la halló. ¿Cómo era posible? ¿Había sido una ensoñación? ¡IMPOSIBLE! Una mujer con esa belleza no podía ser irreal, sus tías se la habían presentado y él se había quedado prendado de ella como era normal, pues no era inmune a ella. Sería una piedra si lo fuese.

Jamás una mujer lo había afectado de esa manera con verla una sola vez. Había conocido a muchas, aunque con todas sucedía igual; tras un segundo acercamiento salía corriendo porque todas adolecían de lo mismo: lo que importaba eran los intereses de la

familia, el matrimonio y el poder adquisitivo. Para algunas hasta el título, ya que le había pasado que por ser vizconde no era digno; para otras solo era por el dinero. ¡El materialismo ante todo! Él había aprendido a poner un muro entre cualquier mujer y él mismo, a veces hasta las rechazaba con tiento y educación, algo que las enfurecía, siendo consciente de que lo más importante era él.

No obstante, Caroline fue un puñetazo, un golpe de realidad, una dama que no le hizo ascos, que lo cautivó en esos segundos de silencio como ninguna otra y había hecho reaccionar a su corazón, el cual le golpeó el centro del pecho. Tenía que volver a verla, pero ¿cómo?

—Piensa, badulaque, piensa. —Empezó a dar vueltas por el despacho hasta que oyó la campanilla que utilizaban sus tías—. ¡Claro! —Salió a toda prisa y llegó al salón donde casi choca con Carpenter—. Lo lamento —se disculpó con el buen hombre.

—¿Es que no se agotan de estar tantas horas de pie? —inquirió Lilia un tanto molesta.

—Más bien es si no se cansan de que nadie les preste atención —la corrigió Constance.

—¿Molestas, tías? —intervino él, entrando seguido de Carpenter.

—Estas colas no son normales —habló Lilia enfadada por esa situación.

—La culpa es de quien escribió ese anuncio —dijo sin amilanarse.

—¿Sabes de quién puede tratarse? —Curioseó Constance, ladeando la cabeza a la espera de una respuesta.

—No, la verdad que no. —Fue sincero con ellas.

—Las familias de estas damas deben estar muy enfadas por estos comportamientos —señaló Lilia, que volvió a apartar la cortina para mirarlas.

—Sí, cierto, no son como la señorita Crawford —apostilló él a propósito para hacerlas saltar.

—Como ella hay pocas, te lo aseguro. —La tía Lilia estaba más pendiente de las de fuera que de la conversación.

—Arthur, querido, ¿noto cierto interés? —Quiso hurgar la tía Constance.

Él le dedicó una sonrisa sardónica.

—No, tía, puedes estar tranquila...

—¿Por qué no se van? —protestó Lilia refiriéndose a las que estaban ante su puerta.

—Las podemos invitar a tomar un té. —Él se fijó en que sus tías lo miraban sin pestañear, ¿es que se había vuelto loco?

—¿Sabes lo que estás diciendo? —A Constance no le gustó su propuesta.

—Sí, tía, de momento no he perdido la sesera, pero vosotras siempre parloteáis de quiénes pueden o no estar haciendo cola; si las dejamos entrar...

—¿Cómo sabes que cuchicheamos? —Lilia estaba asombrada por su sobrino, ya que nunca estaba presente cuando eso sucedía.

—Tengo oídos; y sabéis que es buena idea, porque si las dejamos entrar podréis conocer sus identidades —les explicó él, quien creía que su plan era perfecto.

Las dos hermanas compartieron una mirada llena de intenciones.

—Probemos. —Claudicó Constance—. Carpenter, querido. —Se dirigió al mayordomo, que se había mantenido en silencio ante todo lo que escuchaba.

—¿Desde cuándo es «querido»? —Para Arthur era nuevo.

—Antes también me dirigí a ti como «querido». —Fue la respuesta de su tía.

Él paseó sus ojos del hombre a su tía.

—Entiendo, para que no me den celos me tratas igual que al mayordomo —dijo Arthur mirando al hombre, viendo que este apretaba los labios para no sonreír.

—Carpenter, querido, haz que preparen en la cocina una gran olla de té —dio la orden Constance.

—Tu idea no me agrada nada —apostilló Lilia para dejar clara su postura.

—Ya veréis como sale a pedir de boca —aseguró él.

En un cuarto de hora, todas las mujeres que habían estado haciendo cola, unas catorce, entraron en la mansión con gesto contento, feliz, aunque algunas se habían sonrojado, ya que el encargado de invitarlas a pasar no fue otro que Arthur, en una actitud en la que mostraba que se compadecía por ellas. Evidentemente estaba fingiendo, mientras que sus tías se encargaban junto con varias criadas de esconder todo aquello de valor, como la plata. ¡No se fiaban de nadie!

Las invitaron a entrar en el gran salón, donde se hacían las recepciones en la casa de los Bellesmoke, en la que la mesa estaba dispuesta de modo muy sencillo para que ellas disfrutasen de un buen té. Arthur había sentado a sus tías en una esquina de la mesa para que pudieran cuchichear sin que nadie las oyese.

Él, en cambio, lo hizo en medio de todas ellas.

—Nunca me he encontrado tan rodeado de tanta dama y tan bonita —las elogió—. Y me pregunto, ¿por qué se esconden detrás del velo gran parte de ustedes?

—Para evitar que nos reconozcan —le contestó una dama a la vez que olía el té humeante.

—Es muy humillante para nosotras —intervino otra que sostenía con las dos manos la taza, como si tuviera frío.

«A lo mejor es el frío de la vergüenza», se apuntó para sí mismo

Arthur.

Él las observaba y no conocía a ninguna; o si a alguna había visto, su mente la borró.

—Una pregunta me lleva ardiendo en la punta de la lengua desde que todo esto ha comenzado: ¿por qué hacéis colas en las casas de los vizcondes? —Quería escucharlas.

—Milord, estamos deseosas de saber la identidad del susodicho vizconde. —La voz suave como la seda le llegó desde el otro lado de la mesa. Era una mujer vestida de negro y con unos ojos azules fríos como témpanos que le congelaron la piel.

—Aunque hay algunas que sospechan quién puede ser —señaló otra, cuyas mejillas le oprimían la nariz.

—¿Y de quién dicen que se trata? —Le tiró de la lengua.

—El vizconde Allwrigth —soltó la mujer de negro como si no tuviera nada que perder.

Arthur sabía muy bien de quién se trataba. Allwrigth era un hombre engreído que se creía más que nadie y miraba a todo el mundo por encima del hombro con una altanería que lo hacía parecer más alto de lo que era. Su narcisismo no tenía límites pese a que muchas damas no quisieran bailar con él al ser patizambo, aunque los rumores, algo a lo que Arthur no prestaba mucha atención, manifestaban que su miembro viril era un tanto desproporcionado.

—Así que todo apunta a él. —Arthur golpeteaba la mesa con los dedos de un modo rítmico—. Ya sabía que yo no era, pero él... —Alzó las cejas a la vez que tiraba de las comisuras de los labios hacia abajo.

—Se comenta entre las mujeres que esperan a su puerta que fue él el artífice de ese anuncio —continuó una muchacha que bebía té con un ansia desmedida—. Si eso es cierto, creo que las aquí

presentes no lo podemos afirmar.

—Una amiga me escribió para comentarme que él la atendió, ella le dijo lo de la autoría y él no lo negó. —Se aventuró otra a decir.

—Mi doncella tiene una conocida en el servicio de lord Allwrigth y mantiene que está encantado con esta situación.

La conversación de las mujeres, pues todas tenían algo que decir, estaba dando mucha información a Arthur: la posibilidad de que detrás de todo estuviera Allwrigth no era descabellada, pero había muchos caballeros que apenas tenían éxito con las damas por unos motivos y por otros. Para él podía ser cualquiera de ellos solo para llamar la atención.

«Es una pena que no haya un baile pronto», protestó para sus adentros.

Al tiempo que Arthur se iba informando, a sus tías se les atragantaba el té.

—¡Qué desvergonzada! Mira la condesa Castlebrown, se comporta como si nadie supiera quién es —la señaló sin miramiento Constance.

—Aún recuerdo cuando toda la sociedad la señalaba por tener un amante para cada día de la semana y meterlos en su casa o invitarlos, estando su marido postrado en cama —apostilló Lilia.

—Y esa que se sienta a su lado y no habla ni para decir esta boca es mía es la hija de lady Transville. —Constance había descubierto otra identidad.

—Siempre se dijo que estaba deseosa de salir de las redes de su madre. —Lilia acercó la cabeza a su hermana—. Esa mujer es un tormento como progenitora; de hecho, se dice que las cuatro hijas que casó tienen más relación con sus suegras que con lady Transville. —Lilia lo sabía todo de esa mujer.

—Hermana, hemos dejado entrar a lo mejorcito de cada casa —

soltó con ironía Constance, momento en el que cruzó una mirada con su sobrino y le hizo un gesto negativo.

—Lo sé, y qué bien hemos hecho en quitar la plata, no me fío de ninguna, vete a saber si no cogerían algo para vender y así casarse en Gretna Green.

—Dalo por descontado, Lilia, sería tal que así. —Constance estaba convencida de ello.

—Hay que hablar con Cordelia, hermana, no hay tiempo que perder.

—Es más, debemos aprovechar que Arthur ha preguntado por Caroline.

—Eso mismo.

Lo que duró aquella recepción improvisada hizo trizas a cada una de ellas, pues todas tenían sobre sus hombros (o sus familias) algún asunto oscuro que esconder.

Las dos hermanas estaban más de acuerdo que nunca tras aquella feria de damas (palabra que les quedaba muy grande a todas las allí presentes).

Capítulo 11

Caroline estaba paseando por Hyde Park, tenía una perrita, Daisy, una *cavalier king Charles* color canela y blanco a la que le gustaba llevar con ella. Mabel, su doncella, iba unos pasos más atrás, pues ese día su madre volvía a estar indispuesta.

Arthur, que no se había podido sacar a esa dama de la cabeza, se le acercó con una sonrisa en los labios, le gustaban los perros y le sorprendió que ella no se lo hubiese comentado. Claro que no se conocían tanto, pensó.

—Caramba, ¿qué tenemos por aquí?

—Es Daisy. —Caroline le sonrió.

Arthur se inclinó a acariciarla, Daisy le gruñó y le mordisqueó el bajo del pantalón.

—¿Tu dueña no te ha dado de comer? —bromeó él al verla.

—Claro que sí. —Caroline parecía ofendida hasta que vio los ojos risueños de él. No se estaba enfadando porque aquella traviesa que apenas levantaba treinta centímetros del suelo la hubiese tomado con él. Daisy tiró de ella, que la llevaba con la correa, y como estaba en celo se frotó con la pierna de él.

—Caray, le he gustado —afirmó Arthur al ver lo que hacía.

A Caroline se le tiñeron las mejillas de un rosado muy

favorecedor.

—Está en celo.

—¡Vaya por Dios! —exclamó él sonriendo, sabía que no se podía evitar, que había picores que incluso afectaban a los humanos; no pudo retener una sonrisa que le tiraba de los labios.

Caroline jaló de la perra y la mantuvo a su lado.

Arthur puso las manos detrás y empezó a caminar a su costado.

—¿No ha venido hoy su madre?

—No, hoy vengo con la doncella. —Caroline sentía que se tenía que disculpar con el vizconde, cuando se lo presentaron le dijo que iría al día siguiente y no fue, ni ese día ni el posterior, por la indisposición de su madre—. Lo siento, le comenté que vendría, pero me fue imposible.

—No tiene que disculparse, todos tenemos imprevistos.

—Es usted muy comprensivo.

Él se alegró de que, a pesar de no poder acompañar a su hija, la hubiese dejado ir al parque.

—Está muy bonita esta tarde. —La piropeó con una sonrisa, no era lo mismo que lo escuchara la vizcondesa que la criada. Le había echado un vistazo mientras se le acercaba, y el color rosa de su vestido le quedaba de maravilla, combinado con sus mechones morenos y la piel blanca.

—Gracias, es muy amable.

—Solo me limito a decir lo que veo. —Arthur la miraba como si la pudiera traspasar con los ojos.

—No haga eso —lo regañó ella, no estaba dispuesta a que nadie la criticara por lo que se pudieran imaginar.

—¿Que no haga qué? —Arthur no sabía de qué le estaba hablando.

—No me mire de esa forma, no quiero ir de boca en boca por

ello. —Ella movió la mano cerrada señalándolo con el dedo índice.

Arthur apretó los labios para no sonreír como un demonio; no lo hizo a propósito, lo que ocurría era que ella lo atraía mucho, no lo podía evitar.

—Perdone si la he ofendido. —No se veía arrepentido en absoluto.

—No lo ha hecho, solo quiero evitar que a nadie se le desate la lengua en lo referente a mí.

—Me parece perfecto, es usted inteligente además de muy bonita.

—Hoy en día hay que serlo, todo Londres busca al vizconde que escribió aquel anuncio; por casualidad ¿no habrá sido usted?

Arthur frunció el ceño.

—¿Le parezco la clase de hombre que escribiría una bazofia así?

—No lo sé, no lo conozco.

—Pues ya le digo que no lo he hecho.

—¿Y si lo ha escrito alguien y se refiere a usted?

Él se quedó un segundo sorprendido porque hubiese llegado a esa conclusión, pero enseguida negó con la cabeza.

—No, yo no soy el que aparece en el artículo.

—¿Cómo está tan convencido?

—Porque lo sé. —A él le incomodaba que lo pudieran asociar a aquel anuncio, tenía la sensación de que quien lo hubiese escrito estuviera mal de la sesera o que fuera un vejestorio; y si fue alguna tercera persona, había sido una treta de muy mal gusto. Por otro lado, la tarde anterior, aquellas mujeres le habían dicho que había sido el vizconde Allwrigth; no podía afirmarlo, pero tampoco negarlo.

Sin embargo, eso le daba que pensar, ¿estaría el resto de los londinenses pensando que era él? Ciertamente algunos de los vizcondes en edad casadera se habían marchado, y él se quedó. Eso

podía hacer que todo el mundo malpensara sobre él.

Estaba tan ensimismado con ello que no vio a un perro que se le acercaba a la carrera, lo olisqueaba y se le cogía a la pierna, como si él fuera una perra. Arthur, al notarlo, se lo sacudió de encima soltando una maldición. Entonces vio a unos muchachitos que corrían hacia el perro y le ponían la correa al cuello.

Caroline se había quedado con los ojos clavados en el movimiento de ese animal con la pierna del vizconde, sus ojos permanecieron clavados donde hacía un momento había estado el perro.

Al ver su expresión, Arthur imaginó que se había asustado.

—¿Se ha espantado? —Iba a tocarle el brazo para reconfortarla si era así, pero en el último momento retiró la mano.

—No, ha sido solo la sorpresa. —La frente de Caroline se arrugó.

Arthur vio el estupor en sus ojos; era embarazoso para una dama joven observar las relaciones sexuales, aunque fuera de los animales.

Daisy tiraba de ella hacia el Serpentine, la perra debía tener sed, pensó Arthur al ver que a pesar de su pequeño tamaño tenía fuerza para hacer caminar a la señorita Crawford a trompicones.

Caroline se paró y jaló de Daisy; cuando los ojillos vivarachos del animal se posaron en ella, la riñó.

—Quieta, tienes que caminar a mi lado, no delante de mí. —Al hablar la apuntaba con el índice y la miraba con enojo.

A Arthur le pareció muy gracioso, y apretó los labios para no soltar una carcajada, parecía que estuviera aleccionando a un niño. También se dio cuenta de que no era él solo quien la miraba con extrañeza.

—¿Me permite? —preguntó señalando la correa, ella se la cedió y él echó una ojeada a la perra—. Si no te portas bien, terminarás

dentro del agua del lago y se te enfriaran las ganas —murmuró al animal posicionándolo a su costado.

—¿Qué le ha dicho? —Quiso saber ella al ver que Daisy caminaba despacio al lado de él.

Arthur sonrió con los ojos brillantes.

—Que se comporte o terminará en el agua —lo dijo como si fuera lo más natural del mundo, y al ver la cara sorprendida de la señorita Crawford levantó una ceja interrogativa—. A veces, un baño frío es lo mejor para que hagan caso.

—¿Ha tenido perro alguna vez? —A Caroline le parecía que hablaba por experiencia propia.

—No.

—Entonces... ¿cómo lo sabe?

—He visto a hombres hechos y derechos cambiar su forma de actuar tirándolos al lago o a las aguas del Támesis.

Ella lo miró con susto en sus bellos ojos. ¿Iría ese hombre tirando a otros al agua cuando lo molestaban? ¿Estaba comparando a su perra con un humano o a los humanos con animales? No se podía creer lo que estaba escuchando.

—Está de broma, ¿no?

—No, usted misma está viendo que funciona.

Ella fue a quitarle la correa de la mano, no se fiaba de que no cumpliera lo que le dijo a Daisy.

—Démela, la llevaré yo.

Entonces él soltó una risita.

—Se trata del tono de voz que emplee para amonestarla, no la voy a tirar al lago.

Aquellas palabras debieron dejarla más tranquila, su rostro se relajó.

—¿Me estaba tomando el pelo?

—Me disgustaría que se enfadara por ello, lo que deseo es reír con usted, no de usted. —Ella le dedicó una de esas sonrisas que le revolvían las tripas. ¿Qué le estaba pasando con esa mujer?

Continuaron caminando, esta vez en silencio y con la doncella pisándoles los talones, sabía que se enteraban de todo para luego contarle a su madre lo que habían hablado y probablemente la vizcondesa avisaría a las tías. Mas él estaba tan a gusto con Caroline que por un momento, aunque las palabras fallasen, todo estaba bien. Consciente de que el tiempo pasaba a toda velocidad y que ese encuentro podía terminar en cuestión de segundos, calculó qué decir.

«Piensa, la tienes a tu lado, si la quieres ver de nuevo tienes que ser rápido», se azuzó a sí mismo.

De pronto su mente, gracias a los hados o al destino, supo qué preguntarle.

—¿Va a asistir al baile que dan los Donsbury?

«Por favor, que diga que sí», rogó a quien lo escuchase.

—Muy a mi pesar, sí —dijo ella con resignación.

Aquello lo cogió desprevenido.

—Las damas suelen querer ir y disfrutan de estos eventos, hasta donde tengo entendido.

—Para mí son un suplicio, no me gusta rodar entre unas y otras manos.

—Ya somos dos, pero no me queda más remedio que asistir. —Que estuvieran de acuerdo en algo le agradó.

—Sí, me pasa igual, pero no se lo diga a nadie. —Bajó la voz como si fuera a contarle un secreto.

—¿Qué? —Utilizó el mismo tono que Caroline.

—Son una carga muy pesada.

—Sí, sí —estaba contento, pues pensaban igual—, es cierto. —Se

rio levemente—. Una carga pesada, la mejor definición.

—Sobreentiendo que asistirá.

—Sí, y me agrada saber que nos veremos, resérveme alguna pieza. —Ella asintió y para Arthur fue el mejor motivo para ir—. Me ha alegrado dar un paseo con usted. —Le guiñó un ojo con tanta rapidez que ni la doncella se percató de ese gesto—. Tengan buena tarde —se despidió de Caroline y de su doncella.

Arthur se fue alejando poco a poco de Caroline, aunque esta vez sus pies estaban dispuesto a brincar de felicidad, pero por el bien de todos se controló las ganas.

Capítulo 12

—¡Ay, Cordelia! Pensé que ya no vendrías. —Lilia se levantó de su asiento para recibirla—. Te estábamos esperando como quien espera la llegada del verano.

Las hermanas estaban rozando el histerismo por lo vivido durante el té con esas señoritas que hacían cola a la puerta de la casa y a las que comenzaron a cogerles manía, ya que no había día que no estuvieran ahí, a la espera de que se abriera la puerta, cuan grandes almacenes, y entrar.

La idea de Arthur no había resultado muy bien a ojos de ellas, pues algunas se fueron embobadas con él y otras, como bien había apostillado una criada, «se les caía la baba». El problema no era como Arthur las trató, sino que muchas de ellas asistirían a los bailes y lo perseguirían como arpías hambrientas, lo que no podían consentir. De ahí que no esperasen un segundo para convocar a Cordelia.

Aunque el día que había escogido la vizcondesa Crawford era poco luminoso, el cielo estaba cubierto por unos nubarrones bastante grises que no pronosticaban un día cálido que augurase nuevas ideas o esperanzas renovadas. Lo que sí hacía era acompañar el ánimo de Lilia y Constance, quien estaba dando

vueltas alrededor de la mesa con la botella de whisky en la mano; no la bebía, es más, no había probado ni un sorbo, pero sí le exprimía el olor que desprendía acercándola a la nariz. Ese hecho preocupó a Cordelia.

—Constance, ¿qué tienes? —Parpadeó en su dirección—. ¿Por qué hueles tanto el whisky?

—No preguntes, Cordelia, estoy muy malita. —Aquella respuesta tensó a sus dos acompañantes.

—Te aseguro que no termina el día sin que llamemos al galeno —dijo por lo bajo Lilia.

—¿Cuánto tiempo lleva así? —Se interesó Cordelia.

—Desde ayer, cuando Arthur mandó entrar a todas las que hacían cola ahí fuera.

—¿En serio?

—Lo que oyes —intervino Constance para que no se olvidaran que también tenía oídos. Se paró para mirar a su amiga—. ¿Y a que no sabes quién estaba entre ellas?

—No soy capaz de adivinar. —Cordelia estaba expectante ante el gran chismorreo.

—¡¡¡La viuda Transville!!! —exclamaron Lilia y Constance a la vez.

A partir de ahí, se sentaron a la mesa sin que la mujer se olvidase de la botella, y le dieron nombres que Cordelia conocía muy bien. A medida que las hermanas iban contándole, ella también proporcionaba nuevos datos sobre las susodichas muchachas o sus familias, las cuales, en muchos casos, dejaban bastante que desear. Sin embargo, quien se llevó las peores palabras no fue la viuda Transville; de ella Cordelia añadió que en más de una ocasión, cuando su marido estaba vivo y con buena salud, se sabía que en los bailes desaparecía una o dos horas donde la montaban dos

hombres, de lo que había testigos que podían afirmarlo. La afortunada fue la baronesa Greetwhite.

—Se ha dicho muchas veces que ha sido una cortesana en sus años jóvenes —apuntó Lilia.

—Lo fue, porque resulta que muchos caballeros, los de más edad, siempre la han rehuido porque ella fue la heredera de otra cortesana de la que se decía que tenía su piso en Mayfair pagado por alguien muy importante. —Cordelia no desperdició la oportunidad de contar lo que sabía.

—Esta información me suena —asentía Constance al comentario de Cordelia.

—Se dice que aún con la edad que tiene sabe cómo manejar a un hombre en la cama —apostilló Cordelia.

—Es que es todo un arte, os lo aseguro —afirmó Lilia, dejando a las otras dos anonadadas—. Me costó un año aprender los artes de la cama, pero es verdad, son infalibles. —Les sonrió de modo coqueto.

Tras unos segundos de silencio en los que a Constance le costó recuperarse del comentario de su hermana, fue Cordelia la que habló:

—Bueno, ahora contadme: ¿qué era eso tan urgente? —inquirió con mucho interés.

—Ya te hemos hablado de la gran ocurrencia de Arthur, y lo que no queremos es ninguna de esas mujeres que van haciendo cola por todas las puertas de los vizcondes vayan detrás de nuestro sobrino —expuso Constance, tras lo cual volvió a oler el whisky—. ¡Ah! —suspiró—, me relaja este aroma.

—Queremos juntar a Arthur con tu hija para que las demás vean que no pueden luchar por nada —reveló Lilia tan feliz.

—Me parece buena idea, no me gustaría otro pretendiente —

aseveró Cordelia por las palabras que había escuchado—. ¿Vais a ir al baile...?

—No vamos a perder ninguno, eso es así, pero tenemos que acordar muchos puntos. —Constance no quería dejar cabos sueltos —. Hay que asistir a todo lo que se pueda.

—Por supuesto. —Cordelia estaba dispuesta.

—Es más, antes de que Arthur dejase entrar a esas mujeres, nos preguntó si vosotros estabais en Londres —le comentó Lilia.

—¿Y cómo nos íbamos a ir si acabamos de regresar? —Cordelia no lo entendía.

—Con este hombre todo puede ser, te lo aseguro —soltó Lilia.

—Vale, lo haremos así, que se vean constantemente...

—No terminarán aborreciéndose, ¿verdad? —Lilia ya no lo tenía tan claro.

—Terminarán en boda, ya veréis. —Constance habló rotunda y volvió a oler el licor—. Somos tres, pero tenemos que ser una en este caso.

—Vale, y estar informadas de todo —añadió Cordelia encantada.

Lilia, motivada por un impulso, se levantó, puso tres vasos pequeños y le arrebató la botella a su hermana.

—¡Oye! —protestó Constance—. La botella es mía.

—Deja de oler y empieza a beber, ¿quieres? —Lilia sirvió el whisky—. Venga, brindemos y planeemos todo.

Las tres brindaron y así fueron tramando todo para el baile que se celebraba en varios días.

Capítulo 13

El día del baile estuvo igual de encapotado que todos sus predecesores, aunque a la hora de la cena, en cambio, el sol despuntó de entre las nubes coloreando el cielo con un tono lila casi rosáceo, originando que la noche fuese mejor de lo esperado, pues no había quedado ninguna nube en el cielo y se podían apreciar las estrellas. Esas pequeñas luces titilantes que tachonaban la oscura bóveda celeste le recordaron unas palabras: «Las estrellas a veces son los ojos del destino y si las sigues te llevarán a un lugar especial», le había dicho su padre de niño, cuando su cabeza estaba llena de grandes aventuras.

Haber acordado con Caroline verse en el baile de los Donsbury hizo que la pérdida de sus padres corriera por sus venas con más fuerza y eso causase que un miedo inconsciente se asentara en su cabeza. Él, sin que nadie lo supiera, se había prometido no amar cuando fue consciente de todo, hasta del sufrimiento que habían infligido a su padre. Arthur no quería amar para que luego le arrebatasen a la mujer de su vida; sin embargo, Caroline llegó como esos días de verano de mucho calor a los que había que temer igual que una noche de ventisca.

Tenía miedo de amar y sufrir.

Miedo de entregarse y perder.

En cuanto Arthur se apeó en la mansión de los Donsbury, alzó la vista al cielo y ahí continuaban «los ojos del destino» esperando a marcar su dulce y también macabra danza.

«Quizá todo haya comenzado», barruntó para sus adentros.

—No mires tanto al cielo o te darás un buen golpe contra la columna —le advirtió Nick, que lo hizo regresar a la realidad.

Y así era, estaba peligrosamente cerca de una que creaba una especie de pórtico en la entrada.

—No querrás aparecer con un morado en el frente, ¿verdad? —Fred bromeó.

—Hoy tenéis la simpatía por las nubes. —Negó con la cabeza.

Los tres entraron acompañados de Diana, Aileen y las tías. Ver a la familia toda junta desde los matrimonios de sus hermanas para muchos era un gran acontecimiento, de ahí que algunas personas soltaran una exclamación que quedó amortiguada por la música de la orquesta.

El matrimonio Donsbury se acercó a ellos para recibirlos. Arthur puso un pie en el gran salón de techos altos de los que pendían tres lámparas que aunaban el cristal y la plata, las cornisas estaban decoradas con angelotes revestidos en pan de oro que con la iluminación parecían cobrar vida, lo mismo que el brillante color blanco de las paredes, aunque en la parte derecha se abrían algunos ventanales, todos ellos con las cortinas corridas, creando la sensación de que eran espectadores silenciosos. Las dos columnas que había hacia los lados cobraban la apariencia de dos vigilantes que ayudaban a crear corrillos, algunos de los cuales se escondían tras ellas, aunque no molestaban en la pista de baile llena de parejas danzando, y se reflejaban casi en los suelos pulidos.

Era grandilocuente como sus dueños.

Cada uno se fue colocando en un lugar, allí donde iban encontrando a algún conocido, salvo Arthur, que sentía cómo miles de cuchillos pendían sobre su cabeza y todos procedían de otros vizcondes que se habían reunido en el baile. Su salvación fue la repentina aparición de sus dos amigos, con los que se colocó al fondo, allí donde las vistas del salón eran únicas y podían ver a todos los asistentes. Lo más interesante no estaba en la pista de baile, sino en los distintos corrillos que los vizcondes habían creado o en esos otros que huían de ser advertidos por sus pares.

—¿Habéis visto a Montgomery? —preguntó Nick a sus amigos, siguiendo a ese vizconde con la mirada sin ocultar que se le estiraban los labios por la diversión—. Además de andar de puntillas para parecer más alto, saca pecho, parece un pavo tratando de lucirse delante de las damas.

—¿Crees que puede ser él quien puso ese anuncio? —intervino Fred.

Arthur pasaba sus ojos del uno al otro. ¿Sus amigos y cuñados se habían convertido en unos chismosos? No se lo podía creer.

—¡¡¡Imposible!!! Actúa como un pusilánime. —Arthur ojeó a todos los vizcondes reunidos y no se pudo callar—: Cobardes todos y gallinas los que se fueron, mira que irse por un simple anuncio, ya no se podrán llamar «hombres».

—El mejor parado de todos es el vizconde Taylor, no ha dejado de bailar —expuso Fred lo que era una novedad en un baile.

—Pero ninguna querrá repetir con él —apuntilló Nick.

—Como siga a este ritmo tan veloz para él, todas las damas acabarán sin guantes y mojadas. —Arthur sabía bien a lo que se refería—. Os acordaréis que a este le sudan las manos en cualquier situación y momento, por eso lo digo, y no hace falta mencionar a Silsbury.

—Silsbury y su guiño de ojo. —Se rio Nick.

—¿Por qué creéis que me aparto de él? No quiero que me guiñe un ojo —soltó Fred—. Es que si no la gente, que es muy mal pensada por estos lares, puede darle a la lengua para mal.

—Pero si hasta las mujeres se le escapan —exclamó Arthur, negando con la cabeza.

—Se dice que triunfa en Whitechapel —comentó Nick.

—Debe ser en el único lugar, porque a este lado de la ciudad todos huyen de él —resopló Arthur nervioso, no por los vizcondes, sino porque estaba deseando ver a Caroline y no llegaba.

«No me dará plantón otra vez, ¿no?», se expuso a sí mismo. «Si lo hace no la perdonaré», se puso caprichoso.

—Wentford, a este no lo veo escribiendo el anuncio. —Nick abrió esa posibilidad de que uno de los vizcondes fuese el autor.

—¿Crees que un vizconde está detrás del anuncio? —Fred no acababa de creer que fuese uno de ellos.

—Puede ser, se lleva toda la semana hablando del mismo tema, vayas a donde vayas, el anuncio siempre aparece en las conversaciones. —Nick no mentía.

—¿Cómo va a ser Wentford?, ¿estamos tontos? —Arthur alternaba la mirada entre sus amigos.

En cuanto pasó un sirviente con copas de champán, los tres cogieron una y él casi la bebió de un trago.

—A lo mejor busca esposa —planteó Fred, a lo que sus dos amigos prorrumpieron en carcajadas y a Nick por poco no le salió el licor por la nariz.

—No me hagas reír que me ahogo —dijo el duque con la voz rasposa.

—Este es un mujeriego empedernido, por eso ninguna madre con sesera lo quiere de yerno. —Arthur fue tajante.

—Lo sabes todo de tus congéneres vizcondes. —Fred ya se estaba burlando.

—Fred, es por todos conocido —le indicó Arthur un tanto molesto por sus insinuaciones.

—Afina el oído, amigo, a veces hay que escuchar a los corrillos chismosos para enterarse de estas cuestiones —le aconsejó Nick, guiñándole un ojo.

—A mí no me vuelvas a hacer eso. —Fred terminó su copa.

—A Tillsbrain lo descartamos, directamente. Las ideas se le marchan por el brillo de su cabeza bajo las lámparas. —Arthur se pasó la mano por la cabeza para asegurarse de que aún mantenía el pelo, que no se había quedado calvo de repente.

Nick y Fred asintieron en silencio a sus palabras.

—¿Por qué mira hacia atrás Stonebridge? —Fred no pudo evitar señalarlo con el dedo apuntador, porque cada dos pasos, ese vizconde miraba para atrás.

—Se busca la sombra —aclaró Arthur antes de beber un sorbo de champán.

—¿Cómo? —Nick no sabía nada de aquello.

—¿Disculpa? —Fred estaba que no se lo podía creer.

—Sí, sí, todo el mundo dice que al caminar se asegura de tener la sombra detrás, él quiere confirmar que no la ha perdido; es más, según como esté el día, más oscuro o más claro, sale de casa o no sale. —Aquello hasta a él le sonaba raro, pero no sabía si era o no cierto—. Este puede ser un candidato fabuloso del anuncio.

—Si tan mal lo pintan, este tipo tiene tan poca sesera que no me extrañaría nada que fuese él. —Nick no paraba de parpadear al observar a aquel hombre. En ese instante, por el rabillo del ojo, vio una nube vaporosa de color amarillo pálido que bajaba las escaleras hacia la pista; sus ojos se desplazaron para ver mejor a Caroline,

que acompañada de su madre acababa de llegar.

Para su fastidio, fueron muchos los caballeros que se giraron a verla; lucía espléndida, más que caminar parecía deslizarse y sus movimientos eran de lo más sensuales.

—Si ahora le dices a nuestro amigo que has visto un burro volando seguro que te dice que él también —dijo Fred al ver el arrobamiento con que Arthur miraba a aquella dama.

Nick se giró para ver de quién le hablaba y reconoció que la mujer era una belleza. Al contrario que su madre, tenía unas curvas deliciosas y redondeadas donde perderse.

—Caramba, no me extraña que esté tan alelado. —Nick reparó en que en los últimos días había visto a su amigo como si tuviese la cabeza en otra parte, se había imaginado que era por ese maldito anuncio, en ese momento se daba cuenta de que no, debía tratarse de esa preciosa dama.

—Arthur... —Fred iba a hablar, pero desistió, su amigo le había dado la espalda y se alejaba. Este miró a Nick, que en su cara tenía dibujada una gran sonrisa—. ¿Te das cuenta de que me ha dejado con la palabra en la boca?

El duque apretó los labios para evitar soltar una carcajada, debería haber sido ciego para no verlo.

—Hasta yo te dejaría con un palmo de narices por una dama tan bella.

—Si se lo comento a Diana, esta irá corriendo a decírselo a Aileen, y no le sentará nada bien que hables así de otra mujer.

—Diana no irá corriendo a ningún lado, tú te has encargado de ello —se burló Nick; estaba enterado de que, a Diana, el embarazo se le estaba haciendo muy pesado.

Fred resopló.

—No irá corriendo, pero de todas maneras llegará.

—Cuando lo haga, yo ya habré hecho sentir a mi esposa la reina del mundo entero y no prestará atención a lo que le diga su hermana.

Ambos siguieron con la mirada a Arthur, podían distinguirlo por el color de su cabello y la altura, lo vieron acercarse a la recién llegada y hablar con ella después de besarle los nudillos.

—¿Sabes quién es esa dama? —preguntó Fred.

—Supongo que debe ser la hija de Crawford, la que ha venido con ella es la esposa de él.

—No tenía noticia de que estaba en la ciudad, hace tiempo que no he coincidido con el vizconde.

—Supe que se habían ido a pasar una temporada en su casa de campo.

La voz de ambos no era muy alta, solo para que la escucharan ellos, no se miraban, estaban pendientes de Arthur. Lo vieron ir hacia el centro de la pista de baile con aquella beldad, y empezaron a rodar en cuanto la orquesta comenzó a tocar un vals.

Los que bailaban se miraban a los ojos.

—¡Está especialmente bella esta noche!

—Podría decirle que me he puesto el primer vestido que mi doncella ha escogido, pero le estaría mintiendo —habló ella, coqueta.

—Estoy seguro de que estaría igual de bonita si se pusiera un saco de arpillera. —Los ojos plateados ardían.

—Es usted muy galante.

—No, no lo soy. Nunca lo he sido, pero con usted... no me puedo reprimir, tengo que decírselo.

Ella le dedicó una tímida sonrisa en su boquita de piñón.

Sus ojos no se separaban, entre ellos iba creciendo una fascinación que no podían esconder. Caroline separó los ojos de él,

sabía que estarían llamando una atención indeseada.

Arthur la miraba embelesado, ella encajaba en sus brazos como ninguna otra, lo rodeaba un aroma a rosas que le encantaba, era tan fácil dejarse llevar por la música con ella junto a su cuerpo, la arrimó más a él y la joven lo permitió. Él vio que unos bonitos colores subían a sus mejillas, y supo que estaba disfrutando del baile tanto como él. Desde esa distancia podía sentir una atracción hacia esa piel de terciopelo que lo abrumaba. De buena gana se dejaría llevar y la abrazaría hasta fundirse con ella.

Todas esa emociones que ella estaba despertando en él hicieron también que lo invadiera el pánico, tenía miedo a amar, un frío helador se desprendió de sus mismísimos huesos, ¿y si la quería y la perdía? ¿Y si ella no llegaba a sentir lo mismo que él? Fue recorrido por un escalofrío, notó que le faltaba el aire, se ahogaba... No lo podía resistir. Tenía que salir de allí, y lo hizo; la soltó y salió caminando con rapidez hacia la puerta, dejando a Caroline en medio de la pista, rodeada por las demás parejas mientras sonaba la música.

Ella lo vio alejarse y no entendía lo que sucedía, solo veía aquella ancha espalda que cada vez estaba más lejos, se daba cuenta de que muchos ojos estaban posados en ella, seguro que se preguntaban qué habría ocurrido y que darían por sentado que lo había ofendido. Al percatarse de que las habladurías la perseguirían, se enfadó, ¡el vizconde Bellesmoke era un lord impresentable! La había puesto en un lío.

Sin prestar atención a nadie, se dio la vuelta buscó a su madre y ambas se marcharon del baile, mientras ella era consciente de que si en ese momento lo tuviera delante sería capaz de agredirlo con violencia.

Capítulo 14

En la oscuridad que había en la parte de atrás del White's, un caballero se paseaba con nerviosismo. Sus pasos resonaban en el empedrado del lugar como tambores que anunciaban el movimiento de las agujas del reloj que llevaba enganchado al bolsillo del chaleco. Los sirvientes del club mantenían limpio el lugar para sus distinguidos clientes.

Le pareció que lo había recorrido entero palmo a palmo, y sus dientes apretados chirriaban, ¿le estaría dando plantón el hombre al que estaba esperando? Empezó a soltar maldiciones, no podía ser que la vida fuera tan injusta con él. Recordó el pasado, cuando no era así, cuando le sonreía y no tenía que preocuparse por nada, siempre podía disponer de las libras que quisiera, incluso se podía permitir el lujo de ser despilfarrador. No obstante, de la noche a la mañana todo había cambiado, no había derecho a que eso le ocurriera a él. ¡Qué injusta era la vida!

Y para colmo de males, a su esposa le gustaba mucho ir a la última moda, no paraba de encargar vestidos, sombreros y zapatos, junto con enaguas, cintas y abanicos. Esa mujer era una ruina, y lo llevaba por la calle de la amargura.

Claro que él no le había dicho que su economía era delicada, si

lo hacía la mujer era capaz de arrancarle la cabeza. Ella fue quien aportó una fortuna al matrimonio, que él perdió en inversiones nefastas, además de sus malas rachas en los naipes y sus vicios con las prostitutas. Antaño había tenido una amante, y la había cubierto de joyas; cuando su bolsillo empezó a temblar al morir su amigo, el padre del vizconde Bellesmoke, todo cambió, y la mujer lo despachó al no sacarle lo que deseaba. Lo que pensaba que nunca le pasaría a él se convirtió en su peor pesadilla.

Esos pensamientos parecían aplastarle el pecho como una losa, cuando escuchó unos pasos que se le acercaban.

—¡Ya era hora de que llegaras! —soltó con malos modos.

El otro se paró y lo miró alzando una ceja.

—No me ofendas o me voy, y me temo que no es eso lo que quieres. —La voz de caverna lo atravesó.

—No, espera, siento haberte hablado de esa forma. —Le atravesaba las tripas tener que pedir disculpas a ese tipo que parecía tonto.

—Así me gusta —repuso el otro con una sonrisa sardónica—. ¿Por qué querías verme? ¿Has reunido el dinero que me debes?

Se removió inquieto.

—No, necesito que me amplíes el préstamo.

—¿Sabes a cuánto sube lo que me debes?

—Por supuesto. —Era mentira.

—Súmale los intereses.

—¿Qué? —Su voz salió como si se hubiese tragado una rana.

—¿Acaso pensabas que soy tonto? No me respondas, ya sé que sí. Pues déjame decirte que puedo ser medio calvo, pero no tengo un pelo de idiota. —Una gran cantidad de dinero cambió de manos, pero antes de soltarlo, añadió—: Se te está terminando el chollo, ya estoy pensando en cobrarme lo que me debes.

Dicho aquello, se dio la vuelta dejando a ese lord arruinado faltándole el aliento, como si le hubiese dado una patada en el pecho. ¿Cómo iba a hacer para pagar esa deuda?

Capítulo 15

Arthur sabía que Caroline debía estar muy enfadada con él, la había dejado en medio de la pista de baile, y ella debió de sentirse ridícula y abandonada. A saber cómo habría salido de aquella. Tenía razones para no querer dirigirle la palabra nunca más.

«Tengo que encontrar la forma de pedirle perdón», pensaba varios días más tarde, arrepentido de haberse dejado vencer por el pánico mientras estaba bailando con ella. Lo que le había ocurrido lo tenía sin dormir desde ese día. Le dolía el alma al recordar cómo la dejó; sin embargo, no había podido evitarlo, se vio a sí mismo amando como un loco a la señorita Crawford y que ella se le esfumaba entre los dedos. Ya lo sufrió antes con sus padres, y no quería repetir esa experiencia, no sabía si iba a aguantarlo y no quería exponerse. Con una vez era suficiente. Además, le entraban escalofríos y tembleques solo de pensar que le pudiera suceder algo a ella.

No sabía cómo solucionar aquel dilema, lo que hizo fue mandar a la señorita Crawford un gran ramo de rosas amarillas, con una tarjeta que rezaba:

Quisiera poder volver atrás en el tiempo, estropeé

aquel fantástico momento que estábamos compartiendo. Lo siento en el alma, ¿cómo puedo hacer para que me disculpe?

Estoy ansioso por encontrar la forma de hacerme perdonar.

Suyo.

L. B.

Esperaba verla esa tarde en Hyde Park, iría a propósito para encontrársela. Ojalá que ella no le guardara rencor por aquel momento de debilidad, aunque también era consciente de que podría mandarlo al infierno. Había escuchado los cotilleos de sus tías cuando hablaban de que un hombre dejó plantada en el encerado de baile a Caroline, evidentemente no sabían que era él, y las oyó decir que ella debía de haberse sentido muy insultada, pues se marchó de la fiesta en aquel instante.

Estuvo yendo al parque cada tarde con la esperanza de verla y pedirle disculpas; sin embargo, ella no aparecía.

***

Una semana más tarde de aquella aciaga noche, Caroline pensó que no debía dejarse amilanar por lo ocurrido, ella no hizo nada malo, y resultaba que se estaba escondiendo como si así hubiese sido.

Había recibido las flores de ese impresentable vizconde y las tiró a la basura, no quería nada que le recordara lo que le hizo. Aún le resonaban en la cabeza los cuchicheos de los que bailaban y la miraban como si le hubiese salido un tercer ojo en la frente. ¿Cómo había tenido la desfachatez de escribirle esa nota? ¿Es que pensaba que se dejaría ridiculizar como él lo hizo? ¡Qué equivocado estaba!

Esa tarde, cogió a su perra y salió con su doncella Mabel, caminaba por las calles tiesa, se daba cuenta de que algunas señoras se giraban a su paso, le entraron ganas de preguntarles qué se creían que había sucedido, seguro que encontraría explicaciones de lo más floridas, pero se agarró a su dignidad, no dejaría que la vieran enfadada, y seguro que eso ocurriría si escuchaba excusas para el vizconde, si alguien se atrevía a apoyarlo en su presencia...

Al llegar al parque, iba sonriendo a unas y otras, se paraba a saludar a las señoras que conocía, las que sabía que no la juzgarían, las que eran discretas y no se meterían en sus asuntos.

—Caroline, querida, ¿has estado enferma? —preguntó una amiga de su madre.

—Un poco indispuesta.

—Ya me extrañaba no verte por aquí, sé que te gusta pasear a tu perrita.

Siguió por el camino hacia el Serpentine, y se encontró a Gladis, una joven como ella que eran amigas desde muy jovencitas. Hacía tiempo que no coincidían y se alegraron de encontrarse.

—Qué alegría de verte, Gladis. —Caroline le dedicó una de sus adorables sonrisas.

—¡Oh, Caroline! —La joven le dio un abrazo, se la veía muy contenta—. Parece que hace mil años de nuestros buenos tiempos —dijo lanzándole un guiño.

Ella rio, sabiendo que se refería a cuando hacían travesuras a sus institutrices siendo más jovencitas.

—Parece que haya pasado una eternidad —asintió mirando a ver si la acompañaba su doncella o su madre. Al reconocer a la primera, supo que podrían hablar con libertad, que esta no iba contando nada a la madre de su amiga.

—¿Qué ha sido de tu vida? Hace mucho que no nos ponemos al

día. —Gladis era muy dicharachera.

—Pues ya ves, yo sigo soltera, vivo entre nuestra propiedad en el campo y la ciudad. De vez en cuando a mi padre le coge la prisa por casarme y nos trae a Londres, cuando se le pasa volvemos al campo. —Caroline sonreía mientras se lo contaba. Ella no tenía ninguna prisa por casarse, y no le preocupaba irse al campo, allí podía disfrutar de una libertad que no tenía en la ciudad.

A Gladis le pareció divertido, y ocultó una carcajada detrás de su abanico.

—Pues yo no estaré mucho tiempo en el mercado matrimonial, estoy prometida con el barón Sinclair.

Por su forma de mirar, Caroline supo que su amiga estaba feliz con aquel compromiso.

—Me alegro mucho, se te ve muy contenta.

—Lo estoy, es un hombre muy atento, me trata como a una reina, y es tan guapo... —Soltó un suspiro al pensar en su futuro esposo.

—Ya noto que estás enamorada, es un hombre afortunado.

—Mira, por allí viene.

Caroline se giró, y vio a un hombre que con paso decidido se acercaba a ellas y le sonreía a su amiga. Vestía con elegancia, y su rostro denotaba que también estaba contento con el arreglo matrimonial.

—Lamento llegar tarde, unos negocios me han entretenido —se excusó ante la que sería su esposa.

—No importa, deja que te presente a mi amiga Caroline Crawford.

Él se inclinó ante ella y le besó los nudillos.

—Es un placer conocer a una amiga de la señorita...

—Déjate de bobadas —lo reprendió Gladis—. Caroline entenderá

que no me llames con la pompa de señorita ni formalismos.

—Conociéndote lo comprendo muy bien. —Caroline sabía que a su amiga le retorcía las tripas aquel tratamiento, decía que era como si se pretendiera alejar a la persona que se le exigía.

Estuvieron un rato paseando, y se despidieron con el propósito de ir muy pronto a tomar el té en la mansión de los Crawford. Caroline siguió con su paseo, aquel encuentro le había gustado, y tenía una sonrisa dibujada en los labios. Su cabeza estaba en los buenos momentos que había compartido con su amiga y no vio quién se le acercaba.

—Buenas tardes. —La voz profunda del vizconde Bellesmoke la devolvió al presente de golpe, haciendo que se le arrugara la frente y le entraran ganas de darle una bofetada con la mano abierta, o mejor cerrada, quizá le hiciera más daño. Lo miró lanzando rayos por sus bonitos ojos verdes, y temiendo hacer lo que le pedía el cuerpo, se dio la vuelta para alejarse de ese hombre. No obstante, no lo logró, él se puso a su lado y murmuró—: Lo siento, me comporté como un cretino.

Aquellas palabras hicieron que se parara de repente.

—Ni que lo digas, eso ya lo sé. —Dicho lo cual, siguió su camino. Estaba tan molesta que no se dio cuenta de que había olvidado los formalismos, lo tuteó.

Él fue consciente de ello y le gustó no interponer aquel muro de seriedad entre ellos.

—Espérate... —La voz de Arthur sonó un poco más alta al seguirla.

—Nosotros no tenemos nada que decirnos —lo cortó ella.

—Yo sí tengo mucho por lo que disculparme.

—¿Y si a mí no me interesa escucharte? ¡Olvídame!

—No puedo, es algo superior a mí.

Por lo visto ese hombre iba detrás de que le cantara las cuarenta, pensó Caroline. La había dejado en ridículo una vez y ahora ¿qué pretendía, que lo hiciera de nuevo?

—No quiero escucharte —remarcó ella apretando el paso.

—No voy a esfumarme así como así. Necesito hablar contigo.

—Pues te aconsejo que lo hagas con ese árbol, será lo mismo, pues yo no pienso escucharte.

Arthur se quedó callado durante unos minutos, pero seguía andando a su lado.

Ella se estaba enfadando; él, con sus largas zancadas, la obligaba a caminar rápido intentando dejarlo atrás, y no lo conseguía.

—¿No quieres saber por qué el otro día tuve que salir de aquel salón de baile?

—Para dejarme en ridículo —expresó ella con fuego en sus preciosos ojos.

—No, nunca haría eso.

—Y ahora pretendes que te crea. —Las ganas de arrearle con la correa de Daisy eran muy grandes, pero se contenía—. No hace falta que te esfuerces, no lo conseguirás.

Habían salido de Hyde Park y caminaban por una acera con tiendas.

Arthur se daba cuenta de que no conseguiría tener una conversación tranquila con ella, aún estaba enfadada con él, así que era mejor que lo soltara de una vez.

—Si lo hice fue porque te temo, me horroriza lo que siento cuando estoy a tu lado.

Ella se detuvo de golpe.

—¿Me estás tomando el pelo? ¿Me ves cara de tonta? —Su voz mostraba un enfado que no parecía posible en un cuerpo pequeño

como el de ella.

Arthur la miraba con sus ojos plateados oscurecidos por la importancia que tenía para él hacerle entender lo que sentía.

—«No» y «no» son las respuestas a tus preguntas. —Él cogió aire con fuerza, necesitaba sacar lo que albergaba su corazón—. Nunca te tomaría por tonta, sé que no lo eres; aquí, si hay algún idiota, soy yo. —La miraba a los ojos con fijeza—. Te he dicho que te temo, y lo mantengo. —Vio que no lo creía—. Hace años, amaba a mis padres y los perdí. Estoy experimentando unos sentimientos muy similares por ti, y no quiero volver a pasar por aquello.

Caroline frunció el ceño, ¿qué decía ese hombre? ¿Trataba de engatusarla? Le dio la correa de Daisy a Mabel, que estaba un poco más atrás que ellos, y puso los brazos en jarras para encararlo.

—¿Qué estás diciendo? Habla claro.

Arthur, al ver aquella postura chulesca de ella, sintió una sensación placentera que le recorría el cuerpo entero.

—Quiero amarte y tenerte a mi lado para siempre.

La boca de Caroline se abrió por sí sola, no podía creer lo que él había dicho.

—No te creo.

—¿Qué tengo que hacer para que lo hagas? ¿Quieres una muestra de mis sentimientos? —Ella asintió, y Arthur vio un brillo especial en los ojos de ella. Sabía que se jugaría su futuro, una reprimenda, y hasta podía ser que un encuentro al amanecer, pero lo haría de todas formas. Se le acercó con lentitud, haciendo que ella reculara. Detrás había un callejón. La arrinconó contra el muro, bajó la cabeza y la besó con una ternura abrumadora.

Caroline no podía creer lo que estaba ocurriendo, sentía aquellos labios recorriendo los suyos, cómo la lengua de ese hombre empujaba para entrar en su boca, no se sentía asaltada, le gustaba

lo que estaba experimentando; se dio cuenta de que sus brazos tomaron el control y se enroscaron en el cuello musculoso de él, y se preguntó cómo podía tener ese poder sobre su cuerpo.

Arthur la sentía entregada a las sensaciones que ambos estaban viviendo, le parecía estar en el paraíso, aquella boca le sabía a miel, deseaba que el tiempo se detuviera y seguir disfrutando de aquel momento glorioso. Se separó un momento, y lo que vio en los ojos verdes velados por un sentimiento que parecía ir del uno al otro hizo que su corazón latiera con rapidez, le golpeara las costillas con fuerza. La vio parpadear y sintió un tirón en la ingle cuando las pestañas le barrieron las mejillas.

Caroline se sentía volar, como si él la hubiese lanzado a la luna, era una sensación de lo más placentera, pero entonces él se había separado, y al mirar aquellos ojos sintió que las rodillas le temblaban. ¿Qué le estaba haciendo ese hombre?

—¿Te has vuelto loco? — Apenas le salía la voz al darse cuenta de que estaban en un callejón y que él la tapaba por completo con su envergadura.

—Loco por ti.

—Suéltame.

—Creo que es mejor que no lo haga. —Él notaba que ella temblaba de pies a cabeza—. Tengo la sensación que te caerías si lo hago.

—Piensas que eres muy gracioso, ¿verdad?

Arthur le dedicó una sonrisa pícara, aflojó el abrazo y notó que ella se iba abajo, no dejó que cayera, la sostuvo contra él.

—A eso me refería. —Y aprovechando que su boca estaba tan cerca del rostro de ella, repartió muchos besos por aquella piel aterciopelada que lo enloquecía.

Ella respiró con fuerza una y otra vez, pero él la distraía con

aquellas rozaduras de sus labios, los sentía como las alas de una mariposa sobre su piel sensibilizada, la notaba caliente y supo que estaría roja como un tomate.

—Ya estoy bien —dijo ella en un susurro para que él dejara de acariciarla de aquella forma.

Arthur probó y vio que ella ya se sostenía con seguridad. A pesar de ello no se separó, siguió ocultándola con su cuerpo.

—¿Qué piensas de lo que te he dicho antes? ¿Ves la sinceridad en mis palabras?

—No lo sé, no te conozco.

—¿Me permitirás que te demuestre que no miento?

Los ojos de ella se entrecerraron y al fin dijo:

—No hagas que me arrepienta, no quiero convertirme en el hazmerreír de Londres.

Él supo que se refería a haberla dejado plantada en mitad de un baile.

—No lo lamentarás. —Arthur miró por encima del hombro y la hizo salir de aquel escondite cuando la calle se despejó un poco y no llamaban la atención de nadie—. Volveremos a vernos muy pronto.

Sus palabras sonaron a promesa, y por el tono empleado, ella sintió que le acariciaba el corazón.

Capítulo 16

Arthur se sentía flotar en una nube, aquel interludio con la señorita Crawford fue lo más placentero que había vivido durante mucho tiempo. Se fue al White's, suponiendo que allí encontraría a sus amigos, y en efecto, Nick y Fred estaban tomándose un whisky mientras observaban el juego de una de las mesas.

—Vaya, caballeros, ¿qué pasa qué están mirando en lugar de estar sentados y desplumando a estos que lo están pidiendo a gritos? —susurró a sus espaldas.

—Qué gracioso que está hoy nuestro amigo. —Nick le echó una mirada por encima del hombro—. Calla y mira, hoy hay mucho dinero sobre la mesa.

Él echó un vistazo, y en efecto, parecía que los jugadores querían desprenderse de buena parte de su riqueza, pues solo habría un ganador. ¡Serían zopencos! Movió la cabeza de un lado a otro, y esperó a ver quién se llevaba el premio gordo, alguien soltó una maldición al ver que otro ganaba la partida.

Fred, entonces, se giró y los tres fueron hacia una de las mesas del salón, donde un camarero les dejó una botella de licor y se sirvieron ellos mismos.

—¿Cómo están mis hermanas? —preguntó Arthur.

—¿Acaso dudas de que las tratamos como a reinas? —Nick le contestó con una ceja alzada.

—No, de ninguna forma; si no fuera así, ellas mismas saben defenderse, os lo harían pasar muy mal —se burló con una ancha sonrisa.

—Eres un lelo, solo por eso debería dejarte fuera de lo que estoy pensando —Fred habló deseando despertar el interés en sus amigos.

—¿De qué se trata? —Quiso saber Nick.

Arthur se temía que les quería tomar el pelo, y no dijo nada para no caer en la broma.

—Me han invitado a pasar unos días en el Hotel Wharrington Palace, se celebra el aniversario de su apertura y puedo llevar a mis amigos. Claro que si no estáis interesados...

—¡¿El Hotel Wharrington?! —exclamó Nick con las cejas alzadas —. He escuchado hablar de él, es un establecimiento de mucho prestigio.

—Pues están preparando una velada en la que asistirá la flor y nata de la alta sociedad —informó Fred—. Mi madre es muy amiga de unas señoras que fijaron su residencia allí, y siempre me habla muy bien de ese hotel.

—Pues no nos lo podemos perder. Ya verás cuando le diga a Aileen que nos vamos unos días al Hotel Wharrington, se entusiasmará. —Nick estaba seguro de que la idea le gustaría a su esposa. No le agradaba que en su papel de duquesa se le exigiera aquella cara de haberse tragado un mosquito, aunque él siempre la animaba a que fuera ella misma, que no escuchara lo que decían las damas quisquillosas—. Ya me puedo imaginar la felicidad que la embargará cuando le diga que vamos a ir todos..., porque es así, ¿no?

—Desde luego —asintió Fred—. Esas amigas de mi madre

también lo son de las tías de Arthur.

Este, que escuchaba a medias, pues no se podía sacar de la cabeza ni de los labios el sabor de la señorita Crawford ni cómo la había sentido entre sus brazos, oyó que lo nombraban y salió de aquella nube gozosa donde se encontraba.

—Perdona, ¿qué decías?

Fred y Nick se miraron el uno al otro y luego a él.

—¿Qué te pasa? ¿De qué nube te has caído? —El duque nunca había visto a su amigo tan ausente—. ¿Ha ocurrido algo que quieras compartir con nosotros?

Arthur sacudió la cabeza como si pretendiera despejarse, alejar aquellos pensamientos de él.

—No, no, nada. —No iba a decirles que una mujercita morena con unos espectaculares ojos verdes lo hizo caer en un hechizo que ni él entendía.

—Vaaale. —Nick alargó la palabra antes de añadir—: Cuando quieras hablar de ello, ya sabes dónde encontrarnos.

Lo que daba a entender que no lo creían, pero que respetaban que se lo guardara, de momento.

—Pues a mí no me vale —soltó Fred con el ceño fruncido—. Te estoy diciendo que nos vamos a un baile y una estancia de alto copete en el Hotel Wharrington y tú con la cabeza en las nubes. Si no te apetece venir, dilo y ya está.

Aquellas palabras aún lo confundieron más, pues se preguntó si la señorita Crawford también estaría invitada a dicho evento. Claro que si no era así, él podría salir para encontrarse con ella en Hyde Park, no estaría allí encerrado. Por otra parte, también podría disfrutar de la compañía de sus hermanas, quienes estaba seguro de que tratarían de emparejarlo con todas las muchachas que acudieran a esa fiesta. ¡Qué bien se lo iba a pasar eludiendo sus intentos de

casamenteras!

—Claro que voy a ir, solo por ver cómo mis hermanas se ocupan de poneros firmes, no me lo pienso perder —lo dijo para desviar la atención de su distracción, al mismo tiempo que se preguntaba cómo esa mujer se le había metido en la cabeza y no había cómo sacarla. «Claro, tonto, tú tampoco haces nada para que eso ocurra», se decía él mismo. En la primera oportunidad que tuvo, la había arrinconado y suerte que no perdió del todo los papeles, si no aún estaría con ella entre sus brazos, saboreando sus labios y tragándose sus suaves gemidos de placer.

Nick y Fred se miraron con sendas sonrisas, parecía que ambos habían pensado lo mismo, si había alguien que le pudiera arrancar una confesión a Arthur, esas eran sus hermanas, se enterarían muy pronto de lo que lo tenía distraído. De momento, harían como que no les interesaba.

Capítulo 17

En esos mismos instantes en que los tres estaban haciendo planes para esa estancia en el lujoso Hotel Wharrington, en la parte trasera del club, dos sombras se encontraban en el rincón más oscuro.

—¿Cuánto quieres esta vez? ¿Ya has pensado cómo vas a devolverme tanto dinero?

El otro se encogía al escuchar aquella voz ronca que parecía de ultratumba, y al estar tan oscuro lo recorría un estremecimiento tras otro.

—Mi mala suerte no puede durar toda la vida, seguro que muy pronto puedo devolverlo todo.

Se oyó una carcajada cascada del primero.

—De todas maneras no te preocupes si eso no ocurre, ya tengo una muy buena idea para que saldes tu deuda.

—No hará falta que la pongas en práctica. —Aquella voz sonó algo temblorosa, se imaginaba que cualquier día le rebanaría el pescuezo; no él, claro, era un noble, lo encargaría a algún rufián con ganas de una buena borrachera y un revolcón con una de las prostitutas del puerto. Al otro le agradó el miedo que pudo detectar en su voz—. Tengo intenciones de pagarte hasta el último chelín.

Mientras uno asentía con la cabeza con una sonrisa canalla que

dejaba ver su blanca dentadura y se daba la vuelta, el otro maldecía su mala suerte.

Capítulo 18

A la mañana siguiente de haber llegado al Hotel Wharrington, Arthur estaba en el vestíbulo leyendo el periódico cuando por el rabillo del ojo le pareció ver un movimiento que reconocería en cualquier parte. La forma de caminar de la señorita Crawford era de lo más seductora, sus ojos la siguieron, y no fue consciente de una sonrisa que se le dibujó en los labios. La vio dirigirse hacia los ascensores que había al lado de las escaleras que subían a las habitaciones. Él mismo se había sorprendido del lujo que se respiraba en el hotel, la elegancia que ocupaba cada rincón; allí mismo las paredes estaban pintadas de *beige* y dorado, lo que lo hacía distinguido. Los pasillos de las plantas superiores estaban cubiertos por mullidas alfombras azul marino con ribetes dorados.

En la recepción, había dos hombres con uniforme rojo y negro con pajarita, y la camisa blanca; de allí se podía acceder al salón de té, con aquella luz tenue que invitaba a la tranquilidad, o a soltar la lengua a más de una, con sus mesas bajas de madera y otras de cristal, con las patas en forma de garras de león. También se podía internar en el restaurante, en el bar, o dar un paseo por el fantástico invernadero, de donde salían las flores frescas que adornaban la entrada y los pasillos. ¡¡¡Aquel hotel era el más lujoso en el que

había estado!!!

Caroline iba acompañada por su madre y el que debía ser su padre, el hombre lucía un rictus en el rostro con la nariz arrugada, que parecía estar oliendo excrementos de animales.

—Mamá, este hotel es extraordinario, no me lo había imaginado así.

Su voz acarició los sentidos de Arthur, y notó que se le erizaba el vello de la nuca.

—Pues no te acostumbres a estos lujos —murmuró el que se suponía era el padre—. O búscate un esposo con la bolsa bien llena. Puedes aprovechar la estancia para dedicarte a ello.

Para Arthur, escuchar aquellas palabras fue como recibir la coz de una mula en sus partes nobles. No le había parecido que ella estuviera buscando esposo. Los siguió con la mirada hasta que los perdió de vista al subirse al ascensor, preguntándose por qué un comentario tan común entre la nobleza de Londres lo hacía sentir tan mal.

—Caramba, Arthur, parece que el desayuno no te ha sentado bien —señaló Fred al acercarse a él desde las escaleras.

—¿Qué dices? —Ni él sabía que hacía una mueca.

—Tienes mala cara, dime lo que has comido que yo no lo haré. —Por su expresión no estaba bromeando.

—¿Qué dices? —Quiso saber Arthur sin comprender—. Aún no he desayunado, estaba esperando a mis perezosos amigos.

—Pues tienes suerte de que Diana es más noctámbula desde que está esperando el bebé. Antes le gustaba despertarse con mis caricias.

—No hace falta que me cuentes vuestra intimidad, puedo vivir perfectamente sin saber esas costumbres.

Fred sonrió como un demonio.

—Vaya, ¿tienes envidia? Eso se soluciona con mucha facilidad, solo tienes que buscarte una esposa. —El conde se burlaba de su amigo.

Arthur levantó una ceja, sorprendido; en pocos momentos había escuchado lo de hallar pareja por dos partes muy opuestas.

—¿Te estás volviendo una vieja casamentera? —Trató de insultar a su amigo, pero ambos sabían que eran impermeables a las palabras de ellos.

Fred rio.

—Anda, acompáñame, si tú no tienes hambre, yo sí; anoche gaste una buena cantidad de energías.

Ya volvía a echarle en cara sus intimidades. Arthur resopló.

Una vez que estuvieron acomodados en una mesa del comedor, vieron a Nick que había bajado en ese momento.

—Buenos días, amigos. Sois muy madrugadores.

—O tú muy dormilón. —Fred ya se podía imaginar qué lo había retenido entre las sábanas.

—No, eso sí que no. He estado atareado antes de...

—¿De salir de la cama? —habló Fred con una gran sonrisa.

—¡Otro que tal baila! ¡Que no me interesa vuestra vida matrimonial! —dijo Arthur poniendo los ojos en blanco.

—Debería, estamos hablando de tus hermanas. —A Fred le hacía gracia que lo molestaran esos comentarios.

—Por eso mismo, zoquete, por eso mismo —asintió Arthur.

Nick, que los observaba, se daba cuenta de que lo que lo incomodaba era la intimidad con sus esposas, claro que eran sus hermanas; sin embargo, era algo que estaba ligado al matrimonio, debía tenerlo en cuenta. Arthur no era tan lelo para pensar que tendrían a sus esposas en una urna de cristal para poder verlas pero no tocarlas. Entrecerró los ojos ante lo que se le acababa de ocurrir.

—¿Puede ser que lo que te está molestando es que nosotros disfrutemos de unas placenteras noches y tú no? —Nick lo miraba al fondo de sus ojos plateados—. Eso tiene muy fácil arreglo, o te buscas una esposa o te la buscamos nosotros.

Arthur recordó al instante que sus tías también lo amenazaron con encargarse ellas de su compañera y fue recorrido por un estremecimiento; él era suficiente hombre para hacerlo por sí mismo. Además, mucho se temía que su cabeza y corazón se habían puesto de acuerdo en ese tema.

—No hace falta que os molestéis.

Por la forma en que lo dijo, ambos amigos supieron que Arthur no tardaría en darles una buena noticia, pasaría a ocupar su lugar en el grupo de los casados. ¿Quién sería la mujer que le hacía desear dejar su soltería?

***

Caroline se refrescó, el viaje desde su casa en la ciudad no fue muy largo; no obstante, el ambiente se había vuelto bochornoso, y por corto que fuera el recorrido, en carruaje era sofocante.

Con un ligero vestido azul verdoso, estampado con pequeñas flores de todos los colores, bajó por las escaleras; le había dicho a su madre que iba a la biblioteca del hotel, como sabía que su progenitora tenía alergia a los libros, que no le gustaba leer, no iría a buscarla. Entonces ella aprovechó para salir del hotel e ir a Hyde Park, quería volver a ver al vizconde Bellesmoke. Desde aquella tarde que él la había tomado entre sus brazos que fue como si le girara la piel del revés, no se lo podía sacar de la cabeza, cada noche soñaba con él, y de día se distraía pensando en aquellos ojos plateados que parecían leerle el alma. Tan pronto pensaba que se

habría tenido que resistir a aquellos besos, cómo los añoraba. Había terminado por convencerse de que si le arreglaban un matrimonio con quien a ella no le gustara, por lo menos habría disfrutado de unos interludios con aquel hombre que la lanzaba a la luna con una mirada, o con un roce de sus labios.

Al llegar al parque, paseó saludando a unos y a otros, y después de recorrerlo entero se dio cuenta de que el vizconde no se hallaba allí. Se tragó una maldición que había aprendido del encargado de las caballerizas, y se encaminó hacia el hotel.

Arthur la había visto salir del Wharrington mirando por encima del hombro, como si se ocultara de alguien, y la había seguido; se había ocupado de que no lo viera, imaginó que iba a reunirse en secreto con algún hombre, y no le gustó. Al descubrir que estaba equivocado, se relajó, y se apoyó en el muro de una casa con los brazos cruzados sobre el pecho, esperando que llegara hasta él.

Caroline lo vio y aminoró el paso, ¡qué apuesto que era ese hombre!, pensó recorriéndolo con la mirada de la cabeza a los pies.

—Caramba, qué casualidad —musitó ella al llegar junto a él.

—No ha sido el azar, he notado que has salido del hotel y no me ha gustado que fueras sola. —No le dijo que había pensado que había algún hombre con el que se encontraría—. ¿No deberías ir acompañada de tu doncella?

Los ojos verdes se clavaron en los plateados.

—¿También estás en el Hotel Wharrington? —Se sorprendió ella, eludiendo la pregunta.

—Por lo que he visto, ambos estamos allí. —Parecía divertido por esa coincidencia—. ¿Te han invitado a la fiesta de aniversario?

—Sí.

—Me alegro mucho, será genial. —Arthur se imaginaba bailando con ella, compartiendo paseos, charlando y disfrutando de su

compañía.

—Eso espero.

Arthur le sonrió.

—Te lo aseguro, he venido con mis hermanas que se han casado con amigos míos. Estoy seguro de que te lo puedes pasar muy bien con ellas también.

Caroline fue recorrida por un escalofrío al escucharlo, ¿es que ese hombre esperaba que se relacionara con su familia? Lo miró frunciendo el ceño.

—¿Te das cuenta de que no hay nada que nos una?

Él clavó sus ojos plateados en ella.

—Eso me gustaría que cambiase —confesó con una mirada ardiente.

Caroline lo miró con los ojos entrecerrados, le gustaba que él se mostrara con aquella seguridad, tampoco le desagradaba que le presentara a sus hermanas, ya que no se había encontrado con nadie conocido en el hotel. Aunque solía hacer amistades muy pronto, no tenía ningún problema con eso. Tal vez esa estancia en el Hotel Wharrington fuera más divertida de lo que pensó en un principio, cuando su padre le dijo que irían. Ella imaginó que no pararía de presentarle a sus amigos, tratando de emparejarla con algún lord de rancio abolengo mucho mayor que ella.

—Si hubiese sabido que estabas aquí, podríamos haber paseado juntos. —No le dijo que había salido a buscarlo, no debía ser tan descarada.

Aquellas palabras le dieron alas a Arthur. No había ido a verse con ningún otro y, en cambio, no le habría molestado caminar con él a su lado.

—Si no tienes prisa podemos andar por aquí, ¿te parece? —La voz de él se había vuelto una suave caricia que la envolvió como un

abrazo.

Al dejar los formalismos se estaba forjando entre ellos lo que parecía ser más potente que una amistad. «Los hombres no son amigos de las mujeres», se dijo Arthur ante aquel pensamiento.

La cabeza de Caroline estaba siendo recorrida por un razonamiento muy similar, el ejemplo lo tenía en sus padres, no se acordaba de ningún momento en que no discutieran, cuando estaban juntos parecía inevitable. Ella no deseaba una vida como la de ellos; sin embargo, se sentía muy atraída por el vizconde, ¿cómo sería dejarse llevar por esa seducción?

Caminaron con parsimonia por las calles, el sol casi que se ponía en el horizonte, pero ellos no tenían ninguna prisa por regresar, se sentían a gusto juntos, mientras hablaban de los lujos que hallaron en el Wharrington.

—No tenía idea de que hubiese un lugar tan extraordinario, podría quedarme a vivir aquí —bromeó ella.

La voz de Caroline y su mirada traviesa hicieron que él sintiera un remolino excitante dentro de sus pantalones.

—Hay personas que han hecho del hotel su hogar —le informó él disfrutando de lo que su cuerpo sentía.

—No me extraña, tiene más servicios que una casa particular. ¿Has visto su biblioteca?

A Arthur le extrañó que dijera aquello.

—¿No tienes una en tu casa?

Caroline arrugó el ceño ante los recuerdos.

—Antes estaba repleta de ejemplares, incluso teníamos esculturas muy antiguas; no obstante, han ido desapareciendo, no sé qué ha ocurrido con todo ello. No me extrañaría que mi madre los hubiese regalado a sus amigas, a ella no le gusta leer.

—¿Y ese es motivo para deshacerse de los libros y obras de

arte?

—Para mí no, pero...

En ese momento pasaron por delante de la entrada de una mansión que parecía abandonada, la densa floración que ocultaba la puerta de hierro hablaba por sí sola. Arthur la cogió de la mano y tiró de ella hacia un rincón donde no serían vistos, y sus brazos la rodearon. Sus ojos se encontraron y ninguno de los dos apartó la mirada.

Caroline se sentía derretir bajo aquella intensa contemplación, se le resecó la boca y se pasó la lengua por los labios, lo que hizo que él bajara la cabeza y se los rozara con los suyos una, dos, tres veces; la escuchó suspirar y se lanzó de cabeza a degustar esa boca que lo enloquecía.

El tiempo se detuvo, los ruidos se silenciaron, solo existían ellos dos y aquellas sensaciones que hacían que desearan fundirse el uno en el otro. Él la apretaba contra su pecho al mismo tiempo que le acariciaba la espalda de arriba abajo. Caroline se halló colgada del cuello de él deseando que lo que estaba sintiendo no terminara nunca.

Ya estaba anocheciendo cuando regresaron al hotel, con los corazones latiéndoles desbocados en el pecho. Caroline estaba muy confundida, ese hombre le hacía sentir unas emociones nuevas para ella, y no sabía cómo denominarlas. Al mismo tiempo, Arthur reconocía que había encontrado a la mujer con quien quería compartir su vida.

Capítulo 19

—¡Calpurnia! —gritó Rebecca sin ninguna vergüenza, agitando la mano en el aire para que su amiga la viese entre tanto ajetreo de baúles y botones.

—¡Querida mía! —Se acercó a ella a paso ligero.

Calpurnia era una mujer alta, delgada, de facciones finas incluso para la edad que tenía.

—¡Lilia! —exclamó emocionada al ver a su amiga—. ¡Cuánto tiempo, por Dios!

—No sé si es cosa de Dios o acto terrenal, pero, mujer, estás igual que la última vez que nos vimos.

Calpurnia negó con la cabeza.

—Nadie tiene que ver, son los nervios que consumen todo lo que como, te lo aseguro. —Echó la cabeza para atrás soltando una carcajada.

Lilia procedió a presentarle a su hermana, quien ya había oído hablar de esa mujer; Blanche y Cordelia, también. Calpurnia, como anfitriona, era fantástica; a medida que entraban en el vestíbulo les fue indicando las distintas salas, pero lo mejor estaba por llegar.

—Ahora subiremos a la habitación 222, mi cuartel, por llamarlo de alguna manera, en el Wharrington. Debéis saber que no es una

habitación cualquiera, todo es posible —sonrió abiertamente—, no está numerada para mayor privacidad, y todos los huéspedes sospechan que puede ser una salida de emergencia o una puerta del servicio. Solo se puede abrir por dentro, muy pocas veces por fuera, y allí nos espera una gran amiga mía, lady Susan. Vamos.

Subieron todas casi en fila india; y nada más llegar al segundo piso, se fijaron en que todo lo que había dicho Calpurnia era cierto: la puerta no estaba numerada y les abrió desde dentro una mujer de rasgos afilados y alargados que se presentó ella misma. Sus ojos eran muy avispados.

Al entrar, se pasaba directamente al salón, que se abría en tres terrazas tras los grandes ventanales, cubiertos por unas livianas cortinas. A mano derecha, había una gran chimenea con los canapés y los sofás; luego, tras una pequeña separación, una larga mesa de madera y sus correspondientes sillas ocupaban el centro para dar paso a tres escalones que llevaban a las distintas habitaciones.

Se sentaron a la mesa y una sirvienta iba a servir el té cuando lady Susan habló para todas:

—¿En serio os apetece un té? —Puso en duda sin reparo ninguno.

—Si tienes algo más fuerte, te lo agradecería —comentó Constance.

Con un movimiento de mano, Calpurnia retiró a la sirvienta mientras que lady Susan se levantaba y comenzaba a sacar botellas del mueble bar: jerez y madeira, sus dos bebidas favoritas que degustó compartiendo con el resto.

—Y ahora, contadme, ¿ya sabéis quién es el «vizconde insoportable»? —les inquirió con interés, como si lo estuviera esperando desde hacía tiempo.

—Pues no —le aclaró Rebecca.

Calpurnia, un tanto contrariada, dirigió sus ojos hacia Lilia.

—¿No has sido tú? —Estaba asombrada.

—No, por supuesto que no —negó con rotundidad—. No tengo tanta imaginación.

—Y por mucho que nuestro sobrino sea vizconde y no pretenda casarse, o eso cree él, porque ya le hemos buscado la candidata perfecta, no le haríamos algo como eso —sentenció Constance saboreando el jerez—. Está bueno.

—Lo sé —asintió lady Susan alzando la copita.

—Pues os juro que cada vez que leo el anuncio pienso en vosotras —dijo pensativa Calpurnia.

—La gente cree que es el vizconde Allwrigth, entre otros nombres —indicó Blanche.

—Ese hombre solo se mira el ombligo y no ve nada más allá, así que todo es posible —aseveró Cordelia.

—Si os soy sincera, la primera vez me reí mucho...

—Doy fe. —Levantó el dedo índice lady Susan, interrumpiendo a Calpurnia.

—Tiene tu toque, Lilia, y el tuyo, Rebecca, sobre todo cuando el alcohol os pone contentas, digámoslo así. —Calpurnia bebió un sorbo de madeira en la taza de té—. Disfruté igualmente de él, sea quien sea el autor.

—Creo, si me permitís el atrevimiento y si no también, que detrás hay una mujer, me lo huelo. —Lady Susan se dio unos golpecitos en la punta de la nariz.

—¿Cómo lo sabes? —inquirió Blanche curiosa por la respuesta que le podía dar.

—Un hombre jamás hablaría de sí mismo en esos términos —apuntilló.

—Una mujer en su sano juicio tampoco —meditó en alto

Constance.

—Cierto, pero un hombre en un mundo hecho por hombres tiene el ego más allá de las nubes, y acordaos de esto: hombres con ego, hombres borregos. —Todas se echaron a reír—. Es verdad lo que digo; si les quieres bajar los humos di algo desagradable de ellos, se desinflan y solo queda un alma en pena.

—¡Es verdad! —exclamó casi sin aliento Rebecca.

—Siempre tengo razón, por eso creo que una mujer está detrás de todo esto, nunca un hombre —sentenció lady Susan.

—Y una pregunta —interrumpió Constance cambiando de tema, aunque nadie sabía que lo iba a hacer—. La sesión espiritista, sé que está de moda en algunos círculos; sin embargo...

—¡Es de lo más emocionante! —gritó lady Susan más excitada que antes—. Todo puede pasar.

—¿Y qué sucede? —Quiso saber Constance.

—Puedes tener conversaciones de lo más interesantes; en mi caso, mi marido siempre tiene unas palabras para mí —anunció lady Susan asintiendo con la cabeza y los labios apretados.

—¿Con alguien que no está? —Blanche había empalidecido.

—Claro, querida —respondió Calpurnia.

—Para hablar con los vivos sal a la calle y ya los tienes, lo emocionante es lo que piensan los que están en el más allá. —Lady Susan hablaba como si las conociera de toda la vida—. Todo sucede a través de Morgana.

—¿Tienes miedo, Constance? —Lilia la miraba con una sonrisa imborrable en los labios.

—No, solo me pone nerviosa —le contestó ella, enderezando la espalda.

—No tengáis miedo, con Morgana está todo más que cuidado, es una gran profesional. —Calpurnia las observó a todas.

—Estaré con vosotras —anunció lady Susan—. Pero ante todo, llevad la mente abierta.

Así la conversación se desvió a otros temas; y las horas, dándole a la húmeda y entre risas con lady Susan, se pasaron en un suspiro.

Capítulo 20

Lady Susan estaba entusiasmada por asistir a esa sesión de espiritismo, donde acudirían sus nuevas amigas, le encantaba la forma de Morgana de comunicarse con los espíritus; y aquel encuentro con Rebecca y Blanche estaba siendo muy entretenido. Estaban recuperando los meses que llevaban sin verse; y cuando escuchó que hablaban con Morgana para una sesión, enseguida quiso participar en ella, lo que las otras no le negaron; se tenían plena confianza, podría decirse que entre ellas no había secretos.

La habitación donde se realizaban las sesiones espiritistas y otro tipo de rituales para leer y conocer el destino más lejano nada tenía que ver con la elegancia del resto del hotel. En ese caso, se trataba de una estancia que formaba un cuadrado perfecto con sus cuatro paredes vacías de toda decoración; eran blancas, y de una colgaba una tela negra con bordados dorados y morados. Tenía una única ventana que daba al patio interior, que solo utilizaba el servicio del hotel y que pasaba desapercibido a los ojos de los huéspedes. La decoración era muy austera: dos aparadores, una mesa redonda en medio y un piano.

—¿Por qué hay un piano? —La pregunta le salió sola a Arthur, pues no le encontraba sentido. A este lo invitaron sus tías a esa

sesión. Lady Susan, a la que le habían presentado el día anterior, insistió, y él pensó que era una mujer muy interesante. Él no creía en eso, siempre decía que eran cuentos chinos, y por ese motivo lo desafiaron a ir, y el vizconde se empeñó en que lo acompañara la señorita Crawford, a lo que ella estuvo encantada, también era escéptica; sin embargo, pensaba que podía creer o no lo que ocurriera allí.

—Muchacho —comenzó a hablar lady Susan—, no todos los espíritus son iguales y tampoco lo es su forma de comunicarse, algunos lo hacen a través de la música. ¿Cómo? No me preguntes, nunca lo he visto, pero sé de gente que sí lo vivió. Por eso son tan emocionantes estas sesiones, y no me pierdo ninguna. —La emoción de la mujer era más que evidente, se notaba que disfrutaba de eso.

Arthur asentía, mientras que por la nariz, a cada inspiración, notaba un olor raro aunque tranquilizador, que a él no le hacía mucho efecto. No era incienso, sino algo un poco más picante y herbáceo.

De súbito, la puerta se abrió y tras ella apareció Morgana vestida con una larga túnica blanca de raso. Era tan grande que apenas se le conocían los pechos o se le veían las puntas de los pies. Se sentó a la cabecera de la mesa, en cuyo centro había cuatro velas bien dispuestas, pues señalaban los puntos cardinales. Poco a poco les fue explicando en qué consistía la sesión así como los pasos que se debían seguir.

—Cogeos de las manos y no os soltéis pase lo que pase, o pese a lo que escuchéis. —Todos se tomaron de las manos—. El círculo no debe romperse hasta el final. —Morgana cerró los ojos y echó la cabeza hacia atrás, momento en el que un aire se coló por la ventana con un sonido similar al aullido de un lobo, animal que hacía siglos había sido eliminado de tierras inglesas. Aquello hizo que

Arthur cogiera con más fuerza la mano de Caroline y apretase las nalgas—. ¿Quién está ahí? —Nada más decirlo, sin pasar dos segundos, Morgana se enderezó y respiró por la boca—. Querida, debes pasártelo bien —dijo Morgana con voz de hombre.

—¡Es mi esposo! —Se emocionó lady Susan—. Ya lo paso bien —le contestó.

—Date el placer de asistir a una orgía —le sugirió.

—¡Ay! No tengo el cuerpo para bailes, aun así no me aburro. —Miró a sus acompañantes—. «Mujer entretenida, mujer encendida» —soltó una de sus rimas.

—Silencio —protestó Morgana—. Blanche, Blanche, ¿eres tú?

—¡Ah! —Blanche pegó un brinco en su asiento—. ¿Gerbert?

—Sí, Blanche, me has mentido —la acusó la voz que hablaba por medio de Morgana y que tan asustado tenía a Arthur.

—Nunca te mentí —se defendió ella.

—Lo hiciste cuando me dijiste que de este lado lo pasaría bien, es aburrido —exclamó ofendido.

—Ya lo sabía yo —añadió lady Susan—. Un lugar donde sus puertas están guardadas por el apóstol más temperamental no es cosa buena.

—¡Ay! Este hombre no me va a perdonar lo que quede de eternidad —suspiró por lo bajo.

—Rebecca, estás donde debes estar —le anunció otra voz masculina distinta.

—¡¡¡Desmond!!! —gritó Rebecca con la mandíbula desencajada.

—No grites, te oigo, amor, quédate más tiempo en el Wharrington, encontrarás diversiones carnales, lo necesitas. —Aquello ya no solo era un consejo—. Aprovecha que aún puedes.

—Este hombre no sabe lo que me pide —musitó Rebecca.

—«Mujer necesitada, mujer excitada» —apostilló con su rima

lady Susan.

—Constance, ¿te acuerdas lo último que me dijiste en el lecho de muerte? —Otra voz masculina lanzó una pregunta demasiado directa.

—Sí, como para olvidarme —dijo la tía sin moverse, ni siquiera parpadeaba.

—Que sepas que te sigo vigilando —sentenció el espíritu.

A Arthur, escucharlo a su tío Thomas supuso tal oleada de miedo que le recorrió un escalofrío que hasta Caroline notó. De pronto, en mitad del silencio que le siguió a la última voz, se oyó como a alguien se le escapaba un gas.

—Alguno de nosotros tiene demasiado miedo —intervino lady Susan sin inmutarse—. Se le han aflojado las tripas, hoy habrá algún desmayo —auguró.

«Cállate y ni te muevas», se advirtió a sí mismo Arthur.

—Lilia, añoro nuestras conversaciones, nuestras risas, nuestros paseos, nuestras escapadas a las caballerizas. —En esta ocasión, la voz masculina era más ensoñadora.

—¡Oooh! James —gimió Lilia al oír la voz de su marido.

—Ya sabía yo que las caballerizas tenían múltiples usos —habló en voz baja lady Susan.

De pronto, otro gas resonó en la habitación haciendo eco.

—Silencio, alguien más quiere entrar —anunció Morgana, y una brisa heladora recorrió las cuatro esquinas de la estancia, provocando que las llamas de las velas temblasen en un intento por apagarse, lo cual no sucedió. Morgana cerró los ojos, de inmediato los abrió como si algo entrase en ella—. Carol, Carol, mi querida niña, debes alejar el pasado de tu corazón. Hazlo y descubrirás el amor.

Al escuchar la voz de la antigua ama de llaves a la que quería

como a una abuela, una lágrima le rodó por la mejilla derecha. Aquel consejo sabía que debía aplicarlo, pero era difícil.

—¡Ah, ah! —exclamó Morgana abriendo más los ojos, mientras se movía hacia los lados—. Hijo mío. —La voz del difunto vizconde Bellesmoke llenó la estancia y Arthur notó una fuerte presión en el pecho—. Hijo mío, mi viaje ha terminado ahora que puedo comunicarme contigo. Mantente alerta.

—¿Por... Por... Por qué? —Le costaba articular las palabras.

—Muchos engaños te rodean.

—¿Cómo? —Arthur sintió que se le removían las tripas, se le estaba descomponiendo el cuerpo y apretó el culo.

—La verdad saldrá a la luz. —Fue el último mensaje de su padre.

Pasados unos minutos en silencio, en los cuales un ambiente sobrecogedor flotaba por aquel cuarto, Morgana soltó las manos.

—Se han ido, ya no siento a nadie aquí —anunció viendo algún rostro desencajado y otros alegres de haberse comunicado con sus seres queridos.

Arthur, sin soltar la mano de Caroline, se levantó y salió de allí, le faltaba el aliento, antes no le había molestado aquel extraño olor, en ese momento parecía que lo ahogara. Haber escuchado la voz de su padre había sido como si retrocediese en el tiempo y lo tuviera delante, fue una experiencia de lo más perturbadora, además de lo que dijo: ¿que lo rodeaban los engaños?, ¿qué habría querido decir? No paró hasta internarse en el invernadero, necesitaba aquella quietud para poner en orden sus ideas.

Caroline trotaba a su lado, le daba la sensación de que él se había olvidado que la tenía cogida de la mano; y en cuanto traspasaron aquella puerta acristalada, paró clavando los pies en el suelo, tenía que hacerle notar que la estaba arrastrando.

—Detente.

Él no tenía buen color, su piel estaba cenicienta y ella deseó reconfortarlo. Lo rodeó con sus brazos como si pretendiera fundirse en su piel, y Arthur la apretó contra su pecho, en ese momento necesitaba lo que ella le estaba dando: consuelo. Cuando sus padres murieron no lo halló, como que era el hombre de la familia, se suponía que era el pedestal, y se tragó todas las lágrimas que hubiese derramado y no lo hizo.

A pesar de que ella sentía que le aplastaba las costillas no se quejó, se daba cuenta de que él necesitaba unos instantes para recuperarse de lo ocurrido en aquella sesión. En cuanto notó que iba aflojando la fuerza con que la abrazaba, supo que la angustia iba disminuyendo; lo tomó de la mano y se internó al fondo del invernadero, donde no fueran vistos por los que paseaban por allí.

—Gracias —susurró él junto a su oído, volviéndose a abrazar a ella.

—No me las des, cuando me necesites, dímelo, siempre estaré a tu lado.

Aquellas palabras despertaron en él una ternura infinita, ¿le estaba diciendo que deseaba compartir la vida con él? Clavó los ojos en aquellos labios suculentos y fue acercando la boca a ellos hasta perderse en aquella dulzura; ese momento fue liberador para los dos, ambos se dieron cuenta de que se complementaban, que juntos eran uno, aunque no estaban preparados para reconocerlo.

Capítulo 21

Al salir de la sala de la sesión y a la espera de que lady Susan terminase de hablar con Morgana, las cuatro fueron detrás de Caroline y de Arthur, que corrían como si sus pies se hubieran convertido en huracanes, aunque era él quien tiraba de ella.

—¿Adónde se la lleva? —inquirió Lilia sorprendida por Arthur.

—¿Es que están juntos? —Blanche lanzó la pregunta llevando una mano al cuello—. No nos lo habíais dicho.

—Tiene que ser reciente —habló Rebecca, que se puso de puntillas para ver a dónde iban.

—¿Por qué están juntos? —Todos los ojos se dirigieron a Constance, que los escrutaba con cejas alzadas.

—Lo que sabemos es que los queríais juntos, pero que ahora mismo formules esa pregunta es cuánto más inquietante, ¿no crees? —meditó Rebecca en voz alta.

—Sigámoslos. —Lilia se adelantó a todos.

—Esperad —les dijo de súbito lady Susan—. Si no queréis sed vistas por ellos, venid conmigo.

Así lo hicieron, y todas se quedaron maravilladas cuando la mujer empujó la pared y se abrió una puerta oculta que conducía a los pasadizos.

—¡Qué bien montado está este hotel, por favor! —exclamó Blanche, que parecía no importarle el olor a humedad o el polvo que se levantaba con los vestidos.

—Estos pasadizos y puertas invisibles nos pueden llevar a cualquier parte del hotel, puedes oír conversaciones que de otro modo nunca oiríamos, o simplemente espiar, como vamos a hacer —les contó lady Susan.

—Una pena que no se cuente con algo para ver en las habitaciones. —Chasqueó la lengua Lilia.

—¡Por supuesto que lo hay! —la corrigió lady Susan sin dejar de andar—. Donde hay una habitación, siempre hay una puerta y una mirilla que da a alguna parte del interior por la cual observarás de todo. A veces podrás ver algún trasero desnudo —asintió a sus propias palabras—. Esto daría para una novela más exitosa que las de Dickens. —Todo el mundo conocía la manía de lady Susan por ese escritor.

Todas siguieron escuchando las grandezas de aquellos pasillos que daban mucho de qué hablar; empero, muy poca gente conocía algo que les permitía a muchos, amantes entre ellos, moverse con sigilo y cometer actos que de otra manera podrían ser vistos. A medida que avanzaban casi en línea recta, se oían gotas caer igual que goteras o alguna que otra ráfaga de viento que ninguna supo de dónde salía.

—Aquí está la puerta invisible que da al invernadero. —Lady Susan la empujó un poco y chirrió.

—Cuidado que nos pueden oír —protestó Constance, que lo último que quería era que su sobrino supiera que lo estaba viendo.

—Tranquila, en el fondo no ha sonado tanto —la tranquilizó lady Susan.

Todas sacaron la cabeza por el hueco de la puerta y comenzaron

a observar el invernadero; y de pronto, la pareja apareció y se sentó en uno de los bancos. Desde allí no lograban oír lo que hablaban, aunque cuál fue su sorpresa cuando vieron que Arthur la besó en los labios.

Lilia se metió dentro del pasadizo con los ojos muy abiertos y entusiasmada medio gritó:

—¡Qué ilusión! —No podía disimular la emoción.

Su hermana se unió a ella pegando brinquitos de alegría.

—Lo hemos logrado. —Constance no se lo podía creer.

—La ha besado, míralo a él. —Rebecca se tapaba la boca, pero tenía los ojos brillantes como si se tratase de su propio hijo.

—¿Has oído eso? —Oyeron decir a Caroline.

—Nos han escuchado, bajad la voz —les advirtió Blanche.

Todas se callaron, menos lady Susan.

—«Hombre besador, hombre empalador», en el mejor sentido de la palabra, espero que me entendáis. —Todas asintieron con la cabeza.

Al volverse a asomar, la pareja había vuelto a besarse de nuevo y la alegría volvió a estallar, esta vez con la puerta algo más cerrada; aunque quien estaba al tanto de todo era Rebecca.

—Cuidado, nos han vuelto a escuchar —las informó.

—i¿Qué fue eso?! —soltó Arthur con la voz más aguda de lo normal.

—La verdad, no lo sé. —Caroline también parecía asustada.

—Este hotel está plagado de fantasmas. —Él se levantó como si tuviera alfileres en el trasero.

Constance soltó una carcajada y se oyó un ruido de trompetín.

—¿Por qué esos gases se oyen aquí también? —Lilia no entendía nada.

—Creo que Arthur tiene más miedo del que aparenta —comentó

Constance.

De pronto escucharon:

—Arthur, esto no me gusta, me voy de aquí. —Caroline no soportaba estar más tiempo en aquel sitio.

—Te acompaño. —Antes de salir, Arthur observó a su alrededor por si acaso había alguien.

Cuando la pareja desapareció, las señoras salieron de su escondrijo y saltaron ilusionadas creyendo que su plan estaba saliendo a pedir de boca.

Capítulo 22

Después de lo ocurrido en aquella sesión, donde escuchó la voz de su antigua ama de llaves a la que había querido mucho, sabía perfectamente qué había querido decir con aquello del pasado. Para rizar más el rizo, se dio cuenta de que había entregado su corazón al vizconde, y estaba que no le tocaba la piel al cuerpo. Mabel, su doncella, la ayudó a ponerse en la cama, y al notar su estado nervioso, le llevó una infusión; sin embargo, fue como si se hubiera tomado licor de avispas, y estas revolotearan por todo su cuerpo sin darle ni un segundo de paz. No paraba de removerse en la cama, de dar vueltas y más vueltas, haciendo que las sábanas se le enredaran en las piernas y el cuerpo entero. Morfeo no la visitaba, y a cada momento se sentía más inquieta, así no podía seguir. Se levantó y se envolvió en su bata a juego con el camisón de seda color melocotón, se ató el cinturón y se sentó en un sillón después de encender una vela que había sobre la repisa de la chimenea, lo que fue peor, pues la llama esparcía sombras a su alrededor, haciendo que fuera recorrida por escalofríos continuos. No podía sacarse de la cabeza lo ocurrido tiempo atrás, a lo que se había referido su antigua ama de llaves, la mujer que la salvó de aquella desgracia. Debía reconocer ante ella misma que estaba trastornada por todo lo ocurrido, y

seguro que esa noche no podría pegar ojo.

«¿Le sucedería lo mismo al vizconde Bellesmoke?», se preguntaba. Sabía que había quedado tan impresionado como ella, o quizá más. Sin pensarlo dos veces, salió al pasillo alfombrado del hotel y caminó hacia la puerta del dormitorio del vizconde, dio dos suaves golpecitos; si él dormía, no quería molestarlo. Iba a marcharse cuando escuchó un ruido dentro, y de repente la puerta se abrió.

Se quedó sin aliento al verlo. Él llevaba una bata de seda de color azul pavo real, y los ojos de ella lo recorrieron de arriba abajo, viendo las piernas peludas que asomaban bajo el dobladillo. Sus ojos se quedaron prendidos de aquella piel; poco a poco subió su mirada con lentitud por el cuerpo que la bata cubría, aunque podía apreciarse su musculatura. Se le resecó la boca al sentir unas enormes ganas de tocarlo, sus dedos cosquilleaban por las ansias de pasarlos por encima de ese cuerpo que veía tan diferente al suyo.

A Arthur el corazón se le saltó un latido al sentir aquella mirada acariciante, y «Narciso», que era como llamaba a su pene cuando iba por libre, en ese momento quiso asomar la cabeza, lo notó removerse bajo la bata, pues dormía desnudo y solo llevaba aquella tela sedosa que el simple tacto lo excitaba; trato de disimular.

—¿Qué ocurre, Caroline? —habló en voz baja para no ser escuchado por otros huéspedes.

—No puedo dormir. —Parecía una niña pequeña que hubiese tenido una pesadilla.

Arthur se apartó y le dejó la entrada libre, mejor cerrar la puerta antes de que alguien quisiera saber qué pasaba.

—Ambos tenemos el mismo problema. —Fue hacia una cómoda encima de la cual había una botella de whisky y varios vasos. Sirvió en dos, y al girarse, se le atascó la respiración al verla sentada en su

cama. Por debajo del bajo de la bata asomaban unos pequeños deditos que ella doblaba—. Debes tener frío.

Caroline asintió con la cabeza y él dejó los vasos sobre la mesita de noche, la tomó entre sus brazos y la metió dentro de la cama, con la espalda apoyada en el cabecero, le cubrió los pies y le dio el vaso de whisky. Ella lo olfateó y arrugó la nariz.

—Solo de olerlo se me sube a la cabeza.

Él sonrió.

—Te ayudará a dormir.

—¿Estás seguro? —Arthur asintió con la cabeza—. En alguna ocasión que mi padre ha llegado a casa perjudicado por la bebida ha armado unos buenos jaleos; ha gritado al mayordomo, a los sirvientes, incluso a mi madre. Se ha mostrado muy exigente, no quisiera que me ocurriera lo mismo.

—No te va a pasar nada parecido. Bébetelo a pequeños sorbos.

Caroline se sentía avergonzada, se estaba comportando como una niña, estaba haciendo el ridículo; y verlo a él a los pies de la cama la estaba poniendo más nerviosa aún. Se tomó aquel licor que le quemaba la garganta cada vez que bebía un trago por pequeño que fuera, y un escalofrío le recorrió el cuerpo al acordarse de lo ocurrido en la sesión espiritista. Su antigua ama de llaves le recordó lo ocurrido tiempo atrás, y encontrarse en aquel dormitorio que no era el suyo, y con él, hacía que otro momento le viniera a la cabeza, uno muy desagradable. Se terminó el whisky y se sentía violenta al notar la mirada de él sobre ella. Le entró un tembleque que hacía mucho tiempo que no sentía, y se quedó blanca como la leche al recordar vívidamente lo que su ama de llaves le dijo que olvidara para poder encontrar el amor. Por suerte, en los últimos tiempos, las pesadillas no las tenía demasiado a menudo; no obstante, no debía confiarse, siempre le ocurría cuando estaba cerca de un hombre, y

esa noche había sido ella misma la que se había metido en la boca del lobo.

—Mejor será que te acuestes —dijo en voz baja cuando vio que Arthur no paraba de bostezar. Se levantó de la mullida cama y se dirigía hacia la puerta cuando él la paró. La envolvió entre sus brazos y clavó su mirada en ella, en aquel rostro perfecto que lo llamaba, que era como una flor y él una abeja que necesitaba de su néctar. Bajó la cabeza y empezó a repartir besos por esa piel de porcelana, y se sorprendió sobremanera cuando ella lo empujó para alejarlo de ella.

Caroline estaba trastornada, en aquellos momentos los recuerdos estaban tan frescos en su mente como si ese nefasto momento hubiese ocurrido la noche anterior. Volvía a revivirlo con cada aliento del vizconde, no podía soportarlo.

Se separó y se giró hacia la puerta sin decir nada, el nudo que sentía en la garganta era tan grande que le impedía respirar con normalidad.

—¿Qué estás haciendo? ¿Dónde vas? —Arthur notó que ella contenía el aliento, y pensó que había caído en la cuenta de que no era decoroso que estuviera en la cama de un hombre—. No voy a consentir que pases la noche sola cuando tiemblas solo con pensar lo que ha ocurrido en la sesión. —Él no supo que no era eso lo que la tenía trastornada, y ella no lo sacó de su error.

—Tienes razón, pero no dormiré en tu cama, acuéstate tú. —Por el tono de su voz, él supo que no se dejaría convencer.

—¿Y tú qué vas a hacer?

—No lo sé, de momento me vale con estar acompañada. —Ella pretendía estar un rato hasta que él se durmiera y volvería a su dormitorio; allí con él, los recuerdos no la abandonarían.

Ambos se quedaron mirándose a los ojos, cada uno tratando de

que fuera el otro quien diera su brazo a torcer. Arthur asintió pensando que si lograba que ella se sentara en el gran sillón orejero que tenía frente a la ventana, ella se dormiría enseguida y podría meterla en la cama para que descansara.

Lo que ocurrió fue lo contrario, quién cayó en un profundo sueño fue él, y Caroline se quedó mirando lo atractivo que era; incluso dormido desprendía un aura de fuerza, de ternura y atracción que le hacía brincar el corazón, lo que la mantuvo en vela durante buena parte de la noche.

Capítulo 23

A la mañana siguiente, Arthur despertó con su habitación bien iluminada por el sol. Abrió los ojos y se halló desorientado, notaba la seda de su bata sobre la piel, cuando él nunca dormía con ella. Al removerse en la cama, vio a Caroline que estaba dormida en el sofá y los recuerdos de la noche acudieron a él en tropel. ¡Qué idiota había sido al pensar que aguantaría hasta dejar que fuera ella la que durmiera en la cama!

Se quedó mirándola embobado, qué bonita que era esa mujer; se recreaba con sus facciones relajadas por el sueño, en sus rizadas pestañas que reposaban sobre sus mejillas de terciopelo, en su boquita de piñón que sabía a gloria. Ella estaba con los pies debajo de su cuerpo, y con los brazos se hacía la almohada donde reposaba su cabeza, y se esparcía su cabellera morena como un manto.

El cuerpo de Arthur no tardó en reaccionar, su Narciso se puso duro, y eso que no la había ni tocado; no se podía imaginar cómo reaccionaría si la tuviera entre sus brazos. Notó su respiración pesada, sus ansias de acariciarla eran muy fuertes, supo que tenía que levantarse, no ayudaba que estuviera en la cama; sin embargo, si por casualidad ella abría los ojos y veía su excitación, pensaría que era un pervertido.

Un segundo más tarde, estaba dando gracias al cielo. Ella se había despertado y parpadeaba.

—Buenos días —susurró él doblando una pierna para disimular que Narciso quería hacer de las suyas—. ¿Cómo has dormido? —En su voz se notaba que no estaba cómodo preguntándole aquello.

—Bien —respondió Caroline disimulando un bostezo, y maldiciendo mentalmente al darse cuenta de que, como había planeado, no había salido de aquella habitación la noche anterior.

No obstante, fue muy consciente de que él se había comportado como un caballero, claro que se había quedado dormido, quién sabía cómo lo habría hecho si no hubiese sido así.

Él se dio cuenta de que movía el cuerpo queriendo estirar los huesos.

—Debes estar dolorida por haber pasado la noche en este sofá.

—Es muy cómodo —afirmó Caroline.

—Por ser tan confortable, ahora te sientes como si los huesos te pesaran como una losa.

Ella hizo una mueca, él había acertado, tenía todo el cuerpo dolorido. No se había levantado antes para disimular, pero al ver que él ya se lo imaginaba no tenía sentido seguir con la pantomima. Además, debía volver a su dormitorio con cuidado de que nadie la viera; si la cazaban, estaba perdida.

—Tengo que irme, muchas gracias por dejarme pasar la noche aquí.

Arthur se levantó como un resorte. Suerte que Narciso ya estaba medio calmado.

—Espera, no puedo permitir que salgas sola de aquí, si alguien te ve... —Ella lo miró alzando una ceja—. Puede ser tu ruina, pero no voy a consentirlo —terminó cuando vio que iba a protestar.

En el momento que abrió la puerta para mirar que el pasillo

estuviera desierto, casi tropieza con su tía Constance.

—Oh, querido, ¡qué susto me has dado! —exclamó la tía poniéndose una mano en el pecho.

—¿Qué se te ofrece? —preguntó él tapando con su cuerpo toda la visión al interior del dormitorio.

—¿Es que no puedo pasar? Lo que me trae aquí no es para hablarlo en el pasillo donde cualquiera nos puede escuchar. —La mujer lo miraba extrañada, y supo que su sobrino no estaba solo, frunció el ceño, ¿estaría con la hija de Cordelia? Se había sorprendido mucho cuando la reconoció en el invernadero besándose con Arthur—. ¿Está contigo la señorita Crawford?

Él entrecerró los ojos, ¿es que su tía lo estaba espiando?

—¿Cómo sabes que...? —Arthur calló al darse cuenta de que al hablar había afirmado lo dicho por su tía.

—¿Es que no tienes nada en la cabeza? —Constance habló mientras lo apartaba para entrar en el dormitorio, era muy consciente de que si Caroline salía de esa habitación y alguien la veía, su reputación estaría acabada. La vio a ella cubierta por aquella bata que solo dejaba ver los dedos de los pies, ella se la sujetaba con fuerza con las manos cerradas como puños encima del pecho—. Sois unos inconscientes, si alguien se entera de esto ya tenemos el lío armado, las malas lenguas se afilarán con vosotros.

Caroline notó que la calentura subía a sus mejillas, estaba avergonzada, había sido pillada; aunque no hubiese sucedido nada, no importaba, ella estaba donde no debía. Bajó la mirada al suelo temiendo ver, en los ojos de aquella mujer, reproche y castigo.

—Tía, no ha ocurrido nada, no podíamos dormir. La maldita sesión nos alteró a los dos. —Se justificó Arthur.

—Eso me lo voy a creer yo porque te conozco, pero no esperes que lo haga nadie más, ¿cómo piensas sacarla de aquí? —Al decirlo

recordó un comentario de lady Susan, frunció el ceño, y sin decir nada a los jóvenes, empezó a tocar las paredes, a dar golpecitos y a escuchar el sonido que hacían sus toques.

—¿Qué estás haciendo, tía? —Quiso saber Arthur.

—Sh. —Lo hizo callar ella.

Arthur miró a Caroline y ella se encogió de hombros; aparte de que no conocía a esa mujer, estaba haciendo lo más raro que había visto en su vida, estaba tocando la pared como si esperara que de repente alguien contestara a sus llamadas.

Constance parecía muy concentrada en lo que hacía, y de repente la vieron sonreír con satisfacción. Entonces siguió tocando la pared, en ese instante con la mano plana; ¿qué estaría buscando?, se preguntaban los jóvenes, y entonces ocurrió lo que ninguno de los dos esperaba, se oyó un clic, y una parte del muro se abrió, ¡era una puerta!

Ambos miraban aquel hueco y por sus bocas se les podía ver la campanilla.

—¡Qué diablos! —exclamó Arthur.

Constance los miró con una sonrisa presumida, parecía que la mujer hubiese hecho una gran proeza, estaba muy satisfecha de ella misma. Les hizo un gesto para que se acercaran a ver lo que era aquello, y ellos fueron a mirar. A través de la apertura se veía mucha oscuridad hacia un lado y hacia el otro.

—¿Nos está diciendo que tenemos que escondernos ahí? —preguntó Caroline sin saber qué debía hacer.

Constance soltó una risita, miró a Arthur y habló:

—Tú quédate aquí; niña, acompáñame.

Caroline, que no conocía a esa mujer, dudó durante un momento, no sabía dónde pretendía llevarla, un escalofrío le recorrió el cuerpo de arriba abajo, y miró a Arthur sin ocultar el temor que le

daba meterse en ese agujero.

—Os acompañaré —afirmó él al notar el miedo que ella sentía.

Constance se encogió de hombros y los precedió hacia dentro del pasadizo con una vela que había encendido para iluminar el camino que iban a tomar, como no conocía el recorrido, susurró:

—¿Cuántas habitaciones hay entre la tuya y la de Arthur?

Caroline se quedó pensativa durante unos segundos, no las había contado.

—Serán unas cinco o seis, no estoy segura —lo dijo sintiéndose una tonta.

La mujer se paró un momento, vio uno de los agujeros que había en el muro, y se asomó a él; al otro lado había una pareja que estaba haciendo el amor, reconoció a la mujer y se le abrieron mucho los ojos al ver que aquel no era su esposo.

—No, aquí no es —murmuró con los ojos muy abiertos.

A pesar de la poca luz que daba la vela, Arthur se dio cuenta de que su tía parecía haberse escandalizado. Se inclinó y puso un ojo tras la mirilla. Al ver aquella pareja tan fogosa, el hombre estrujando los pechos de la mujer y ella estirándole el pene como si pretendiera alargárselo, la saliva se le fue por el otro lado y las ganas de toser eran irresistibles, aguantó todo lo que pudo hasta haberse alejado de aquel agujero para que no lo escucharan, y entonces se aclaró la garganta.

—¡Por las barbas de San Patricio! ¿Qué lugar es este? —No se podía creer que un hotel de aquella reputación tuviera esos agujeros para espiar a los clientes.

—Yo hace rato que me lo estoy preguntando —reconoció Caroline al ver a la tía de Arthur que ponía el ojo en otro agujero desde el cual salían unos extraños ruidos, era como si estuviesen torturando a alguien. Parecían gemidos de dolor—. ¿Qué son

estos...?

Arthur, que la escuchó, le puso un dedo sobre los labios para que nadie la escuchara.

—Sh, te van a oír —susurró él acercando la boca a su oreja.

Ella lo miró como preguntando qué estaba ocurriendo, sus ojos casi se le salían de las órbitas.

—¿Dónde estamos? ¿Qué lugar es este? —En ese momento que ella tampoco había bajado el tono de voz, él le cubrió los labios con la mano plana y ella pudo apreciar la suavidad de aquel tacto, lo que hizo que la recorriera un estremecimiento que él pudo notar. La cogió de la mano, la tenía helada.

—No lo sé, pero parece que mi tía sí, sigámosla, en algún lugar saldremos. —Tiró de ella para hacerla seguir, para que no hiciera caso de los sonidos que salían de aquellos agujeros indiscretos, se notaba que la mayoría de los huéspedes estaban en pleno apogeo.

Él parecía muy seguro de que aquella mujer los iba a sacar de ese lío, confiaba en que lo hiciera; en cambio, ella no sabía qué pensar, si al final salían en algún lugar inapropiado se liaría a mamporros con él. No las tenía todas consigo, cogió aire con fuerza y lo siguió. Con el ceño fruncido, fue caminando mientras veía a aquella mujer que miraba por todos los agujeros.

De repente, la tía de Arthur se paró y miró a través de un agujero dos veces.

—¿Cómo es tu dormitorio? —preguntó con una ceja alzada—. ¿Tiene unos butacones color vainilla? ¿Dejaste el vestido que llevabas anoche encima del taburete del tocador? —Constance recordó la prenda que ella había lucido la noche anterior—. Vaya, la cama está como si un caballo hubiese dormido en ella.

Caroline recordó las vueltas que había dado antes de levantarse y supo que estaban detrás de la pared de su dormitorio.

—Entonces seguro que es la mía. —Esta vez sí habló en tono bajo, se había dado cuenta de que igual que ellos podían escuchar a los huéspedes, estos podían oírlos a ellos. Por ese motivo, él le cubría la boca con sus suaves manos, y a ella la alteraba aquel contacto.

—Toma la vela —ordenó la mujer a su sobrino para hallar el modo de abrir el panel que le diera paso al dormitorio. No tardó en encontrarlo, escucharon un suave clic, y una parte del muro cedió. Constance la miró y le dio un leve empujón para que entrara—. Tened en cuenta que ha sido una casualidad que fuera a ver a Arthur, no estaré siempre ahí para sacaros del atolladero.

Caroline notó que se le acaloraban las mejillas y susurró:

—Sí, milady.

Arthur entró en el dormitorio con ella, se inclinó y le dio varios besos en el cuello antes de decirle:

—Nos veremos abajo para desayunar.

Ella se lo quedó mirando, y de pronto vio a la mujer que los había guiado hasta allí, tirando de él.

—No seas descarado, ¿te has olvidado de que estoy aquí?

Arthur sonrió a Caroline, y le guiñó un ojo antes de desaparecer por aquel pasadizo que se cerró tras él. Y ella se quedó mirando aquella parte que se había desplazado sin hacer ningún ruido, si le hubiesen contado que allí había una salida secreta no se lo habría creído. No obstante, había sido de mucha utilidad.

Capítulo 24

Lilia estaba desayunando en la cama, un placer que hacía tiempo que no practicaba y que cuando vivía su marido, los sábados se lo llevaba él. Con una sonrisa iba comiendo con una lentitud un tanto rara para ella, mas era otra idea la que le rondaba la cabeza desde hacía unos días y que, antes de acostarse, recordó una conversación que se había producido en Arundel, cuando Blanche y Rebecca habían llegado al pueblo para celebrar en privado el compromiso de Fred y Diana.

***

En Arundel, varios meses atrás

La noche se había tornado muy calurosa cuando tras un fuerte aguacero dejó pasó a un bochorno insoportable que Lilia, Constance y Blanche sobrellevaron lo mejor que pudieron con todas las ventanas abiertas del saloncito rosa, acompañado de unos buenos vasos de madeira. Quien observase las cortinas vaporosas sería testigo de que no corría el aire, el ambiente en la estancia era casi irrespirable a causa de la humedad procedente del río.

—Hacía tiempo que no sentía tanto calor —Lilia se abanicó con

brío—, ni estando en cama con mi marido, que en invierno parecía ascuas.

—Qué bonito recordar así a mi querido cuñado —le dijo Constance con ironía.

—Señoras mías, lo siento. —Blanche se levantó, se subió el camisón hasta las rodillas y así se sentó—. La tela se me pega por todas partes.

—Estamos húmedas a nuestra edad —exclamó Lilia riéndose.

—Quien te escuche pensará que estamos listas para hacer algo y no diré qué es ese algo, pero todas sabemos lo que es. —Le siguió el juego su hermana.

Sin ellas saberlo, esta conversación estaba siendo escuchada en el piso de arriba por Fred, que se había asomado a tomar el fresco y que estaba boquiabierto con lo que las tres mujeres comentaban entre bromas.

—Esto no puede salir de aquí. —Blanche se sentó en el borde del sofá para contarles un chismorreo—: Matilda, la duquesa Evershore, me contó que no hay nada mejor que tener en la cama a un jovenzuelo; te pone en todas las posiciones, haces gimnasia y se acaban los calores, porque te sacia.

—Hay que echarse un jovenzuelo; y por unos buenos dineros, los tienes a todos haciendo cola en la puerta. —Constance no se pudo morder la lengua.

—Así que es cierto que Matilda tiene un amante. —Lilia estaba confirmando lo que había escuchado en Londres.

—Hace mucho, cada mes los cambia, porque tiene siete, uno por cada día de la semana —especificó Blanche—. Esto lo sé porque no le cuesta nada reconocerlo en voz alta.

—Me lo pensaré seriamente. —Se carcajeó Constance—. Y entre medias podemos buscar entre las tres una muchacha para Arthur. He

pensado que, ya que estaba tan interesado en casar a sus hermanas y las tenemos encaminadas hacia el altar, ahora le ha tocado su hora.

—Ni que lo fueras a matar —le respondió Lilia con cara de circunstancias.

—Para él será cortarle las alas. Ya me imagino cómo se reirán de él Fred y Nick. —Soltó una risilla nerviosa antes de beber el último sorbo de madeira que le quedaba en la copita.

Las tres mujeres bajaron el volumen para planear el futuro.

—Quiero verle la cara cuando se entere de que le buscamos una esposa. —Se tapó la boca Blanche para que nadie la oyese reírse.

—De su esposa nos encargamos nosotras, porque si casa a sus hermanas, nosotras a él —reiteró Constance.

—Y hay muchas candidatas. —Agitó el dedo índice en el aire Rebecca.

—Hagamos una lista y ya veremos cómo procedemos —exclamó Lilia.

—Podemos hacer cualquier cosa. —A Constance le encantaba la idea de casar a Arthur.

***

Lilia cada vez que le daba más vueltas a esa conversación, un temor crecía en su interior: ¿pudieron ser ellas las que escribieron ese anuncio?

—No, Lilia —se dijo a sí misma—. El alcohol es malo y aquella noche de calor no se bebía otra cosa.

Aun así, no paraba de barruntar en esa posibilidad que la ponía tan nerviosa que le bajaba la temperatura y le ponía los pelos como escarpias por un motivo: ¿cómo se lo tomaría Arthur?

«Se va a enfadar», le dijo una vocecita interior.

No le gustaba que se metieran en sus asuntos, aunque tampoco tenía modo de saber si ellas lo habían escrito, por lo que en parte no tenía de qué preocuparse, mas lo hacía.

Algo la mantenía inquieta y en el fondo era el temor a que sus sospechas se hicieran realidad.

Capítulo 25

Una gruesa pared gris de niebla cubría los adoquines húmedos de Hanbury Street y no permitía ver lo que escondía cada esquina o bocacalle al tiempo que arrastraba un hedor a sangre vieja y entrañas podridas. Un hombre caminaba despacio, sus pasos rompían el silencio que a esas horas se cernía sobre los edificios de construcción barata en los que vivían familias enteras hacinadas en una mísera habitación. De vez en cuando, el corazón le pegaba un brinco de miedo que lo estremecía debido a otros pasos que no sabía a dónde se dirigían, con los que se cruzaba sin llegar a verlos.

Todo lo que llevaba de trayecto estuvo en alerta y continuaba así.

El atemorizado mugido del ganado, traído desde el matadero cercano, flotaba en el aire fétido, y se percató de que no pisaba las gotas de lluvia que había caído hacía un rato, sino que las suelas de sus zapatos se marcaban sobre sangre. ¿Aquello era una señal de que algo sucedería?

Un miedo frío le convirtió las venas en escarcha.

Podía ser la señal de que una espada bien afilada pendía sobre su cabeza.

Al llegar al lugar acordado, ya lo estaba esperando quien le

llenaba la cartera y hacía aumentar la deuda que lo ahogaba como la soga de la cual pendería si la situación continuaba así.

—Cinco minutos tarde, ¿es que te cuesta venir por el dinero? —inquirió con cierta burla el hombre.

—Terminemos con esto...

—No hasta que me pagues y dejes de pedirme más —le recordó lo que había que hacer y no podía a causa de su esposa que no paraba de derrochar.

—Ya te pagaré, me estoy haciendo con la cantidad pactada. —Le tembló la voz al mentirle.

—Los intereses van a más como las agujas del reloj.

—¡Ahora no puedo pagarte todo!

—Sé una manera fácil de hacerlo.

—Ilústrame, tengo oídos para escuchar. —No entendió cómo había sido capaz de caer en su juego maléfico.

El hombre se puso debajo del único foco de luz que procedía de la ventana de un burdel. Lo vio bajar la cabeza con una sonrisa de autosuficiencia. Se la quiso borrar de un puñetazo, mas él solo se había metido en ese follón.

—Lo tienes muy cerca de ti, en casa.

—¿Pretendes dejar a mi familia en la calle? —Por aquello sí que no pasaba—. No lo consentiré.

—No quiero dejar a tu bella esposa en la calle, sino algo más sencillo todavía. —Soltó una carcajada que resonó entre las piedras de las casas—. ¿Qué es lo que más anhela un hombre tener en su vida?

No era tonto.

—Un heredero.

—Entonces, ya sabes lo que quiero.

—No te puedo dar eso que pretendes.

—Quiero la mano de Caroline sin dilaciones ni convencionalismos sociales.

—Yo... —Lo había puesto entre la espada y la pared, pues su esposa tenía otros planes para la única hija del matrimonio.

—Concédeme la mano de tu hija y anularé toda la deuda que tienes y, a mayores, te salvaré el pescuezo.

—¿Y si no puedo? —Jamás le había ordenado nada a su hija, y en condiciones normales no le hubiese permitido casarse con ese hombre de mirada fría y con miles de caras.

Sabía que estaba a punto de lanzar a su hija a las puertas del averno.

—Te aseguro que no habrá calle en Londres que no sepa que estás endeudado, que eres un mal pagador y que alguien te ha estado prestando dinero que no devuelves.

—Te pondrás conmigo en la hoguera —dijo con los nervios a flor de piel.

—No, mi nombre jamás se manchará, en cambio el tuyo no saldrá muy bien parado, porque te recuerdo que tengo el poder suficiente para convertirte en un paria. —Hizo una pausa para que cavilara en lo que más le convenía; lo vio bajar la cabeza y los hombros, derrotado, y se aguantó una sonrisa canalla. Había ganado la partida—. Entonces ¿tenemos un trato?

Capítulo 26

En el Hotel Wharrington Palace no se hablaba de otra cosa que no fuera lo buena pareja que hacían el vizconde Bellesmoke y la hija del vizconde Crawford, lo unidos que se los veía; y los más atrevidos llegaban a decir: «Hay un amor en ciernes que unirá a las dos familias».

Todos esos comentarios llegaban a oídos de Lilia, Constance, Cordelia, Blanche y Rebecca, que sonreían satisfechas, pues sin que Arthur lo supieran le habían buscado la candidata perfecta para ser su esposa. Como les dijo lady Susan: «Todo lo bueno sucede en el Wharrington, de donde nunca saldrá», estaba muy satisfecha con esa frase.

Cordelia, Constance y Lilia estaban que saltaban de alegría, pues habían conseguido lo impensable: por un lado, se había roto, o eso parecía, el rechazo de Caroline a ser cortejada; por el otro, Arthur había caído en las manos de sus tías, sin él saberlo, y en las garras del amor, según lo que todos sospechaban, y entre ellos se hallaban Fred, Nick, Aileen y Diana, a lo que sus amigos tenían mucho que añadir:

—Se reía de nosotros cuando le confesamos que amábamos a sus hermanas —confesó Fred recordando aquellas charlas.

—Y no paraba de reírse del amor y aseguraba que nunca caería en esa trampa. —Nick lo señaló con el mentón—. ¿Lo seguirá manteniendo? —soltó la duda.

Cuando Cordelia llegó a casa lo hizo con una gran sonrisa, y estaba tan emocionada que necesitó un tiempo en la habitación antes de bajar al comedor y comunicarle la buena nueva a su esposo. Ella se acordaba de que cuando había quedado encinta de Caroline, la vizcondesa Bellesmoke —la madre de Arthur— pasaba mucho tiempo con ella, antes de su viaje a la India, y estaba encantada con la idea de que hubiese un matrimonio entre las dos familias. Aunque su amiga había fallecido años atrás, estaba en un tris de poder llevar a cabo aquel sueño que habían compartido a espaldas de sus esposos, mas estaba convencida de que si el matrimonio estuviera vivo aceptarían de muy buen grado aquella noticia.

Solo esperaba que para su esposo resultase una alegría como para ella.

Últimamente no habían estado muy bien, las discusiones habían ido a más desde que ella le hizo saber que había cambiado, que estaba más nervioso de lo normal y, lo que jamás había visto en él, que bebía más de la cuenta. Ella no era tonta, sabía que sucedía algo; que no se lo dijera no significaba que fuera ciega. Cordelia se tenía por una mujer perspicaz y estaba segura de que a su esposo le sucedía algo que no le estaba contando. Esperaba que las buenas noticias lo animasen.

Durante la cena, entre bocado y bocado, le contó las bondades del Wharrington Palace y todo lo que habían hecho. A medida que ella hablaba notó que su esposo se recluía más en sí mismo, mientras masticaba las verduras hacía unos ruiditos extraños que le indicaban a Cordelia que lo estaba molestando; sin embargo, no se

calló y continuó, esta vez con la sesión y lo que le había contado Caroline.

—¿Cómo? —la interrumpió él.

—Tu hija ha asistido a una sesión...

—Una sesión espiritista, padre. —Caroline intervino en la conversación—. Fue muy interesante; de hecho, Arthur habló con su padre —les anunció.

—¿Con Bellesmoke? —Su padre empalideció luego de tragar el bocado que tenía en la boca.

—Sí, y todas las señoras que ahí estaban pudieron hablar con sus esposos, aunque debo decir que también fue un poco inquietante, no voy a mentir. —Caroline omitió quién se puso en contacto con ella y por qué.

—¿Te acuerdas qué le dijo? —inquirió con interés renovado su padre.

Cordelia se fijó en cómo su esposo agarraba los cubiertos con demasiada fuerza, tanta que los nudillos los tenía blancos y le temblaban las manos.

—Querido, seguro que lo mucho que lo añoraba. —Se metió ella.

Su hija asintió a sus palabras, ¡ni que lo tuvieran pensado!

—Estaría bien que ejercitaras tu mente, Caroline, ese hombre era amigo mío. —Su padre se había puesto tenso y masticaba con fuerza.

—Amigos nuestros, dirás, ¿o es que te olvidas de mí? —Cordelia metió el dedo en la herida.

—Cierto, mujer. —Él estiró los labios que no pudieron dibujar una sonrisa.

—Pues no hace falta que la niña diga nada, siempre nos acompañarán en el recuerdo —zanjó Cordelia.

—Me gustaría saberlo —insistió él.

—Regresemos al Wharrington y hagamos una sesión —propuso como quien no quiere la cosa.

—No me gustan esas cosas. —Él echó para atrás la propuesta de su esposa poniéndoles un semblante serio y casi frío.

—Os tengo que contar algo —volvió a hablar Caroline, agarrándose con fuerza a la servilleta que tenía sobre las piernas.

—Claro, querida, ¿de qué se trata? —Cordelia se hizo la tonta, mucho se temía que sería su hija la que daría la noticia a su esposo.

—Arthur Bellesmoke me ha pedido si me dejaría cortejar por él y he aceptado. —Dio cuenta de la buena noticia.

Cordelia pegó un brinco de alegría en el asiento, mientras que con ojos entornados vio que su marido se había puesto blanco, había dejado de respirar y apenas tenía expresión en el rostro. Ella lo obvió y se centró en la felicidad de su hija.

—¡Cómo me alegro por ti, querida mía! —Se levantó y le dio un beso en la mejilla a Caroline—. Es un buen partido, es joven, apuesto como lo era su padre...

—¡No! —bramó el vizconde con la cabeza baja y el mentón pegado al pecho.

Las dos se callaron, aunque Caroline se encaró a su padre.

—Nos amamos, padre —le encasquetó.

Él levantó la cabeza, furioso, y sus ojos oscuros flameaban en las llamas de la ira.

—No, ¡imposible! No digas tontunas.

—Padre, por favor, no son tontunas, es el mejor hombre que he encontrado —defendió Caroline su amor por Arthur.

—Son fantasías que te ha metido tu madre en la cabeza. —El vizconde giró la cabeza—. Esto es culpa tuya, todo es culpa tuya, vives en un mundo que no es real.

—¿Tengo la culpa de que tu hija se haya enamorado? —Lo

encaró también Cordelia—. Deberías estar contento, se casa con el hijo del que fue tu mejor amigo.

—¡Me da lo mismo! —le gritó su esposo, y Cordelia tembló de miedo.

—Padre, ¿qué le sucede? —Caroline estaba consternada, nunca lo había visto así—. ¿Por qué está tan enfurecido?

—¡Tú! —Señaló a su hija con el dedo apuntador, perdiendo los papeles—. Tú te casarás con quien yo diga y, a partir de hoy, no permitiré que vuelvas a ver a Arthur Bellesmoke.

El vizconde estaba tan enfadado, con los ojos tan inyectados en furia, que hasta espumeaba por la boca.

Capítulo 27

Caroline, al escuchar el ultimátum de su padre, sintió que era aplastada por una gran losa, ¡no ver a Arthur! Eso fue como si una flecha se le clavara en el corazón, no se imaginaba la vida sin él. Al ver la expresión furiosa, casi salvaje de su padre, sus ojos lanzándole llamaradas, retándola a que le replicara, no lo resistió y salió del comedor a la carrera, subiendo hacia su dormitorio y lanzándose sobre la cama con el corazón en un puño. Las lágrimas se derramaban como un torrente sobre la almohada, se sentía morir, el dolor en su pecho era muy grande.

Lord Crawford, al ver la cara de su esposa y la huida de su hija, salió del comedor dando un portazo y se encerró donde esperaba que no lo molestara nadie. Paseaba por su estudio como si le hubiesen puesto una lagartija en el trasero; sus botas hacían un ruido rítmico y que levantaba eco cuando salía de la alfombra que cubría gran parte de la estancia, aunque él no lo escuchaba, su cabeza estaba en el lío en el que se encontraba.

Cordelia, que estaba muy satisfecha de que Caroline hubiese conquistado a un hombre como ese, no entendía la reacción de su esposo, ¿qué mosca le habría picado? ¿A qué se debía aquella negativa? No lo entendía, su relación con los Bellesmoke siempre fue

muy cordial y estrecha, él y el padre del actual vizconde habían sido muy buenos amigos; podría decirse que debería estar feliz porque su hija hubiese encontrado el amor con el hombre en que se había convertido el muchacho que conocían desde que nació.

La verdad era que Cordelia no lo comprendía, era conocedora de que su esposo era el cabeza de familia, que era él quien debía dar su consentimiento para un cortejo, y aquella oposición la tenía muy confundida. Sin embargo, no pensaba quedarse cruzada de brazos; había visto la angustia en los ojos de Caroline antes de que abandonara el comedor, y supo que le correspondía a ella saber el motivo. Era muy consciente de que de un tiempo a esa parte, su esposo había cambiado y había llegado el momento de enterarse del motivo. ¿Qué estaba pasando?

Lord Crawford había visto la decepción en los ojos de su hija y la furia en los de su esposa. Tenía la sensación de que había abierto la caja de los truenos, y que aquella noche en su casa habría una disputa como nunca había habido. Pero debía mantenerse firme en su decisión, sus desvaríos lo habían llevado a pensar que gracias a su hija podría seguir llevando una vida acomodada, pues sin que su esposa ni su hija lo supieran, había prometido a Caroline con el mayor de sus males, con quien podía hundirlo en el fango como un cerdo.

Cordelia se había quedado aturdida por aquella explosión de malos modos de su esposo. Nunca se había interesado con quién se relacionaba su hija; no obstante, al escuchar el nombre del vizconde Bellesmoke fue como si le hubiesen dicho que pretendía casarse con el mismísimo diablo. Desde luego, no lo entendía, debería estar contento, pero no era así.

Al encontrarse sola en el comedor, se le había pasado el hambre y pidió un té a la sirvienta, que cuando lo tuvo delante no se lo tomó

y ordenó que le llevaran un botellón de brandy añejo. Ella misma se sirvió una buena medida, y mientras se lo tomaba a sorbos, se preguntaba qué demonios estaba pasando. Hacía rato que escuchaba aquellos paseos de su esposo, la estaba volviendo loca el taconeo de las botas, se notaba que estaba furioso, y no iba a permitir que le arruinara la vida a su hija.

Lord Crawford se repetía una y otra vez que la mejor defensa era un buen ataque, su esposa no iba a conformarse con lo que él había dicho, no tardaría en exigirle explicaciones que él no estaba dispuesto a darle.

De repente la puerta se abrió.

—¿Se puede saber qué te pasa? —gruñó Cordelia.

—A partir de ahora en esta casa va a hacerse lo que yo diga, ya estoy harto de no pintar nada, de que vosotras hagáis lo que os dé la gana. —Se refería a ella y a su hija, Caroline.

Cordelia lo miraba como si hubiese enloquecido, nunca le había dicho nada parecido, y sus cejas se alzaron sorprendidas.

—¿Es que te has vuelto loco? Haremos lo que digas siempre y cuando sea razonable, y esto no lo es.

—Tú no me vas a decir lo que es sensato o no —vociferó él.

Ella no entendía qué pasaba; jamás, en los años que llevaban de casados, su esposo había reaccionado así.

—No creas que soy idiota, llevamos juntos el suficiente tiempo para que sepas cómo soy; nunca te ha importado, y me pregunto qué es lo que ha cambiado. ¿Acaso te has buscado una amante? — Todo aquel pandemonio fue como una gran tormenta que alertó a Cordelia, lo que la hizo sospechar.

Lord Crawford se puso rojo como la grana al pensar que podía dar esa sensación, al mismo tiempo que se le ocurrió que si ella creía eso, se ahorraría de contarle lo que realmente sucedía.

—Pues mira, sí, ¿qué pasa? —Él sacó pecho, la mayoría de los nobles tenían una mantenida, no sería nada del otro mundo que él también.

A Cordelia casi que se le salían los ojos de las cuencas, era muy corriente y sabido por todos que eso era tan natural como la vida misma; sin embargo, que primero gritara como un loco y tratara de imponerse y después reconociera que tenía a otra... Aquello no era normal, se imaginó que la otra lo estaría exprimiendo; además, habría sido esa la que eligiera al futuro esposo de su hija, no lo iba a consentir.

—¿Que qué pasa? ¿Que qué pasa? —vociferó Cordelia, acompañando sus palabras de movimientos con las manos, tenía ganas de coger a su esposo por el cuello y darle una paliza—. ¿Acaso ha sido ella quien te ha señalado a algún sinvergüenza para que sea el esposo de la niña? Ni lo sueñes, no lo voy a consentir.

Lord Crawford se estiraba todo lo posible para hacer que Cordelia se callara, trataba de intimidarla.

—Ya me has oído, Caroline se casará con quien yo diga.

—¡Qué te has creído tú eso! —gritó ella.

—Aunque la tenga que llevar a rastras ante el párroco.

Al escuchar aquello, Cordelia se quedó sin respiración, no reconocía a su esposo. No obstante, después de lo que se habían dicho, lo había asumido, ese hombre la había mantenido engañada durante los años que duró su matrimonio.

—¡Por encima de mi cadáver! —gruñó la madre acercándose a él con la furia saliéndole por las orejas. A medida que andaba pensaba en la forma de hacerle pagar por aquellos años de engaño; por el rabillo del ojo vio el pesado tintero de plata que estaba encima de la mesa y, sin pensarlo siquiera, lo cogió y lo estrelló contra el cabezón de su esposo.

A lord Crawford le sorprendió tanto aquella maniobra que de su boca no salió ni una sola palabra, se puso una mano donde había recibido el golpe y, para su consternación la sacó ensangrentada, lo que hizo que se quedara blanco como el papel donde escribía y cayera redondo al suelo.

Cordelia se quedó tan sorprendida que lo miró con desprecio, llamó al mayordomo y le dijo que llevara a su esposo a su recámara.

Todo el servicio de la casa estaba trastornado, nunca habían escuchado una trifulca como aquella; los señores solían hablar en privado cuando se decían ciertas cosas, y ellos solo se enteraban de lo que ocurría por las doncellas y el valet. En esa ocasión no había sido así, y se preguntaban qué habría desencadenado aquella terrible discusión.

Lord Crawford volvió en sí enseguida, y se negó a que llamaran al doctor, lo que su esposa estaba ordenando con todo el desprecio que rezumaban sus palabras.

—No quiero a nadie velándome como si estuviera muriéndome —bramó señalándola con furia—. No tendrás esa suerte, y procura que esto no salga de aquí o lo haré saber a toda la alta sociedad. Tus amistades te darán la espalda si se enteran de lo violenta que puedes ser.

Cordelia se puso pálida, sabía muy bien que habría quien la apoyaría y otras que la condenarían por lo que había hecho. ¡Maldito, maldito, maldito!

Capítulo 28

Lord Crawford se sometió a los cuidados de su valet, quien le lavó la herida de la cabeza y le puso una venda.

—Mañana se la quitaré, ya no sangrará, y con el cabello no se le notará nada.

—Bien, tráeme una botella de whisky, del que tú ya sabes. —Se refería al bueno, al que se hacía enviar de Edimburgo, el que no compartía con nadie. Cuando este se lo llevó, añadió—: Que nadie me moleste.

El hombre que lo había atendido supo que al pedirle ese licor era para ahogar sus penas, y se preguntaba qué le ocurría. Últimamente, se emborrachaba muy a menudo. También estaba aquella discusión entre los señores, nunca los habían escuchado tan furiosos. Bajó a la cocina, y allí se encontró con que toda la servidumbre se preguntaba lo mismo que él.

Lord Crawford se sentó en su sillón, frente a la chimenea apagada, al lado tenía la bandeja de plata con el botellón de whisky y un vaso, que iba rellenando una y otra vez.

—Fuiste un insensato al dejarte matar —decía en voz alta, levantando el puño como si tuviera frente a él a la persona a la que iban dirigidas aquellas palabras—. Si estuvieras aquí esto no habría

ocurrido. —Otro sorbo de whisky, ya estaba empezando a ver doble, además de la mirada clavada en la persona que imaginaba ante él—. ¿Por qué me dejaste tan pronto? Con lo bien que nos iban las cosas cuando tú tenías una de tus ideas para invertir. Entonces la vida nos sonreía... —Los ojos se le cerraban y la cabeza le daba vueltas, pero él se empeñaba en mantenerlos abiertos—. Lo estropeaste todo, ahora ya no queda nada más que desgracia a mi alrededor.

Como si se hubiese rendido, tomó medio vaso de golpe y lo dejó en la bandeja haciendo un ruido sordo.

—¿Te das cuenta de que tú has sido quien ha dejado que todo se desmoronase a tu lado? —Escuchó con claridad la voz del que fue su amigo, el anterior vizconde Bellesmoke, y sus ojos se abrieron como si estuviese viendo al mismísimo Lucifer—. *Has sido un inconsciente, siempre fui quien te dijera dónde tenías que invertir, y como te lo daba todo mascado ni siquiera te interesabas en las personas con las que tenías que hacer negocios, fuiste un necio.*

Aquella regañina del que fue su mejor amigo le resecó la boca, y sus ojos abiertos como platos lo buscaban por todo el dormitorio. Su rostro mostraba miedo cuando no encontraba a nadie que le hubiese dicho aquello.

—¿Dónde estás? —Su voz sonaba distorsionada por el susto que tenía en el cuerpo.

—Estoy aquí, sentado en la repisa de la ventana, viendo en lo que te has convertido.

—¡No te veo! —exclamó lord Crawford siendo recorrido por un escalofrío.

—Pero me oyes —aseguró el que era un espectro, dentro de su cabeza.

Él asintió, pesaroso, con la cabeza.

—Ojalá no te escuchara, creo que me estoy volviendo loco —

reconoció moviendo la cabeza como si se le fuese a caer de un momento a otro.

La voz que escuchaba dentro de su mente paró, pero por desgracia solo fue un momento.

—Tienes que espabilar, o serás un paria de la sociedad.

—¡Eso ya lo sé! Ya lo soy, no puedo remediar lo que he hecho —admitió Crawford con los ojos rojos por la cantidad de whisky que ya había ingerido. Soltó un resoplido, frustrado por lo que le estaba diciendo su difunto amigo, y que no quería escuchar.

Otro silencio atronador lo envolvió.

—Estoy seguro de que casando a tu hija con ese tipo no arreglarás nada, más bien lo vas a empeorar.

—¡Qué fácil es hablar desde la ultratumba, o desde el infierno!, donde debes estar. —La rabia que sentía podía palparse en su voz.

—Te aseguro que eres tú quien está en el averno. Hablas así porque sabes que la has cagado, porque sabes que no es culpa de tu esposa lo que te está ocurriendo. Siempre has sido así, la has culpado a ella de todo para no reconocer que eres un patán, que te gusta presumir y gastar en todos tus vicios. Que no sabes parar a tiempo, que se te provoca con mucha facilidad, y todo el mundo lo sabe y se aprovechan de esa fanfarronería que te ha llevado a la ruina.

Aquella voz lo estaba describiendo tal y como era, pero no por eso iba a admitir que tenía razón.

—Eso no es cierto... —La lengua se le trababa—. Ella es la que siempre está en la costurera. La que no deja de comprar.

—Ambos sabemos que te gastas más tú en una noche con prostitutas, bebidas y naipes que ella en sus vestidos.

—Habló el santurrón Bellesmoke —soltó Crawford con furia—. Por lo menos yo estoy vivo para disfrutar entre las piernas de una

mujer. —Se rio con tono cascado y dejó caer la cabeza hacia atrás—. Y para que no sigas riéndote desde el más allá, no dejaré que tu hijo ponga las manos sobre mi hija.

—*Me das pena.* —Se escuchó en la recámara.

Aquellas palabras sentaron a Crawford como una patada en sus partes nobles, ¡¿que daba pena a un muerto?! ¡Eso era el colmo! La ira lo invadió de arriba abajo, soltó un gruñido muy parecido al de un animal herido y, con una cólera bañada en whisky, lanzó a la pared el botellón del que iba a servirse otro vaso, haciéndolo añicos. La conciencia que lo iba abandonando lo hizo del todo, y se quedó en el sillón soltando ronquidos que hacían temblar las paredes.

Capítulo 29

Arthur miró hacia arriba y vio cómo unas nubes algodonosas navegaban con sosiego por el cielo azul de la tarde londinense, aunque aquellos colores vivos no se correspondían a lo que sentía su corazón, el cual soltaba lágrimas de sangre.

Desde hacía dos días no veía a Caroline.

Ni siquiera de lejos.

Por parte de ella había un silencio duro y atronador que le provocaba estar más ansioso de lo normal.

En esas horas solo había pensado en ella (era así desde que se conocieron y, sobre todo, desde que habían regresado del Wharrington); y no quería barruntar en la posibilidad de que lo hubiera engañado, mas, con el paso del tiempo, por mucho que la desechase, esa probabilidad era la que se asentaba en el espacio entre el corazón y la mente.

Había paseado por Hyde Park más de lo normal para no irse antes de que ella pudiera aparecer; sin embargo, al no verla, retomaba el camino al club o a casa, con el corazón roto y angustiado.

«¿Es que ha jugado conmigo?», meditaba en la oscuridad de la noche cuando se metía en la cama.

Lo que más anhelaba era que Caroline apareciera para poder despejar todas las dudas que le nublaban el corazón.

Cada día se le hacía más complicado, hacía tiempo en Hyde Park saludando a unos y parándose a hablar con otros, pero nada, era como si a Caroline se la hubiese llevado el viento o tragado la tierra. ¿Cómo era posible?

«¿Le habrá sucedido algo?», la preocupación, luego de replantearse aquella cuestión, le erizaba la piel. ¿Podía ser que mal pensara de ella cuando había sucedido algo?

Así estaba Arthur en su paseo durante el tercer día sin saber nada de Caroline.

Paseando a paso más lento de lo que normalmente hacía, tenía la vista perdida en el sendero por el cual sus pies andaban sin percatarse del movimiento y no podía alejar la sensación de que el mundo había perdido el horizonte; de hecho, esa mañana apenas pudo concentrarse en los papeles referentes a los negocios familiares y tampoco quería pedirles ayuda a Fred y Nick cuando nunca lo había hecho, mas, si esa situación se prolongaba en el tiempo, tendría que recurrir a ellos para que lo obligasen a centrarse.

—Milord —dijo una voz a su espalda.

Arthur se paró por lo familiar que le resultó y, al girarse, comprobó que se trataba de Mabel, la doncella de Caroline.

—¿Mabel? —No se lo podía creer.

—Sí, milord...

—¿Y Caroline? —Comenzó a mirar hacia todos lados—. ¿Dónde está?

—En casa, milord, y es mejor que no se mueva de allí.

Aquella explicación de Mabel lo hizo parpadear varias veces en un intento por comprender.

—Me estás diciendo que no puede salir, ¿no es así? —Notó un resabio amargo en la boca.

—Así es.

Arthur condujo a la doncella fuera del camino.

—¿Qué ha pasado? —Al fin algunas dudas se habían despejado —. ¿Por qué no se ha puesto en contacto conmigo? —Mabel metió la mano en un bolsillo del que sacó un sobre pequeño que le tendió y él cogió, observándolo como si se tratase de un trasto antiquísimo—. ¿Y esto?

—Le ha escrito una carta donde le informa de la situación.

—¿Qué situación? —la interrumpió él procurando controlar los nervios—. Mabel, no soy idiota y sé que lo sabes.

—Lo que le puedo decir es que hubo una gran discusión entre los tres miembros de la familia Crawford y no me corresponde hablar de más. Haga el favor de leer la carta, mi señora será quien le informe a través de sus palabras impresas dentro de ese sobre. —Hizo una rápida genuflexión y se marchó dejando a Arthur de una pieza.

Sin moverse del sitio, rompió el sobre y se puso a leer.

> Querido Arthur:
>
> Nunca te hubiera escrito esta carta si no nos uniera una relación como la que tenemos ni tampoco si no compartiésemos unos sentimientos tan fuertes, pues de todo el mundo es sabido que una dama no puede escribirse con un hombre que no conoce, ya que es indecoroso y deshonroso.
>
> Pero tu caso no es ese; y puedo afirmar que cuando estampé tu nombre en ese pequeño legajo, me sentí libre y osada durante unos segundos en los que pude respirar

tranquila.

Me pongo en contacto contigo porque en casa ha sucedido algo insólito, y si cayese en oídos ajenos podría ser escandaloso para muchos, aunque para otros sería algo normal. Confío en ti y sé que no dirás nada. Espero que tampoco a tus tías; sin embargo, no dudo que mi madre les haya referido algo.

La verdad es algo que jamás imaginé, y en estos momentos debo ser valiente y contártelo.

De solo pensarlo me tiembla más la mano.

Mi padre me ha prometido a otro hombre. Todo estalló durante la cena de regreso del W.P. Me aventuré a decir que me estabas cortejando cuando de súbito mi padre perdió la cabeza y se enfureció tanto que nos gritó a mi madre y a mí. Las dos creíamos alegremente que le gustaría la noticia por la relación que siempre han tenido nuestras familias.

Ahora, mientras escribo estas palabras no sin desasosiego, ya que me siento prisionera en mi propia casa, las lágrimas ruedan por mis mejillas y humedecen esta hoja. No puedo evitarlo, porque te añoro, mi corazón sufre cada segundo por la idea de no volverte a ver; se me pasa por la cabeza, y esta separación me va hundiendo más en un dolor que me ahoga. Estoy en mi cuarto con el deseo de poder verte, abrazarte y escuchar tu voz.

Solo puedo declararte que no hay otro hombre en mi vida que no seas tú. Recuérdalo, por favor, pase lo que pase.

C. C.

Capítulo 30

Cuando Arthur terminó de leer aquella carta, sintió que se le anudaban las tripas, no podía ser. Volvió a pasear su mirada por aquellas elegantes letras, esta vez más despacio, para no perderse nada. Terminó con un ceño muy fruncido, la furia lo envolvía como si pretendiera asfixiarlo. ¡No permitiría que Caroline se casara con nadie que no fuera él!

Aquel pensamiento lo dejó conteniendo la respiración, habían disfrutado de besos exquisitos, pero nunca habían hablado de amor, y en esos momentos se encontraba pensando en hacer de Caroline su esposa. Recordó todos los momentos angustiosos que pasó en los últimos días y una lucecita prendió en su cabeza... ¡¡¡LA AMABA!!!

A pesar de la ira que lo había invadido, la idea de casarse con ella le satisfacía, y por lo que decía en la carta, a ella también. ¿Qué le pasaba a lord Crawford? Arthur se consideraba un buen partido; además, las familias habían estado muy unidas, ¿qué tenía ese hombre contra él? Que recordara, no había hecho nada para ofender a la sociedad londinense, entonces ¿a qué venía ese escándalo que ella le contaba a través de aquella carta?

Lo que más lo inquietaba era que la hubiese prometido a otro hombre, qué poca consideración había tenido con su hija, no podía

creer que le hiciera eso. Se prometió a sí mismo arruinar los planes de Crawford, si era necesario se llevaría a Caroline a Gretna Green y se casaría con ella sin el consentimiento de su padre.

Estaba tan ensimismado lidiando con la irritación que lo invadía que no prestó atención a su entorno, y no vio que sus cuñados se le acercaban.

—Si estorbamos nos vamos —alertó Nick.

—¡Maldita sea! —Renegó al escuchar la voz del duque, imaginaba que no estaría solo, que llegaría con el otro cuñado.

Fred soltó una risita con los ojos clavados en Nick.

—Creo que estorbamos a nuestro amigo —musitó con mirada divertida Fred.

—Tienes razón, hemos llegado en mal momento, pero sería muy descortés por su parte soltar eso a sus queridos cuñados. —Se notaba que el duque se estaba burlando de Arthur, y este apretaba las muelas para no soltarles una fresca; era consciente de que a esas horas los paseantes por Hyde Park eran los más chismosos. Aunque fueran familia, serían criticados de igual forma.

—Por su cara, no creo que sea eso lo que ocurre. —Fred se había fijado en el ceño fruncido de su amigo.

Arthur cogió aire con fuerza. Sus amigos tenían el don de la oportunidad, cuando necesitaba estar solo para pensar, allí estaban ellos para desconcentrarlo.

—Si nos cuentas lo que te pasa, seguro que podemos echarte una mano. —Se ofreció Nick.

—¿Por qué tiene que pasarme algo? —Quiso esquivar el tema y trató de que no se pusieran en sus asuntos.

—Amigo, olvidas que hace mucho que nos conocemos, sabemos reconocer tu cara cuando estás contrariado o enojado, o como en este caso furioso, y aún me quedo corto —aclaró Fred.

—Por lo que veo esas palabras no hacen justicia. —Lo secundó Nick.

Arthur debía admitir que sus amigos lo conocían muy bien. Sería perder el tiempo tratar de hacerles creer que nada le molestaba.

Las siguientes palabras de Fred lo demostraron.

—Si quieres que nos traguemos que estás del mejor de los humores, lo primero que deberías hacer es dejar de chirriar los dientes.

Arthur se obligó a relajar la mandíbula.

Los otros dos se dieron cuenta, y Nick se divirtió metiéndose con él.

—Así está mejor, el rechinar de tus muelas se podía escuchar desde los muelles.

—Ja, ja, ja. —Hizo como que se reía cuando lo que deseaba era rugir.

—Vamos al club, allí podrás contarnos qué es eso que te tiene de ese extraño humor. —Fred estaba dispuesto a ayudar a su amigo y cuñado, se tratara del problema que se tratara.

Arthur lo miró entrecerrando los ojos, de aquello se tenía que encargar él; si se lo decía a ellos, estos lo harían con sus hermanas, y ellas con sus tías. Al final sería un secreto a voces, y no podía consentirlo; si se iba a llevar a Caroline a Escocia, debía ser de lo más discreto para que nadie los detuviera.

—Gracias por ofreceros, pero esto es algo que tengo que hacer solo. —No dio ni un solo paso—. Si me disculpáis, tengo una cita ineludible. —Dicho lo cual se dio la vuelta y los dejó con la boca abierta.

***

Arthur estaba planeando colarse en la mansión Crawford, no iba a tolerar que lo apartaran de ella. Además, debía tener en cuenta que, según lo leído en la carta, parecía que la tenían prisionera, y no lo iba a consentir.

Se fue a su residencia de soltero, allí tenía atuendo para pasar desapercibido a los ojos de todo el mundo. Esperó a que la noche cayera sobre Londres, estaba nervioso, no le tocaba la piel al cuerpo, solo de pensar en lo mal que lo estaría pasando Caroline, le daban ganas de emprenderla a golpes con el primero que se le pusiera por delante.

Cuando la noche fue cerrada y las calles se despejaron de personas, salió y se encaminó a la mansión Crawford camuflado con prendas oscuras, y pasando por donde no alumbraban las farolas de gas.

Al llegar junto a la cancela de esa lujosa propiedad, se escondió en las sombras observando las ventanas; en la mayoría había luz al otro lado; unas, más tenues; otras, más potentes. Dio por sentado que la familia estaría cenando detrás de alguna de la planta baja. Con las piernas largas que tenía no tuvo problemas en saltar la valla que rodeaba la propiedad, lo hizo por el lugar más oscuro, y a grandes zancadas, y sin hacer ruido, se acercó al muro exterior de la construcción. Dada su altura, podía asomarse a las ventanas con cuidado de no ser descubierto, las recorrió todas y le extrañó ver a la madre de Caroline cenando en el comedor mientras el padre lo hacía en el estudio; por lo visto, lo que ocurría en esa casa era peor de lo que él pensaba: los padres lucían unos rostros agrios, y a Caroline no se la veía por ningún lado. Maldijo en silencio al imaginarla encerrada en su dormitorio, lo que hizo que se reafirmara en sacarla de allí fuera como fuera.

Dio unos pasos atrás y vio que uno de los balcones del piso

superior estaba más iluminado que los demás, se imaginó que sería el suyo; cogió un puñado de guijarros del suelo y empezó a tirarlos de uno en uno. Si ella se asomaba, si era la acertada, se subiría a un tejo que había justo al lado de la fachada y que le facilitaría llegar hasta ella, al mismo tiempo que en esos momentos lo ocultaba de miradas indiscretas.

Al no ver a nadie en las primeras que tiró, se le pasó por la cabeza que la hubiesen llevado a alguna otra propiedad, y fue recorrido por un escalofrío.

Tiraba los guijarros con suavidad, solo quería llamar la atención, y que quien fuera a mirar lo hiciera por pura curiosidad, que pudiera pensar que era el ruido de una rama que chocara contra la baranda por la brisa que la movía. Ya había tirado unos cuantos cuando vio a la doncella, el corazón le dio un brinco, seguro que estaría con ella, no habrían mandado a Caroline a otra finca sin aquella mujer.

Decidido, empezó a subir por las ramas del tejo, sus troncos llegaban hasta el suelo, le facilitaban el esfuerzo, pasaba de la una a la otra con la habilidad de un gran felino. Había recorrido la mitad del camino cuando la rama que tenía bajo los pies crujió y se rompió. Sus reflejos lo llevaron a otra que lo sostuvo, y se quedó quieto al escuchar...

—¿Qué ha ocurrido? —Era la voz de la madre de Caroline, sonaba estridente.

—Esta casa cruje de vieja que es, cualquier día se nos cae encima. —La voz alta del hombre le hizo sospechar a Arthur que se trataba del padre, y por el tono que más bien había parecido un rugido, imaginó que estaba de mal humor. No le extrañaba, si su mujer le había dado una patada en el culo y lo había mandado a cenar al estudio...—. Ojalá cuando ocurra nos pille a todos dentro —bramó Crawford. Aquel deseo le extrañó, hasta tal punto que frunció

el ceño. ¿Qué pretendía este hombre? Por aquel rugido se podía pensar que no le importaba morir, eso sí, llevándose con él a su esposa e hija. Arthur fue recorrido por un estremecimiento.

—Si quieres irte al otro barrio nadie te detendrá, lánzate al Támesis a ver si tenemos suerte y te ahogas —replicó ella a gritos.

—¡Qué te crees tú eso! Toda la culpa es tuya, si yo me voy al infierno, tú también. —Todo eso se lo decían entre el comedor y el estudio, con alaridos.

—La culpa, la culpa... la culpa ¿de qué? —gritaba ella.

Con la furia que lo recorría en oleadas, se encaramó otra vez hacia arriba, debía llegar hasta Caroline. Desde una rama se impulsó hacia el balconcito que había en el dormitorio por el cual se había asomado la doncella, se agarró con fuerza a los intrincados adornos y saltó dentro. Al hacerlo, dio un buen susto a las dos mujeres que estaban allí, la doncella estuvo a punto de pegarle con una pesada silla al no reconocerlo en el acto.

Caroline dio un salto y se arrimó con cara de terror a la pared más alejada; sin embargo, enseguida supo que era él.

—No, Mabel. —Su voz era temblorosa, temía que la doncella le rompiese la crisma con aquella silla que había levantado.

Arthur clavó los ojos en Caroline, y esta se lanzó a él; no le importó la presencia de la sirvienta. En cuanto sintió los fuertes brazos que la rodeaban se fundió contra su pecho, como si no quisiera volver a separarse de aquel cálido nido en el que él la envolvía.

Él aspiró el aroma floral que desprendía el cabello suave que le hacía cosquillas en la barbilla.

—Te he echado de menos —susurró, solo para que ella lo escuchara.

—Yo también. —Caroline se separó de su pecho para mirarlo a

los ojos, y al hacerlo, él pudo ver una lágrima que le rodaba por la mejilla.

—No llores, cariño, cuéntame lo que está pasando. —Que él le soltara aquella palabra amorosa hizo que se le derramaran torrentes de sus ojos.

Arthur sabía que hasta que no se calmara no podría hablar, la cogió en brazos, se sentó en un sillón rosa muy femenino, con ella en el regazo, acunándola, y le iba diciendo ternezas para que se tranquilizara. Pasado un rato, ella empezó a hipar, y él le frotó la espalda de arriba abajo tratando que le pasara aquella congoja. Al mismo tiempo, le secaba los ojos con las yemas de la otra mano, con tanta suavidad que Caroline se sentía querida, lo que no había ocurrido en los últimos días.

—Mi padre me ha comprometido con otro hombre. —Su voz sonaba desolada.

—¿Con quién?

—No lo sé.

—¿Y tu madre no te lo ha dicho? Ella debe saberlo.

—No lo creo, si no a través de Mabel me lo habría contado.

Él no entendió ese comentario.

—¿Es que no la ves a ella?

—No, mi padre me ha encerrado aquí, y solo él guarda la llave; teme que si mi madre la tuviera me sacaría de la casa. Ella está en contra de ese compromiso.

Arthur frunció el ceño, ¿eso quería decir que la mujer no sabía quién era el tipo?

A pesar de la negativa de Caroline, él no estaba tan seguro de que no lo supiera. Por otro lado, estaban aquellos comentarios que había escuchado que parecía que la pareja estaba en pie de guerra.

—¿Estás segura? —Los ojos de Caroline se fundieron con los

plateados de él asintiendo con la cabeza—. ¿Y tú qué deseas? ¿Qué piensas hacer?

—¿Qué puedo hacer yo? —Su tono lastimero había subido, y lo miraba con las manos extendidas, dándole a entender que no podía hacer nada.

—Desde que tu doncella me ha entregado la carta he estado pensando en ello.

Las dulces facciones de ella parecieron alegrarse, se daba cuenta de que no estaba sola, que lo tenía a él a su lado.

—¿Has llegado a alguna conclusión? —Caroline sentía que se le había acelerado el corazón.

—Aún no, pero pensaré en algo. Urdiremos un plan. Déjame que piense en ello.

A ella pareció que un gran peso le abandonaba los hombros, hasta le dedicó una de sus preciosas sonrisas, lo que a él lo empujó a capturarle los labios y besarla con las ganas que se habían acumulado en los últimos días, y abrazarla como si deseara colarla bajo su piel. Inconscientemente era lo que ansiaba.

Capítulo 31

Arthur había pasado varias noches sin dormir, pensando en el modo de sacar a Caroline de aquel lío en que se hallaba metida, y al final encontró una solución que no compartió con nadie. Esperó que fuera de madrugada, había dejado su caballo en una cuadra donde no lo conocían, para pasar desapercibido. Con su vestimenta oscura fue a la mansión Crawford, las ventanas estaban todas a oscuras, era lo que esperaba, y se encaramó al tejo para llegar al dormitorio de Caroline; tuvo cuidado de pisar en las ramas fuertes para que ninguna crujiera y pudiera alertar a los que dormían dentro de la casa. Las ventanas no estaban cerradas, pues hacía unos días de calor bochornoso.

Al llegar arriba, se encontró con Caroline dormida, se la quedó mirando, parecía un ángel, la luz que entraba por la ventana le dibujaba luces y sombras por el rostro; y a pesar de que le sabía mal despertarla, no quedaba otro remedio. Se arrodilló al lado de la cama y con suavidad puso una mano sobre la boca jugosa, no deseaba que montara un escándalo.

Caroline abrió los ojos llenos de terror, al mismo tiempo que las manos iban hacia la que le cubría los labios.

—Sh, cariño, soy yo —susurró él asegurándose de que ella lo

reconocía—. Vamos a irnos de aquí —habló él contra su sien, abrazándola, cuando notó que ella se relajaba al saber quién era.

—¿Qué has dicho? —A ella le pareció no haber entendido lo que él le anunció.

—Voy a sacarte de Londres antes que tu padre te entregue a ese hombre.

Caroline había pasado unos días angustiosos pensando que él no podría hacer nada para ayudarla, y esas palabras le sonaron a música celestial.

—Imaginé que... —Fue recorrida por un escalofrío al pensar que estaría huyendo como un vulgar ladrón—. No puedo hacer eso...

Arthur la miró, entendía que para ella fuera impensable fugarse de su casa, su reputación estaría arruinada en cuanto se supiera, y un chisme jugoso como ese correría como el viento por todo Londres.

—¿Prefieres que te casen con un desconocido? ¿Con un mamarracho que no tiene valor para cortejarte?

Caroline se quedó sin aliento, se preguntó a sí misma qué debía hacer. Quedarse y acatar la decisión de su padre o seguir a su corazón. En su cabeza pasó una vida sin Arthur a su lado y se le puso el vello de punta, la recorrió un escalofrío. El hombre en cuestión podía ser muy guapo, había conocido a varios; sin embargo, ninguno de ellos le acarició el corazón como él lo hacía con una sola mirada. Por el amor del cielo, si estaba dispuesto a enfrentarse a la sociedad por ella, porque cuando se supiera que la había sacado de su casa, se podía enfrentar al menosprecio de todo el mundo. Lo podían relegar al ostracismo, y todo ello por ayudarla. Contuvo la respiración al darse cuenta de que lo que estaba haciendo era por amor.

—¡ME AMAS! —boqueó ella con los ojos muy abiertos.

Arthur, que la había estado observando mientras su cabeza rodaba por esos pensamientos perturbadores, se inclinó y le dio un suavísimo beso en la frente.

—¿Crees que haría esto si no fuera así? —Su voz fue una suave caricia.

Ella negó con la cabeza al caer en la cuenta de que también se había enamorado de ese hombre. Sin pensarlo ni un segundo, se incorporó en la cama, lo tomó por las mejillas y lo besó disfrutando de ese sentimiento que acababa de descubrir.

Arthur la apresuró a que se vistiera, que se pusiera ropa sencilla y una capa abrigada, a pesar de que estaban en verano, tenían por delante varias horas en las que cabalgarían, y no quería que cogiera frío.

—¿Dónde vamos? —Quiso saber ella.

Él pensó que aunque no hubiese visto a Mabel, debería de estar cerca, y no quería que pudiera decir a sus señores dónde estaban, entonces pensó que sabía quién era él y soltó una maldición ahogada.

—¿Puedes confiar en tu doncella? —preguntó con el ceño fruncido.

Como si la hubiesen llamado, la mujer salió de detrás de una pesada cortina, envuelta en una bata.

—Señor, pueden irse tranquilos, no se enterarán por mí de su fuga. Trataré de ocultarlo todo el tiempo que pueda.

Caroline era consciente de que si su doncella hacía eso, cuando descubrieran que no había dado la voz de alarma, podría encontrarse en un grave problema.

—¡No puedes quedarte! ¡Te castigarán con dureza!

Él pensaba con rapidez.

—En cuanto des la noticia, sal de esta casa, cuando volvamos a

Londres conservarás tu puesto junto a tu señora.

Aquel comentario daba a entender que se iban a Gretna Green a casarse, él lo dijo a propósito, donde pensaba ir era hacia otra dirección.

La mujer asintió, ayudó a Caroline a vestirse y los vio desaparecer por el balcón.

***

Arthur, con Caroline sobre sus rodillas y rodeándola con sus brazos, salió de Londres como alma que lleva el diablo. Dos horas más tarde y sabiendo que iban a internarse en un bosque donde la luz de la luna no les sería de mucha ayuda, él detuvo el caballo junto a un riachuelo al amparo de la oscuridad que les daban los árboles, desensilló al animal y la invitó a sentarse junto a él apoyados en un tronco.

—Enseguida vengo, iré a refrescarme y andaré un poco.

Él se dio de patadas mentales al pensar que no había pensado en su bienestar, solo tenía en mente ponerla a salvo de su déspota padre.

—Perdona, no he tenido en cuenta que no debes estar acostumbrada a una cabalgada así.

—Oh, no te preocupes, me gusta montar a caballo.

—Me imagino que con tranquilidad, no con estas prisas.

—Sí, es eso.

Arthur se levantó y no la dejó sola en ningún momento, estaría alerta, no permitiría que nada la molestara. A él también le iría bien refrescarse.

Después de sentarse, él la envolvió en un abrazo protector, anclándola a su lado y apoyándola contra su hombro. Así Caroline se

durmió en cuestión de minutos.

Cuando volvieron a emprender la marcha, el cielo empezaba a cambiar de color, ella admiró aquellas pinceladas púrpuras y naranjas que se dibujaban en la cúpula celeste que los cubría. A la hora del desayuno llegaban a Arundel; la señora Alger, el ama de llaves, se sorprendió al verlos, nadie la había avisado de que volvieran las señoras.

—Bienvenido a casa, milord, no lo esperábamos.

—Lo sé, señora Alger, si es tan amable de acompañar a la señorita Crawford a uno de los dormitorios del piso de arriba le estaré muy agradecido. Debe estar muy cansada.

—¿No vamos a desayunar? —En el momento que lo dijo, su tripa crujió y, avergonzada, se puso una mano sobre la barriga.

Él rio encantado.

—Desde luego que sí, solo pensé que preferirías...

En ese instante apareció el señor Harrison, el mayordomo, abrochándose la levita y con los cabellos blancos algo alborotados; no se lo veía tan tieso como en las otras ocasiones que había visitado a sus tías. Le extrañó, sobre todo al cazar una mirada entre él y la señora Alger que decía mucho más que las palabras. Hacía varios meses que la familia estaba en Londres, primero para casar a sus hermanas y en esos momentos esperando que Diana diera a luz. ¿Qué habría ocurrido en ese tiempo entre el mayordomo y el ama de llaves?

—Si lo que ibas a decir era que descansara sácatelo de la cabeza, llevo días haciéndolo, necesito hacer ejercicio.

A él se le ocurría un modo muy placentero de que lo hiciera; al estar aquellas horas con ella en el regazo, había llegado a Arundel con el pene dolorido, los roces del trasero de Caroline lo habían mantenido excitado durante varias horas.

—Ya ha escuchado a la señorita, estamos hambrientos.

—Enseguida, señor.

—Harrison, haga que se ocupen del caballo, que le den ración extra, se ha comportado como un campeón.

Se lo veía satisfecho de aquel animal, y ella se alegró que tuviera aquella consideración con él.

—¿Tienes más caballos?

—Sí, después iremos a las caballerizas, mis hermanas tienen sus monturas aquí, ¿te gustaría pasear con ellas?

El rostro de Caroline mostró la alegría que sentía.

—Desde luego que sí... me siento libre. —Ella extendió los brazos y dio una vuelta sobre sí misma con una encantadora sonrisa.

Solo por ver aquella expresión, Arthur supo que había hecho bien en sacarla de aquella cárcel dorada donde la mantenían encerrada.

Mientras les preparaban el desayuno, ambos se refrescaron, y él le dijo al ama de llaves que le dejara que eligiera uno de los vestidos de sus hermanas. Al volverse a encontrar, ella lucía una prenda sencilla de lana fina de color amarillo con pequeños adornos verdes bordados; el contraste hacía juego con sus ojos y estaba espectacular.

Él la miró de arriba abajo con una espléndida sonrisa en los labios.

—Estás preciosa.

—Adulador.

Arthur soltó una carcajada, la tomó de la mano y la guio hacia el comedor, donde les habían servido un copioso desayuno.

—¿Dónde estamos? —preguntó ella.

—En Arundel, una propiedad de la familia, aquí viven mis tías. —Ella pareció contrariada, y levantó una ceja de un modo muy

gracioso que lo hizo sonreír—. ¿Qué ocurre?

—Tienes unas tías muy jóvenes, ¿no? —habló ella tocando el vestido que llevaba puesto.

Arthur se dio cuenta del malentendido.

—No, lo que llevas es de una de mis hermanas, ellas han vivido aquí hasta que se casaron, mis tías han sido como nuestras madres.

Aquellas palabras despertaron un recuerdo en ella, había escuchado en algún lado que los Bellesmoke habían sufrido una desgracia, pero no sabía de qué se trataba.

Estaban sentados uno al lado del otro en la mesa que siempre habían usado los habitantes de la casa en sus comidas, había un comedor más elegante que se abría cuando había alguna celebración.

Caroline lo miró.

—No sé si es decoroso que te haga esta pregunta, no me respondas si no quieres. ¿Qué les ocurrió a tus padres?

Los ojos plateados de Arthur perdieron un poco de color; sin embargo, pensó que si quería que ella confiara en él hasta el punto de casarse no debía haber secretos entre ellos.

—Mi padre era diplomático en la India... —Se notaba que no le era agradable hablar de ello—. En aquellos tiempos, había grupos antiocupación inglesa, el carruaje de mis padres fue atacado, él trató de salvar a mi madre, la mataron y murió entre sus brazos; y cuando él se enfrentó a ellos, terminaron también con su vida. —Caroline se puso los puños ante la boca horrorizada por lo que le acababa de contar, sintió un nudo en la garganta que amenazaba con hacerla derramar algunas lágrimas, imaginando la pena que debía haber pasado. Lo que no sabía era que la historia no había terminado—. Yo era muy jovencito; no obstante, me hicieron reconocer el cadáver, fue terrible, estaba casi irreconocible del maltrato que sufrió, supe

que era él por un diente que tenía montado encima de otro.

Caroline se dio cuenta de que los ojos de Arthur estaban llenos de lágrimas no derramadas, levantó los brazos y lo abrazó contra ella, deseando darle el consuelo que no había recibido nunca.

A los dos se les había pasado el hambre, aquellos dolorosos recuerdos les cerraron el estómago. Él se dio cuenta y pensó que un paseo por los alrededores sería bueno para que ambos se despejaran. Salieron de la casa y le enseñó la bonita propiedad, el cauce del río donde solían navegar con sus pequeñas barquitas de madera. El trino de los pájaros, los rayos limpios del sol, la brisa que los acariciaba y el aire puro era como un bálsamo para sus preocupaciones.

—Antes de llegar me ha parecido ver un pueblo —señaló Caroline.

—Sí, pero no voy a llevarte allí, no vaya a ser que alguien te reconozca y vaya con el cuento a tu padre. Claro que también me conocen a mí, y puede pasar lo mismo.

—¿No crees que mi reputación ya está arruinada? —razonó ella moviendo la cabeza—. Aunque no me importa.

Arthur se la quedó mirando, sabía que tenía razón y que él había sido el causante de ello, pero no se arrepentía. La amaba, y no dejaría que otro hombre se casara con ella. Solo esperaba que lord Crawford no lo desafiara, en ese caso solo tendría dos opciones, y ninguna era de su agrado: la primera era matarlo, lo que estaba seguro de que no le gustaría a Caroline; la otra opción era dejarse matar, tampoco creía que le agradara a ella.

¿Qué debía hacer si eso ocurría?

Capítulo 32

Todo el día fue como un sueño para los dos, se pasaron horas recorriendo las tierras de la familia, se sentaron aquí y allá, disfrutando del sonido del agua al discurrir, de los rayos del sol que no eran tan intensos como en la ciudad.

—No te he agradecido que me hayas sacado de Londres. —Caroline habló con voz baja, íntima. Estaban sentados en un tronco caído a la orilla del río, observando el movimiento de las aguas donde él tiraba piedras.

—No tienes que dármelas. Ha quedado claro antes de salir de Londres que te amo, y tengo la sensación de que tú también me amas a mí.

Caroline enganchó la mirada con la de él.

—No lo dudes nunca. —Su voz fue como el canto de una sirena, lo que hizo que él la estrechara entre sus brazos y le capturara la boca con anhelo y ardor, besándola con ganas.

Como en todas las ocasiones en las que se fundían en esos tórridos abrazos, todo a su alrededor se desdibujó, era como si solo existieran ellos dos en un mundo mágico. Cuando la caricia terminó, los dos estaban faltos de aliento. Sus ojos se encontraron y se decían sin palabras lo que anidaba en sus corazones.

Más tarde, Arthur le hizo un recorrido por la casa, por si necesitaba lo que fuera, que no dudara en hacerlo saber a la servidumbre o al ama de llaves. Cenaron en el mismo comedor que habían desayunado, y al terminar parecía que ambos esperaban algo que no se atrevían a llamar por su nombre.

—¿Quieres que demos un paseo por el jardín? —sugirió Arthur.

—Sería agradable, pero me temo que aquí hace más frío que en Londres.

—Señora Alger, ¿puede mandar a alguien que vaya en busca de un chal?, saldremos un rato a tomar el aire.

La mujer asintió con la cabeza y fue ella misma en busca de uno de sus señoras.

Ya en el exterior, desde un claro se quedaron observando las estrellas que desde Londres no podían admirar; la luna lucía como un gran farol que lo iluminaba todo con un manto plateado, y Caroline se quedó mirando aquel cielo que parecía envolverlos.

—Es maravilloso —susurró para no romper la quietud de la noche.

—Ya lo creo —dijo Arthur mirándola a ella, refiriéndose a lo bonita que era. Caroline debió notar en su tono que no hablaba de la cúpula que los cubría porque se giró hacia él—. Cada vez que pongo mis ojos en ti, mi corazón da un salto —confesó él, lo que hizo que ella sonriera con candor.

—Podría acostumbrarme a que me digas estas cosas tan bonitas.

—Ya puedes hacerlo, no pienso dejar de afirmarlo siempre que pueda. —Arthur vio que ella bajaba la mirada y sus pestañas barrían aquellas tersas mejillas. No pudo evitar salvar el espacio que los separaba y apretarla contra su pecho, la tentación era demasiado grande.

Caroline se sentía en la gloria entre los brazos de Arthur, era tan

atento, tierno y cariñoso que le había robado el corazón.

Sentirla contra su cuerpo hizo que él se excitara, y no quería que ella pensara que la sacó de aquel lío con su padre para que se acostara con él. Notó que ella era recorrida por un escalofrío, y le frotó la espalda con sus grandes manos.

—Eres una chimenea muy potente —murmuró ella con los ojos cerrados de gusto, lo que él vio y lo terminó de enardecer.

—Mejor será que entremos y nos vayamos a acostar antes de que... —Se calló al darse cuenta de que había estado a punto de decirle que la deseaba en su cama.

—¿Qué? —A Caroline le intrigó que se callara tan de repente.

Arthur negó con la cabeza mirándola con los ojos ardientes. La cogió de la mano y tiró de ella sin responderle. Entraron en la casa y la acompañó hasta la puerta de su dormitorio, y al clavar su mirada en ella se dio cuenta de que estaba esperando que le diera una explicación.

—No quiero incomodarte.

—No entiendo.

Él cogió aire con fuerza, sus ojos se trasladaron a aquellos labios que le quitaban el sentido. La besó con una suavidad pasmosa.

—Te deseo, pero... —Sus ojos le recorrían el rostro como si se tratara de una caricia, y vio con satisfacción como le subían los colores y la recorría un estremecimiento.

Sin ser consciente de ello, ella se pasó la lengua por los labios que se le habían quedado resecos, y cuando Arthur iba a empujarla para que entrara en su dormitorio porque era una tentación demasiado grande, ella se colgó de su cuello y lo besó, primero con timidez; y al escuchar los sonidos que salían de la garganta masculina, se volvió más audaz y puso en aquella caricia toda la pasión que él despertaba en ella.

Arthur la tomó entre sus brazos, la subió contra su cuerpo y caminó hacia dentro de la habitación que la señora Alger le había asignado, la que había correspondido a Diana antes de que se casara con el conde. Cerró la puerta con el pie y se recreó en aquel beso que sabía a gloria bendita, apoyado contra la madera que los separaba del mundo exterior.

Un calor abrasador se apoderó de ambos, y las manos de Arthur vagabundearon por el suave cuerpo de Caroline, despertando en ella unas sensaciones jamás experimentadas; notó que se le aceleraba la respiración, que la piel se le erizaba. Cuando él llegó al trasero y lo apretó a su cuerpo, un recuerdo la dejó fría como si le hubiesen echado un cubo de agua helada por encima.

Arthur notó la tensión que se apoderaba de aquel cuerpo que unos segundos antes gozaba con sus caricias, se separó y, al mirarla, vio sus ojos verdes abiertos de par en par, con una mezcla de terror y nerviosismo.

—¿Qué te pasa? —susurró sin soltarla, tenía la sensación que si lo hacía ella saldría corriendo.

—No... no... nada —tartamudeó bajando la mirada para que no viera su turbación.

—Cariño, no me tomes por tonto, soy consciente de que he hecho algo que no te ha gustado.

—Yo... no...

Caroline cogió aire con fuerza, no se había dado cuenta de que su reacción fuera tan evidente. Aquella remembranza la había pillado por sorpresa, de vez en cuando tenía pesadillas con aquel hecho del pasado; sin embargo, Arthur no hizo nada desagradable para traerle aquellos momentos a la memoria. Nunca sabría el motivo por el que se le llenaron los ojos de lágrimas y empezaron a rodarle por las mejillas.

Él se alarmó al verla tan descompuesta, pasó un brazo por debajo de sus rodillas, la acunó contra su pecho y fue a sentarse en un sillón. Tenía la imperiosa necesidad de consolarla, la sensación de haber sido el causante de aquella zozobra le tenía el corazón estrujado como si una garra lo apretara.

—Amor, perdóname, he sido un bruto, me he dejado llevar por el sentimiento que despiertas en mí. Debí dejar que fueras tú quien tomara la iniciativa, he sido un idiota. —En su voz se notaba el arrepentimiento por haberse dejado llevar—. Sabes que no voy a hacer nada que tú no quieras, ¿verdad?

Caroline movía la cabeza; no obstante, no sabía si negaba o afirmaba, y él, temiendo empeorar el asunto, mantuvo las manos quietas, solo la tenía pegada a su pecho, no las movía. Dejó que ella sacara toda aquella angustia que veía en sus ojos, susurrándole palabras tiernas sobre los cabellos perfumados, así ella se fue calmando.

—Yo... —Ella intentaba justificarse, y él no se lo permitía, le ponía un dedo sobre los labios para que supiera que no hacía falta que dijera nada, él mismo ya se estaba fustigando.

—Sh, no me hagas sentir peor —habló él mirándola a los ojos enrojecidos.

—Tú no tienes la culpa de nada. —Las palabras de Caroline lo confundieron.

—Entonces ¿qué ha pasado?

Caroline se acurrucó contra su pecho como si quisiera fundirse con su cuerpo, pasó un largo rato durante el cual él no la presionó. Pensó que era mejor que fuera ella quien decidiera si hablar de ello o no.

Al fin, ella se separó un poco y enredó sus miradas.

—Hace mucho tiempo que tuve un pretendiente, un hombre muy

conocido en Londres, mi padre estaba muy satisfecho de que se hubiese fijado en mí.

—Cualquiera con ojos en la cara se encapricharía de ti. —Arthur trataba de aligerar lo que fuera a decirle, no le agradaba verla con aquella expresión en la mirada.

—Déjame hablar, por favor —rogó ella.

Él asintió con la cabeza.

—Desde luego —añadió.

—Era un hombre muy amigo de mi padre, entraba y salía de casa como si fuera la suya. Una tarde cuando llegó, estaba sola, me dijo que esperaría y me acompañó a la biblioteca donde estaba leyendo; yo notaba su mirada sobre mí, y me hacía sentir incómoda, ese día no se comportaba como los demás. Me observaba con impertinencia, y al final decidí seguir la lectura en mi dormitorio. —Se calló como si tratara de poner orden a sus recuerdos, cuando lo que hacía era tratar de que no la afectaran tanto después de todo ese tiempo—. Al dirigirme a la puerta, me paró, me cogió por el brazo y me miró... como si fuera una tarta y quisiera comerme.

Arthur se tragó una maldición, en ese momento entendió lo que aquella voz le había dicho a ella en la sesión de espiritismo, frunció el ceño, lo iba a matar.

—¡¿Qué pasó?! —A pesar de intentar que su voz no sonara alterada, no lo logró.

—Me arrinconó contra la puerta y me habló tan cerca de la cara que podía oler el aroma del licor que se había tomado. —Volvió a callar y cogió aire con fuerza—. Me revolví, tratando de que me soltara, y a pesar de ello, él me retenía y me apretaba cada vez más, grité tanto como pude cuando noté que me manoseaba. Él soltó una carcajada y me dijo que nadie podría entrar en aquella estancia, señaló que estaba atrancando la puerta con un pie. Me entró el

pánico, estaba aterrorizada; y entonces mi antigua ama de llaves, que había entrado por otra puerta que usaba el servicio, le estampó con tanta fuerza un pesado libro en la cabeza que lo dejó sin sentido.

A Arthur le iba a salir humo de las orejas en cualquier momento, abría y cerraba los puños con rabia.

—Dime quién es, lo voy a... —Dejó de hablar al ver la cara de horror de ella.

—No, mi ama de llaves era una mujer de armas tomar, lo hizo volver en sí con un balde de agua helada, cogió el atizador de la chimenea y se lo puso en el cuello, lo amenazó con estrellarlo contra su cabeza y hacer saber a todo Londres lo sinvergüenza que era. —Al revivirlo había perdido el color de la cara, y la furia de él subía por momentos—. Él se rio de ella a pesar de la amenaza, eso la enfadó muchísimo y trasladó el atizador hacia la entrepierna de ese hombre, lo que hizo que se pusiera pálido. Entonces le dijo que si volvía a saber de él ya se podía imaginar dónde lo pincharía.

—Tuviste suerte de tenerla a tu lado.

Caroline asintió con la cabeza.

—Era como una madre para mí, la quería mucho. Me entristeció un montón cuando tuvo que marcharse por una enfermedad, el aire de Londres era perjudicial. —La pena que había vivido se podía ver en sus ojos.

Arthur la envolvió en un abrazo amoroso, acariciándole los cabellos, pasando los dedos entre las hebras sedosas, relajándola, frotándole la cabeza a la vez que disfrutaba con ese tacto. Por dentro, maldecía a ese hombre; sin embargo, no iba a preguntar, esperaría a que fuera ella quien se lo dijera.

¿Qué hacer si se enteraba del malnacido que la había atacado? Por la sangre le corrían rayos que le hacían pensar en cogerlo por el

cuello y apretar hasta quitarle el último aliento.

Capítulo 33

Mabel actuaba como si no hubiese ocurrido nada fuera de lo normal, estaba en contra de la forma de actuar del vizconde Crawford, ¿dónde se había visto que tuviera a su hija encerrada como a un animal? Y para colmo, a ella también, en cuanto se enteró de que había salido aquella tarde que fue a entregar la carta al vizconde Bellesmoke —a pesar de que no le informó de adónde había ido—. La tenía vigilada cuando iba a la cocina en busca de la comida de su hija, se había convertido en un tirano del que escaparía tan pronto como pudiera. No obstante, ahora tenía que simular que todo seguía igual, así su hija podría alejarse de él, y esperaba que cuando la hallara ya se hubiese casado con aquel joven tan amoroso y atento, con el hombre que había salvado a Caroline de las garras de algún baboso tan estúpido como su padre.

—Cordelia, esta noche tendremos a un invitado a cenar —dijo su esposo con aquel tono que en los últimos días no cambiaba, creía que por emplear esa forma de dirigirse a ella la iba a acobardar, cuando no era así en absoluto.

—¿Puedo invitar a unas amigas? —preguntó la mujer, tratando de hacer un frente común con sus compinches. Hacía días que observaba el comportamiento de su esposo y le extrañaba; de un

tiempo a esta parte se había convertido en un hombre que no reconocía. Nunca había actuado de un modo tan raro, por Dios; si tenía a Caroline, quien siempre fue la niñita de sus ojos, encerrada en su dormitorio, y todo por haber conquistado al vizconde Bellesmoke, que parecía beber los vientos por ella. Ni siquiera a ella le daba la llave de aquella habitación. Le ponía la excusa, muy acertada, de que ella dejaría salir a su hija. Se imaginaba que el hombre con quien la había comprometido debía ser de mayor rango en la clase social; si no, no lo entendía.

—Nada de amigas, que tú eres capaz de llenarme la casa como si celebrásemos una fiesta.

Ella torció el gesto contrariada.

—¿Quién va a venir? —Quiso saber ella ante el misterio.

—El prometido de Caroline.

A Cordelia le faltó el aliento un momento, no le gustaba que aquella decisión de casar a su hija la hubiese tomado él solo; ella, como madre, quería saber de quién se trataba.

—¿Y eso no es motivo de celebración? —Trató de engatusarlo como si ella estuviera de acuerdo.

—No, no lo es. —Lord Crawford frunció el ceño al decirlo, una señal inequívoca de que no le gustaba aquella decisión, entonces ¿por qué la había tomado?

Cordelia se le encaró.

—No pareces muy contento, ¿me dirás lo que está ocurriendo? —Ella lo miraba con el ceño arrugado, tratando de intimidarlo.

—¡Nada que te importe! —exclamó él con un rugido.

—En eso estás muy equivocado, lo que concierne a Caroline me importa y mucho.

—Pues de ahora en adelante no hace falta que te preocupes por ella, muy pronto va a ser una mujer casada.

Que su esposo evadiera la respuesta que ella buscaba, que no le dijera quién era el hombre que iba a desposar a su hija, la hacía sospechar que no le gustaría la respuesta, y por eso no se lo había dicho.

—Es mi hija y no permitiré que la entregues a cualquier hombre que la pueda hacer infeliz.

Ante la mirada incendiaria de Cordelia, él sacó pecho tratando de imponerse.

—Tú harás lo que yo diga, o te mandaré al campo a pasar una muy larga temporada —la amenazó su esposo, lo que a ella no le importó, encontraría la forma de ayudar a su hija; en el Hotel Wharrington había conocido a unas damas muy peculiares que estaba segura de que la ayudarían si era preciso.

***

A la hora convenida, Lewis, el mayordomo de los Crawford, anunció al vizconde Allwrigth, y lo hizo pasar al salón donde lo esperaban los señores.

Cordelia no salía de su asombro, veía a su esposo que hacía el paripé, que le sonreía al hombre, pero era una expresión tan falsa que le erizó el vello de todo el cuerpo. Por otro lado, el otro parecía satisfecho de estar allí, como el gato que se había zampado un ratón y un bol de leche al mismo tiempo, ¿qué habría ocurrido entre esos dos?, se preguntaba.

—Milady, es un placer que me hayan invitado —dijo lord Allwrigth besándole los nudillos.

Ella sabía que era un lerdo, que se creía mejor que la mismísima reina, que era un patizambo medio calvo y que tenía una voz como si hablara desde dentro de una caverna, que adulaba o insultaba

creyéndose muy gracioso, cuando lo cierto era que del poco pelo que le quedaba en la cabeza no había ni uno solo que lo fuera.

Cordelia miró a su esposo cuando pudo apartar los ojos de aquella calva, ¿es que se había vuelto loco? No había ni punto de comparación entre ese tipejo y el vizconde Bellesmoke.

—No había tenido el placer de saber que honraría nuestra casa, si lo hubiese sabido habría ordenado otro tipo de cena, me consta que le gusta mucho la casquería —lo señaló a propósito, esa parte de los animales solían comérsela la servidumbre.

—Qué divertida que es usted. —Allwrigth levantó una ceja y miró a Crawford con brillo en sus descoloridos ojos, el zopenco pensaba que la mujer lo estaba adulando, no sabía a lo que ella se refería—. Le aseguro que soy de buen comer, cualquier cosa que hayan cocinado estará bien. Pero creo que aún falta alguien para unirse a nosotros. —Le estaba recordando a Crawford que deseaba ver a su prometida.

—Lewis, manda a alguien a buscar a mi hija, dile a su doncella que la vista para la ocasión, que tiene una visita muy importante.

—Enseguida, milord. —El mayordomo le dio el recado al ama de llaves, y esta mandó a una de las sirvientas mientras inspeccionaba que la cocinera y sus ayudantes estuvieran preparando el banquete que había ordenado el señor.

Un momento más tarde, empezó un pandemonio en la mansión de los Crawford; la sirvienta bajó y dijo al ama de llaves que la señorita no estaba, y esta no la creyó. Murmurando la inutilidad de algunos sirvientes, la mujer subió y se encontró con Mabel, la doncella, y el perrito de la señorita, no había ni rastro de la chiquilla. ¿Dónde estaría? Seguro que se habría escondido, volvió a la cocina y empezó a dar órdenes para que la buscaran por toda la casa, estaba segura de que lo hizo para hacerle saber a su padre que no podía

mantenerla encerrada. Sin embargo, no la creía capaz de ir por ahí sin acompañante, era una muchacha muy inteligente y nunca había dado que hablar a nadie.

Cuando al cabo del rato se aseguró de que la chiquilla no estaba entre aquellas paredes, fue ella misma quien dio la noticia a la vizcondesa, y esta, como la sirvienta, creyó que su hija era más lista, que se había escondido en algún lugar donde no la encontrarían, aún recordaba que de pequeña le encantaba ocultarse, y se reía de lo lindo cuando no la hallaban.

Cordelia pensaba felicitar a su hija por aquella maniobra, no le importaba cómo se había enterado de que esa noche iría su pretendiente a visitarla y a sellar su compromiso, pero no le importaba. Bien por ella, por haber desaparecido en el momento más oportuno.

—Lamento decirle, lord Allwrigth, que mi hija está indispuesta, no puede recibirlo —mintió para no decirle que se había escondido.

A su esposo parecía que le iba a coger un ataque, los ojos la miraron inyectados en sangre.

—Ya estás diciéndole a Caroline que baje si no quiere que vaya yo a buscarla —amenazó Crawford con dureza.

Ella había tratado de ser diplomática para no decir delante de aquel hombre que no la hallaban; no obstante, su esposo se lo estaba poniendo difícil.

—Imposible, querido, no se encuentra... —Iba a tratar de poner una excusa, y fue interrumpida.

—¿Es que tengo que repetirlo? —Se lo veía exasperado—. Está bien, iré yo.

Crawford salió del salón y su esposa fue detrás de él sin darse cuenta de que el vizconde Allwrigth iba tras ellos. Al llegar al dormitorio de Caroline se encontraron a Mabel, sentada en una silla,

con las manos entrelazadas en el regazo.

El perro de Caroline saltó de su camita, y fue a ladrar al único que no conocía, y como vio que no le hacía caso, empezó a mordisquearle los botines.

—¡Maldito perro! —exclamó Allwrigth moviendo el pie para que lo dejara tranquilo, con la mala fortuna que golpeó al perro y este lanzó un quejido lastimoso, y fue hacia la doncella a esconderse tras sus faldas.

—¡¿Cómo puede ser que haya desaparecido?! —bramó el padre.

Al invitado parecía que le iba a salir humo de las orejas de un momento a otro.

—Crawford, eres un inútil, cuando me haya casado con ella no desaparecerá de esta forma... y te diré algo: esto hace que me replantee si la deuda queda saldada o no —soltó dando la vuelta y marchándose; era evidente que la moza necesitaba una buena zurra, que él le daría en cuanto estuviera a su alcance.

Cordelia frunció el ceño y miró a su esposo, deseando quedarse a solas con él para partirle la cabeza. ¿Había vendido a su hija por una deuda?

Capítulo 34

Arthur y Caroline hacía dos días que estaban en Arundel, y se lo pasaban muy bien: paseaban, salían a cabalgar, él la llevaba a navegar por las aguas tranquilas del río y se estaban conociendo muy deprisa.

—Vivir aquí debe ser estupendo —dijo ella una tarde que estaban en el porche, cada uno con una lectura, y la señora Alger les llevaba una limonada—. Podría acostumbrarme a esta tranquilidad.

Arthur sonrió como un demonio.

—Me encanta que digas eso. —Sus ojos le recorrieron el cuerpo como si la estuviera acariciando—. No me importaría residir en esta casa, claro que mis tías también lo hacen. ¿Te importaría?

Caroline se lo quedó mirando, ¿acaso ese hombre le estaba proponiendo quedarse allí? ¿En calidad de qué? Sí, se besaban con... ¿ardor?, ¿cariño? No sabía bien cómo definir lo suyo. Se dijeron algunas palabras tiernas que daban a entender que lo suyo era profundo, incluso Arthur la había sacado de una situación insostenible en su casa. No obstante, en ningún momento había salido la palabra «boda» de sus labios, y eso la tenía confusa.

Como en los últimos días había llegado a conocerlo, no dudó en exponerle lo que en esos momentos le daba vueltas en la cabeza.

—¿Me estás proponiendo que viva aquí? ¿Se trataría de que me convirtiera en tu mantenida?

Los ojos plateados se entrecerraron de indignación.

—No, trato de decirte que te amo y que quiero que te conviertas en mi esposa.

Aquellas palabras cayeron sobre Caroline como si de repente la hubiesen envuelto las estrellas del firmamento. En un segundo había saltado sobre Arthur y lo estaba besando con auténtica devoción.

Ambos se perdieron en aquellos besos que los estaban llevando a un mundo privado donde solo existían ellos dos. Él la rodeó con sus fuertes brazos y la abrazaba queriendo fundirse con ella. Los trinos de los pájaros cesaron, las aguas se silenciaron y solo eran conscientes de los gemidos que se les escapaban. La excitación subía como una tormenta de verano, hasta que Arthur se levantó con ella en brazos y la llevó a su dormitorio. Iba a demostrarle lo que representaba para él, lo que le hacía sentir.

Al cerrar la puerta de su habitación, se apoyó un momento en la madera, tratando de recuperar la serenidad que había perdido hacía rato. Sin embargo, no le fue posible; su Narciso empujaba contra sus pantalones deseando ser liberado y gozar de la calidez de Caroline, que se mostraba excitada y dispuesta.

Arthur se sentó en la cama y, separando su boca de la de ella, la puso de pie entre sus piernas, los ojos verdes de ella ardían y se sentía desfallecer, iba a cobijarse en el ancho pecho de él, pero Arthur no lo permitió, le dio la vuelta y se dedicó a desabrochar los botones de su vestido, besando cada porción de piel que dejaba al descubierto. Se daba cuenta de que la respiración de ella se había vuelto errática y que se removía inquieta; en cuanto Caroline se quedó en camisola, le recorrió el cuerpo con manos ansiosas, haciendo que contuviera el aliento al sentir aquellas caricias por

todas partes, y entonces la despojó de la última prenda que quedaba sobre ese cuerpo escultural.

—¡Eres tan hermosa! —susurró con voz enronquecida.

—No lo soy, tengo las caderas anchas y los pechos demasiado grandes. —Ella dijo lo que siempre había pensado, que a los hombres no les gustaba lo que ella consideraba defectos.

—Perfectos para mis manos —dijo él cubriendo aquellas cimas tentadoras, y pasando el pulgar por el pezón duro como una piedra preciosa.

Caroline contuvo el aliento al sentir aquel placer que de repente le recorrió todo el cuerpo.

—¡Ahhh...! —No pudo retener aquella exclamación.

Arthur acercó su boca hacia aquellos botoncitos y les pasó la lengua por encima, notó que a ella le fallaban las rodillas, la tomó por la cintura y la tendió en la cama.

Ella se sentía tan expuesta que trataba de cubrirse con las manos, pero no lo logró, él se las cogió y le besó los dedos uno a uno haciendo que un cosquilleo la recorriera entera. Entonces la besó con una pasión arrolladora que la hizo temblar de la cabeza a los pies, se separó y se desvistió con una rapidez que lo sorprendió hasta a él mismo. La necesidad de sentir piel contra piel era muy grande, y al acostarse al lado de Caroline y notar la calidez que ella desprendía deseó poseerla de todas las formas posibles, pero era consciente de que con ella debía ir despacio y conquistar cada rincón de su cuerpo que lo tentaba hasta la locura.

Ella se sentía tentada por la piel de Arthur, sus manos lo recorrieron acariciándolo con la yema de sus dedos, era tan excitante que no se cansaba de recorrerle los brazos, la espalda, la nuca, donde enredaba los dedos en su cabello fresco... Al hacerlo notaba una extraña sensación que se concentraba en la unión de sus

muslos, además de que parecía que la temperatura había subido. Sabía que estaban en verano, pero aquella calidez era de lo más agradable, no la bochornosa que solía haber en esa época del año.

—Cariño, podría estar la vida entera acariciando esta piel de seda —musitó él antes de pasar la lengua por la espiral de su oreja, causándole unos agradables estremecimientos.

Ella soltó un suspiro placentero.

Arthur gozaba de cada toque, notaba que ella contenía el aliento como si esperara adivinar dónde sería el siguiente, además de que sus manitas le estaban dando un placer embriagador, recorriéndolo con tiento.

Caroline se abandonó a las sensaciones que estaba sintiendo, y se sorprendió cuando él detuvo sus caricias al intentar ir más allá de su ombligo.

—¿No te gusta? —preguntó ella confundida.

—Demasiado, amor.

Aquellas dos palabras la confundieron.

—No entiendo.

—Dame un momento para que me calme —susurró Arthur cogiendo aire con fuerza para dominar su descarrilado cuerpo que estaba ardiendo, si no lo lograba haría el ridículo más impresionante de toda su vida.

Caroline lo miró sin entender; el brillo verde de sus ojos podría llevarlo al cielo mil veces.

Arthur se tumbó sobre la joven y el roce de aquella piel hizo que ella se removiera, lo que él aprovechó para colocarse bien y entrar en la muchacha muy despacio.

—¿Qué haces? —preguntó ella al notar aquella extraña sensación.

—Sh —canturreó él—. Te gustará.

Caroline clavó su mirada en él con el ceño fruncido, los ojos de ambos no se separaban mientras él avanzaba en aquel estrecho canal que le oprimía aquella parte que ansiaba perderse en aquel cuerpo, entrando una y otra vez hasta dejarse llevar por un demoledor clímax.

Al llegar a la prueba de su virginidad, apretó las muelas, no quería hacerle daño, pero sería inevitable; no quería alargar el momento por si ya la estaba lastimando, se lanzó hacia delante y traspasó aquella frágil barrera. Ella le clavó las uñas en los brazos.

—¡No me agrada! —exclamó tratando de quitárselo de encima.

—Quieta —habló él parándola con el peso de su cuerpo.

—No, no, no quiero...

—Sh, enseguida te sentirás mejor —afirmó Arthur moviéndose un poco dentro de ella, lo que hizo que recibiera una mirada sorprendida que podría haber hecho que se riera si no estuviera controlando su cuerpo desbocado y ansioso.

El baile había empezado; después de varios movimientos tentativos, ella se colgó del cuello de él y sus piernas lo rodearon por la cintura, fue un acto reflejo que le regaló un placer que la hizo suspirar de satisfacción. La molestia había remitido y se unió a él en aquel gozo que estaba sintiendo. Gemía y no se daba cuenta, lo estrujaba contra ella y no era consciente de ello, solo lo era de una sensación que se le estaba formando en todo el cuerpo como presagiando que lo que venía sería mejor. Y no se equivocaba, de repente fue como si su piel se separara de su cuerpo, una emoción abrumadora la llevó a gritar de placer.

Arthur la siguió en aquel maravilloso orgasmo; y cuando estuvo seguro de que ella había alcanzado la cima más alta, se dejó caer a su lado arrastrándola con él.

Después de unos minutos en los que tardaron en recuperar el

aliento, él la miró satisfecho, había sido una experiencia que lo llevó a tocar el cielo con las manos. Nunca una mujer lo hizo sentir tan eufórico.

—¿Cómo estás, cielo?

—¿Qué ha pasado? —balbuceó ella confusa—. Me siento rara.

—Será por el amor que sentimos —susurró él repartiendo mil besos por su bello rostro.

Los ojos de ella brillaron por la emoción que la envolvía.

Capítulo 35

En la mansión de los Crawford se estaban viviendo unos días de perros. El vizconde estaba furioso, creía que su mujer lo engañaba cuando le decía que no sabía dónde estaba su hija, y amenazaba con encerrarla también a ella en sus aposentos. Estaba convencido de que todo el mundo le mentía, empezando por Cordelia. Incluso había estado en Scotland Yard, quería que buscaran a su hija; no obstante, su tono fue tan prepotente, tan insultante, que los agentes no dieron ni un paso para encontrar a la muchacha, todos pensaron que se habría ido por voluntad propia. No les extrañaba.

—Esos vagos no van a hacer nada para encontrar a Caroline —se quejaba al llegar a su casa, cuando su esposa le preguntaba si la había encontrado.

—Como si lo viera, les has hablado como si se tratara de tu servidumbre —lo reprendía ella.

—Están a mi servicio —rugía él.

No había forma de razonar con ese hombre, pensaba Cordelia; ya se lo imaginaba dirigiéndose a los agentes como si fueran mendigos o menos que carboneros.

—Estás muy equivocado. —La mujer lo miraba sacando fuego por los ojos, no sabía nada de Caroline, y eso la tenía descompuesta

—. Tú has sido el responsable de que la niña haya desaparecido.

Lord Crawford bramaba como un loco cuando ella lo acusaba de ser responsable de ello.

—«La niña», como tú la llamas, no se ha ido sola, estoy seguro de que tú estás detrás de todo este desaguisado.

—¡Serás desgraciado! —bramaba ella sin dejarse amedrentar, estaba muy angustiada por Caroline, eso la llevaba a volverse violenta con quien consideraba el culpable, y todas las discusiones terminaban con jarrones rotos, amenazas y botellones tirados de cualquier manera.

Tratando de hallar a Caroline, Cordelia había visitado a todas sus amistades para que la ayudaran a encontrarla. Ese día había ido a casa de sus amigas, Constance y Lilia, y ellas se miraron al escuchar que Caroline había desaparecido.

—¿Desde cuándo? —preguntó Lilia.

—No lo sé exactamente, su doncella no nos informó —se lamentaba la mujer—, y cuando lo dijo, mi esposo se puso hecho un basilisco, y ella cogió sus cosas y se marchó, no tuve tiempo de interrogarla. —Las dos hermanas se lanzaban unas miradas de lo más delatoras—. Veo que estáis cavilando en algo, ¿de qué se trata? —Cordelia no tenía un pelo de tonta, y conocía bien a sus amigas.

Constance y Lilia asintieron con la cabeza, sabían que las dos habían pensado lo mismo.

—Hace unos días que no vemos a Arthur —confesó Lilia.

Cordelia contuvo el aliento, ¿sería posible que él se la hubiese llevado? ¿Dónde?

—¿En qué lugar creéis que puede estar? ¿Se la habrá llevado a Gretna Green? —A Cordelia no le importaba demasiado que lo hubiese hecho; sí, irían en boca de todos, pero por lo menos estaría casada, y fuera de las garras de aquel hombre con quien la quería

unir el vizconde.

Constance arrugó la frente, era muy consciente de que su sobrino no tenía ni un pelo de tonto, seguro que habría pensado en la posibilidad de que el padre saliera corriendo detrás de ellos y que se dirigiera a Escocia para impedir aquella boda. Imaginó dónde podría hallarlos.

—Jum, jum... —Tosió al írsele la saliva por el otro lado.

—¿Qué piensas, Constance? —Lilia veía en los ojos de su hermana que podía saber dónde encontrarlos. No había motivo para no compartirlo con Cordelia, después de todo habían conspirado para juntar a Caroline con Arthur.

—Que pueden estar en Arundel, seguro que nuestro sobrino pensó que si lo seguían, irían a Escocia, y debía tomar el camino hacia el lado contrario.

Cordelia y Lilia clavaron sus miradas en ella, esa vena conspiradora que parecía compartir con Arthur nunca la había sacado.

—Pues estamos tardando en ir allí, por lo menos serviremos de carabinas. —Lilia parecía entusiasmada con la idea, sus deseos se habían hecho realidad sin que tuvieran que intervenir.

Constance se levantó y se alejó apresurada del salón, le pidió a Harrison, el mayordomo, que prepararan el carruaje de inmediato, que iban a salir. Cuando pensaron que Cordelia volvería a su casa, esta les dijo que de eso nada, que las acompañaba.

***

El viaje hasta Arundel se les hizo eterno; y al fin, cuando llegaron, vieron que la pareja estaba paseando por el bosque cogidos de la mano. A Cordelia un gran peso le abandonó la espalda que había

tenido en tensión esperando que su amiga tuviera razón, y así había sido.

—Caroline —llamó a su hija sin ninguna discreción, sin imaginar que su esposo, que no confiaba en ella, la había estado siguiendo los últimos días, y esa había sido una revelación de que ella sabía dónde encontrar a su díscola hija.

Caroline corrió hacia su madre con una gran sonrisa, se alegraba de verla allí, quería compartir con ella los sentimientos que había descubierto. No obstante, antes de llegar hasta ella, una voz muy conocida por ambas rompió la alegría que las embargaba.

—¡Por los cuernos retorcidos del demonio! —exclamó lord Crawford—. Sabía que estabas al corriente de dónde encontrar a esta perdida —insultó a su hija.

Todas las miradas se giraron hacia la procedencia de la voz, y la expresión del hombre era tan amenazadora que Arthur corrió hasta ponerse delante de Caroline, la defendería del mismísimo diablo.

—Le advierto que no trate así a ninguna de estas damas —proclamó Arthur.

—Las trataré como me dé la gana —vociferó Crawford.

—No en mi propiedad, o se comporta o haré que lo echen.

Crawford no había bajado de su caballo, se les acercó con una mirada de asco, descendió de su montura y se encaró a Bellesmoke.

—Tú no harás nada de eso, no voy a quedarme aquí, ahora mismo vuelvo a Londres y me llevó a estas dos rameras conmigo —habló con desprecio señalando a Cordelia y a Caroline.

—Ni lo sueñe, voy a casarme con su hija.

Crawford soltó una risa cascada.

—¿Eso es lo que te ha dicho esta casquivana?

—Le he dicho que no ose insultar a la que será mi esposa, no lo repetiré. —Arthur no deseaba que Caroline se inquietara por la

reacción de su tirano padre.

El hombre, con una agilidad que sorprendió a todas las mujeres, cogió una rama del costado del camino y la descargó sobre la cabeza de Arthur, haciéndolo caer despatarrado y dejándolo medio aturdido.

—Serás estúpido, mi hija te utilizó, ella ya sabía que estaba prometida con otro hombre. —Caroline iba a protestar, y su padre le dio tal pellizco que le sacó lágrimas—. Y tú y yo ya hablaremos cuando lleguemos a casa —lo dijo mirando a Cordelia, que estaba tan sorprendida como todas las demás de verlo allí—. Subid las dos al carruaje, estoy seguro de que a Bellesmoke no le importará que lo usemos para volver a casa.

Arthur iba a levantarse para impedirlo, pero todo le daba vueltas, el mundo se había torcido.

Constance y Lilia se habían quedado sin habla por la llegada repentina de ese hombre y el ataque a su sobrino, ¿es que no se daba cuenta de que si hablaban, la reputación de Caroline estaría bajo el suelo y ese supuesto pretendiente no la querría?

Capítulo 36

Al perder de vista el carruaje con los Crawford, el corazón de Arthur se fue apagando al sentir cada vez más lejos a Caroline; y no solo eso, sino que no sabía lo que le podría hacer su padre que, como ella muy bien le había expuesto, había enloquecido hasta límites insospechados. Él no se preocupó por las palabras que le había escupido el vizconde, todo lo contrario, lo único que consiguieron fue reafirmar sus sentimientos por ella y que su alma clamase salvaje su necesidad de tenerla cerca.

Al volver la mirada se tropezó con sus tías, cuyos rostros se habían encogido por el enfado, la vergüenza y el malestar general que la situación les había provocado.

—No digan nada —les pidió.

—¿Tú eres tonto? —lo regañó Lilia a la vez que le arreaba un golpe con el abanico cuando él logró levantarse.

—Es lerdo —respondió Constance, dándole con su abanico en el otro hombro.

—El Altísimo te ha dado una buena sesera; por favor, Arthur, ponla a funcionar, ¿cómo se te ocurrió escapar con Caroline? —Lilia le dio dos golpes más sin importarle estropearlo.

—La tenía retenida en su cuarto —explicó él.

Constance, antes de hablar, le dio con su abanico en el brazo.

—No me creo que te hayas convertido en un caballero de reluciente armadura que va por ahí salvando a damiselas en apuros.

—Solo lo hago con Caroline —expuso él.

—Me da igual, pero lo has hecho fatal, muchacho. —Arthur recibió otro golpe en el hombro—. No puedes sacar a una dama casadera de su casa sin perjudicarla, aunque hubo suerte de que no llegase a oídos de nadie, porque sería un verdadero escándalo, ¿es que no sabes utilizar esta máquina? —Le arreó un buen golpe en la testa.

—¡Au! Duele —protestó, llevándose una mano a la cabeza; primero el garrotazo, luego sus tías, vaya con ellas.

—¡Más debería dolerte por mentecato! —le reprochó tía Lilia, que le dio en las nalgas.

—¡Tía! —A Arthur no le llegaban las manos para frotarse allí donde le dolía.

—Ni tía ni ocho cuartos, deberías ponerte a pensar, ¿cómo se te ocurrió? —Le echó en cara la tía Lilia.

—Quería estar con ella. —Volvió a dar la misma explicación.

—Eso no vale y te hace quedar peor —bufó la tía Lilia.

—Al menos deberías tener una excusa mejor —arremetió la tía Constance.

—¿Y no es suficiente el amor que le profeso a esa mujer? —Se quería defender él, aunque no sabía cómo.

—A veces el amor no es la explicación a tonturas tan monumentales como la que has hecho, Arthur —lo riñó Constance—. Que estas cosas las hagas con tu esposa o que sigas los dictados del corazón una vez casado me parece perfecto, pero ¿esto? —Le puso el abanico en la frente como si le fuera a disparar con él—. ¡Esto es de locos!

—¡Has perdido el oremus! —La tía Lilia le volvió a dar en el brazo con el abanico.

—Móntate en tu caballo ya, ¿me oyes? —le ordenó Constance.

—Pero...

—Ni pero, ni pera, ni peros; vas de vuelta a Londres o te aseguro que te clavo el abanico en la cabeza y sé que no querrás probar su poder —lo amenazó Constance.

—No soy un niño pequeño —recriminó él la manera en la que sus tías lo estaban tratando.

—Pues compórtate como el cabeza y heredero de la familia Bellesmoke —le reprochó la tía Lilia.

Aquel viaje iba a ser muy largo, parecía que tenía todas las campanas de la iglesia dentro de su cabeza; sin embargo, lo que más anhelaba era volver a tener a Caroline entre sus brazos.

***

En cuanto el carruaje se puso en marcha, Caroline miró a su padre con odio, iba a hablar, pero su madre le tomó la mano y se la apretó, era su forma de decirle que callara, la miró y esta le hizo un leve gesto para que lo hiciera. Ella sentía un nudo tan gordo en la garganta que casi le impedía respirar; cuando vio a Arthur caído y desorientado quiso aullar, su padre le vio las intenciones y la pellizcó tan fuerte que se tragó el grito para no darle el gusto.

No obstante, en esos momentos y sabiéndose a cada instante más lejos de su amor, se le estaba rompiendo el corazón, y no pudo contener las lágrimas, que empezaron a rodarle por las mejillas. Arthur pensaría que lo había utilizado como le había asegurado su padre, la creería una mentirosa, una farsante que había fingido aquellos sentimientos que él había despertado, y su alma se estaba

partiendo en mil pedazos.

—Eso, tú llora, no creas que te vas a librar de una buena paliza cuando lleguemos a casa —la amenazó el padre.

—Ni se te ocurra ponerle una mano encima a la niña —advirtió Cordelia con cara de pocos amigos.

—Tú cállate, también me has engañado, has sabido en todo momento dónde estaba. También recibirás lo tuyo —advirtió el vizconde.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Caroline al escuchar que su padre pretendía castigar a su madre.

—Callaros las dos, sois un par de prostitutas —las insultó el padre—. Y si Allwrigth aún te quiere, te casarás mañana mismo.

—No lo voy a hacer —afirmó Caroline sintiendo que se ahogaba.

Crawford le dio una bofetada, dejándole los dedos marcados en su aterciopelada piel.

—Harás lo que se te diga, aunque sea lo último que haga en esta vida.

—Pues muérete antes de casarla con aquel lerdo que trajiste a casa —señaló Cordelia, no sabía cómo lo haría, pero estaba dispuesta a todo por Caroline, ya estaba harta de las intrigas de su esposo.

¿Qué era lo que se traía entre manos con ese vizconde idiota?

Capítulo 37

Al llegar a su casa, Crawford cogió a Caroline del brazo haciéndole daño, pero ella no se quejó, era consciente de que era lo que él esperaba al agarrarla de ese modo. Al llegar a su dormitorio, la soltó como aquel que se desprende de una prenda apestosa.

—¿Dónde está Mabel? —Quiso saber ella al extrañarse porque no hubiese salido a recibirla.

—Esa golfa que te cubrió las espaldas se fue en cuanto descubrimos que no estabas aquí.

Ella recordó la promesa de Arthur de que la emplearía en cuanto volvieran; no obstante, todo se había estropeado, su padre se volvió loco al encontrarla con él. Se preguntaba si lo habría dejado malparado con aquel garrotazo, y sintió que sus entrañas se contraían por la preocupación.

—Quiero ver a mamá. —Ella se iba a encoger ante aquellos exabruptos de su padre. Si quería que la respetara, que la escuchara, debía mostrarse firme, aunque por dentro temblase como una hoja.

—¿Crees que soy idiota? Ya me he dado cuenta de que no le ha molestado en absoluto encontrarte con ese hombre, seguro que te ayudó a planear tu fuga. ¿Qué pretendíais, cazar a Bellesmoke?

Quítatelo de la cabeza, yo ya tengo al candidato perfecto.

¿Es que su padre se había vuelto loco? ¿Cómo habría podido hacerlo su madre si las había mantenido separadas? Definitivamente, la cabeza no le funcionaba, ¿qué habría ocurrido?

Al pensar en eso, su mente se distrajo y fue consciente de ello en cuanto escuchó que la llave rodaba en la cerradura, como si le estuviera marcando una sentencia condenatoria. Fue atravesada por un estremecimiento que la recorrió de arriba abajo, dejándola helada hasta la médula de los huesos.

Dos días más tarde, Caroline estaba desesperada, sabía que su amor por Arthur era lo mejor que había vivido en la vida, lo amaba. Lo echaba de menos, deseaba estar con él, sentir aquellas maravillosas sensaciones que él le había despertado. El corazón se le encogió al recordar el garrotazo que le había arreado su padre. ¿Cómo se sentiría? Tenía la imperiosa necesidad de saber; sin embargo, estaba encerrada, prisionera en su propia casa, y empezaba a desesperarse. Aparte de que, bajo la vigilancia de su padre, los criados no le dirigían la palabra, supuso que los tendría amenazados, y todo ello junto hacía que se sintiera deprimida.

Se pasaba las horas detrás de la ventana, o sentada en el sillón sin leer, no le apetecía hacer nada, en esos momentos se daba cuenta de lo valiosa que era la libertad. De lo maravilloso que se lo pasó en Arundel con él, gozando de la espontaneidad de ambos.

Su padre se encargaba él mismo de abrir la puerta con la única llave cada vez que las sirvientas le llevaban la comida, y la miraba como si fuera una apestada.

—Tendría que darte una paliza —vociferó en una ocasión que ella escuchó la vuelta del cerrojo—. Me estás dando muchos quebraderos de cabeza. No voy a consentir más tonterías. —Por el tono empleado ella se iba encogiendo con cada palabra.

—Yo no...

—Cállate —bramó sin querer escucharla.

—Quiero ver a mamá.

Los días que siguieron había ocurrido lo mismo, su padre estaba de un humor de perros y trataba de lastimarla con sus amenazas cada vez que sus ojos se posaban en ella.

El anterior fue incluso más cruel.

—Hoy me he encontrado con Allwrigth —rugió con los ojos llameantes—. Él, que estaba tan ansioso de desposarte, ya no lo desea, me ha echado en cara que durante tu ausencia seguro que te habrás acostado con todo bicho viviente.

Caroline contuvo el aliento, poniéndose las manos en la garganta; si reconocía que había yacido con Arthur seguro que recibiría esa paliza que su padre estaba deseando darle.

—¿Allwrigth? ¿El vizconde Allwrigth? —Ella conocía a ese hombre, había bailado con él en más de una ocasión, pero no se casaría con ese individuo ni que estuviera forrado de oro, solo de pensarlo la recorrió un escalofrío—. ¿Dónde está mamá? Quiero verla, necesito hablar con ella —susurró para no ofenderlo.

—Lo que tengas que decirle a ella me lo comentas a mí, yo decidiré si es importante que ella lo sepa o no.

—¡No puedes hacer eso! —exclamó.

Una carcajada cascada salió de la boca de ese hombre que siempre la había tratado muy bien y en esos momentos se había convertido en un completo desconocido.

—Lo estoy haciendo, con tu fuga torciste mis planes. Pues convéncete, cuando salgas de esta casa lo harás casada o no saldrás.

—Ah... —Caroline vio un futuro muy negro que se cernía sobre su cabeza.

—Reza para que Allwrigth cambie de parecer.

Ella no podía creer que la hubiese prometido con aquel hombre, era lerdo, calvo y desagradable, antes de casarse con él prefería quedarse solterona, pero... no se trataba de eso, estaba enamorada de Arthur. Cuando la puerta volvió a cerrarse, empezó a barruntar qué podía hacer. En ese mismo momento se le ocurrió que debía pedir ayuda a su enamorado, era el único que podía sacarla de aquel apuro; y si lo que pasó en Arundel había significado para él lo mismo que para ella, correría a llevársela de nuevo. Sin embargo, esta vez debían ser más cautelosos e irse más lejos. Fugarse para siempre, ¿estaría él dispuesto a hacer eso por el amor que se profesaban? Era lo único que se le ocurría.

Cogió papel de un cajón de su mesita de noche y escribió una nota, la pondría debajo de los platos, con la esperanza de que alguien del servicio quisiera ayudarla haciéndosela llegar a Arthur.

Capítulo 38

«Mi hija te utilizó, ella ya sabía con quién estaba prometida».

Aquella frase lo mortificaba, le arrancaba el poco aliento que le quedaba en su cuerpo, le mazaba a puñetazos el corazón, y el alma la tenía tan hecha trizas que ya ni la sentía.

Estaba en la Tierra por estar.

Toda aquella situación lo estaba volviendo loco, y además de verdad.

La mujer a la que amaba y por la que había llevado a cabo una locura como había sido fingir un rapto lo habría atrapado en una engañifa solo para no vivir la vida que le había tocado, mientras que él se había quedado sin nada. Ella, pues no quería decir su nombre debido a que lo asqueaba, con su dulzura, con su historia lo envolvió en una red de araña para extraer de él lo que requería: escapar del yugo paterno. ¿Dónde empezaba la verdad y terminaba la mentira? ¿Dónde empezaba la mentira y terminaba la verdad? Eran preguntas casi gemelas a las que no le podía dar una respuesta, eran amargas respuestas para amargas preguntas. Se sentía vilipendiado, un tonto que había caído en las garras del amor a la primera de cambio con la mujer inadecuada.

«Mi hija te utilizó, ella ya sabía con quién estaba prometida».

Por si eso no fuera poco, por si sus lágrimas de rabia, impotencia y un dolor casi sobrenatural que lo dejaba más yermo de lo que estaba el pecho no fuera suficiente, había recibido varias cartas de ella. Estaba claro que lo tenía por un idiota, un estúpido que bebía por ella los vientos sin percatarse de que la respuesta que se merecía era el silencio, ya que si escribía o hablaba soltaría sapos y culebras. Prefería no gastar las pocas fuerzas que tenía.

Él siempre se había tenido por un hombre racional y frío, que anteponía la lógica a los sentimientos; para su fatalidad estaba descubriendo que, cuando de amor se trataba, se perdía la lógica de pensar, la razón para mantener la mente fría y barruntar con claridad.

A lo que no estaba acostumbrado era al embuste, a sus devastadoras consecuencias y a perder lo mejor de sí mismo.

No estaba avezado a saborear las hieles del amor.

Aquella noche, sin aguantarlo más, comenzó a beber whisky para no pensar, y antes de la cena la mente se le había nublado con el alcohol, lo que había agradecido, así el dolor del alma y del corazón apenas los sentía. Gracias a eso podía respirar de otro modo, sin percibir esa sensación de que el aire no le llegaba a los pulmones.

Por una vez en la vida prefería estar borracho que no cuerdo, ya que la realidad era dura de asumir, cuando recordaba las palabras de un encolerizado vizconde Crawford. ¿Y ese había sido amigo de su padre? ¿Con qué tipo de gente se relacionaba? ¿Alguna vez le había hablado así de mal?

—Arthur, querido, ¿estás bien? —Se interesó la tía Lilia.

—Muy bien. —Arrastró las palabras antes de hipar.

—Has bebido demasiado —apuntó la tía Constance.

—Vosotras también bebéis —les encasquetó.

—Sí, pero no hasta perder el conocimiento —le contestó la tía Constance.

Él las señaló con el dedo índice al separarlo del vaso.

—Es lo que pretendo. —Asintió con la cabeza.

—No estás bien desde que volvimos de Arundel —aseguró la tía Lilia—. Estás encerrado en todos los aspectos.

—No me apetece ver a nadie, quiero estar solo —las informó lo más rápido que pudo y, como notó sequedad en la boca, volvió a beber.

—El whisky no es la solución —apostilló la tía Constance.

—Todas sabemos lo que pasó, y debes reconocer que el vizconde Crawford tenía toda la razón del mundo al estar furioso. ¿Qué pensabas cuando te llevaste a Caroline? ¿Por qué no hablaste con su padre en lugar de marcharte con ella a escondidas? ¿Qué pretendías? ¿Acaso temías que ella no te aceptara? —La suavidad con la que formuló la pregunta la tía Lilia consiguió que Arthur la mirase con ojos acuosos.

Los cerró para contenerse y ganar tiempo para darle otra respuesta que no fuera la verdad.

—Por lo que vimos, ella estaba muy contenta a tu lado. Imagino que lo que esperaba el vizconde Crawford era que fueras y le pidieras la mano de su hija —terció la tía Constance—. ¿O no pretendes hacer de ella una mujer honrada? Sé que eres muy consciente de cómo van estas cosas, hay que ir paso a paso, eso ya lo sabes, como cualquier hombre que se vista por los pies.

Arthur se estaba exasperando, ¿es que sus tías no habían escuchado lo mismo que él? Lo que él ya sabía y lo que por lo visto ellas habían olvidado era lo que le retorcía las entrañas y le rompía el corazón. «¡Saber!», se repitió en la mente.

—Lo que todo el mundo ya debe saber, Caroline está prometida a otro hombre —soltó lo que se suponía que ellas también conocían, y bostezó—. Por eso me la llevé a Arundel, para alejarla de su futuro; lo que no sabía era que de esto ella ya estaba al tanto y me utilizó para ser libre, haciéndome creer lo que no era, para tenerme asegurado de que cumpliría con todas sus demandas. —De súbito le entraron ganas de dormir—. Pero la realidad era que estaba al tanto desde hacía mucho de los deseos de su padre, solo requería del tonto de Londres para llevarle la contraria a este y vivir lo que sabía que no podría. —Los ojos se le iban cerrando por momentos y no era ni consciente de lo que soltaba por la boca—. Me engañó con falsas promesas, historias y emociones, me engatusó, pero al final descubrí la verdad: «Te utilizó, ella ya sabía con quién estaba prometida». Tenía razón, él tenía razón.

—¿Quién tiene razón, Arthur? —Quiso saber la tía Lilia.

No obstante, Arthur apoyó la cabeza en el reposabrazos del sofá.

—Esa advertencia me abrió los ojos —bostezó haciendo ruido—, me abrió los ojos, el único enamorado de los dos era yo. Buenas noches.

***

Constance y Lilia se miraron anonadadas, y cuando se dieron cuenta, su sobrino había caído en un profundo sueño.

—¿Se ha referido al vizconde? —inquirió Lilia.

—No lo puedo afirmar con seguridad, hermana.

—Tampoco yo.

—El alcohol hace estragos —chasqueó la lengua Constance—. Pero en el fondo creo que sí hizo referencia a Crawford y a esa conversación en la que este pobre muchacho quedó hecho polvo. —

Tras mirar a Arthur, dirigió sus ojos hacia su hermana, cuyo rostro estaba entristecido—. No me gusta ver a nuestro sobrino tan derrotado.

—A mí tampoco.

Constance se sentó a la mesa y luego de un rato lo hizo Lilia. Cada una sumida en sus pensamientos, permanecieron en silencio largo rato, mientras los ronquidos de Arthur iban en aumento por momentos. Ninguna de las dos se atrevió a moverlo, era mejor que durmiera, mientras lo hacía no sufriría ni le dolería el corazón ante ese desplante y el desamor que estaba viviendo.

—Hay que hablar con Cordelia —expuso Lilia con firmeza.

—¿Y qué crees que nos va a decir? —Constance abrió las aletas de la nariz, no aguantaba esa situación—. Nos dirá que no sabe nada.

—Constance, no digas tonterías, ¿cómo no lo va a saber? No la tomemos por una mentecata que vive ajena a lo que se cuece en su casa.

—No va a defender a Arthur.

—Si no probamos no lo sabremos. —Lilia no quería ser pesimista —. Además, ella también estaba de acuerdo en juntarlos. No entiendo lo que ha pasado.

—Esto lo dejo en tus manos, cómo tú veas; si quieres escribirle, hazlo.

—No se puede ser tan derrotista. —Lilia se levantó y fue hacia el mueble.

—No lo soy, pero no creo que ella tenga la solución o las respuestas a nada.

Lilia, mientras oía a su hermana, abrió el cajón donde guardaban los legajos de papel con los que escribían las cartas. Al moverlos, apareció debajo de todos ellos otro emborronado con tachones,

manchas, y lo peor era que no reconocía la letra. Lo revisó todo y no sabía qué era eso, cuando lo giró abrió los ojos como los de un sapo, aquellas frases sí las reconocía, ¡por supuesto! Y lo peor era que iba firmado por Constance, Blanche, Rebecca y ella misma.

—Constance. —Su hermana seguía protestando por el poco papel que podía tener Cordelia para solucionar la situación entre Arthur y Caroline—. ¡Constance! —exclamó alzando la voz, lo que provocó que Arthur se removiera.

—¿Qué?

—Hay un problema. —Se acercó con paso tembloroso a su hermana—. Mira esto.

Constance lo hizo con ojos rápidos, y de seguido la sangre le dejó de correr por el cuerpo.

—¡Ay, ay, ay! ¿Dónde estaba esto? —Su voz sonó muy aguda.

—En el cajón. —Se lo señaló.

—¡Ay! —Constance respiró con agitación—. No puede ser, esto... —Miró horrorizada a su hermana.

—Lo hemos hecho nosotras, salió de aquí, Constance...

—Ya sabía que ustedes estaban metidas en este embrollo —las acusó Arthur profundamente dormido y girándose hacia el otro lado del sofá.

Las dos se quedaron de una pieza.

Capítulo 39

Constance y Lilia estaban anonadadas, no recordaban haber escrito aquello, y en esos momentos se daban cuenta de las repercusiones que había tenido en la sociedad londinense. Se sentaron en la mesita donde redactaban su correspondencia, y se miraban la una a la otra tratando de encontrar respuestas.

—Vamos a ver, este papel está firmado por Rebecca y Blanche también, o sea que estaban con nosotras cuando lo hicimos. —Lilia trataba de recordar la última vez que se habían reunido con sus amigas en aquella misma estancia.

Constance veía a su hermana devanándose los sesos, se levantó y fue hacia la puerta del salón. Al abrirla, Carpenter se giró hacia ella, y un recuerdo la asaltó como si se tratase de un sueño de aquella misma noche.

—Carpenter, querido, ¿te suena este papel?

El hombre se mordió la mejilla por dentro, recordaba esa noche muy bien, las damas y sus amigas terminaron muy perjudicadas, y fue muy gracioso.

—Desde luego, querida. —Lo dijo a propósito para que se acordara de cómo la había llamado, y dio resultado.

Constance lo miró con los ojos muy abiertos al recordar de

repente, se le hizo la luz con aquella palabra inapropiada para dirigirse a su señora.

Carpenter le dijo el día exacto, y Lilia, que lo escuchaba, buscó entre los periódicos que tenían apilados a un lado de la chimenea y, al hallarlo, lo desplegó buscando...

La boca se le abrió sola al ver que estaba publicado aquel anuncio donde se buscaba esposa para un vizconde insoportable, se puso la mano delante de la boca ya que reparó en lo que habían hecho. Su hermana y el mayordomo, que la miraban, se dieron cuenta de su bochorno; uno ya sabía lo que estaba mirando, y la otra había recordado.

Carpenter, con el cual tenían mucha confianza, trabajaba en la mansión desde hacía muchos años, tenía que hacer verdaderos esfuerzos para no reírse.

—¿Qué es tan gracioso? —preguntó Constance apretando las muelas.

—La verdad es que las señoras se lo pasaron muy bien esa noche.

—Me gustaría saber qué pasó —interrogó Lilia.

—Gracias, Carpenter, yo me ocupo de mi hermana. —Lo despachó Constance, y pudo ver que él apretaba los labios para no soltar una carcajada.

Al quedar a solas, Constance empezó a pasearse por el salón.

—Estate quieta, me estás mareando —se quejó Lilia—. Siéntate y dime qué ocurrió.

Constance se tapó la cara con las dos manos, en ese momento se sentía avergonzada y solo pensaba en las posibilidades de que alguien se enterara de que habían sido ellas; tendrían que marcharse de Londres y no volver nunca jamás.

Al contarle lo sucedido a Lilia, esta iba perdiendo el color de la

cara, temiendo lo mismo que su hermana.

—¿Tú crees que Blanche y Rebecca se acordarán de eso? —preguntó al terminar de escuchar a Constance.

—Lo dudo, ya lo habrían dicho cuando hubo fuga de vizcondes de la ciudad.

—Tienes razón. —Lilia hacía una mueca de contrariedad al hablar.

—Y será mejor que no se acuerden nunca, no vaya a ser que...

—Tranquila, no creo que les interese que nadie sepa que ellas también estaban con nosotras ese día —razonó.

—¿Te sientes tan avergonzada como yo? —Constance estaba enfadada consigo misma, miraba a su sobrino, que dormía a pierna suelta en el sofá, y se sentía mal. Ellas habían planeado casarlo, y cuando encontró a la mujer que le robó el corazón, se lo había roto. ¡¡¡QUÉ INJUSTA ERA LA VIDA!!!

Capítulo 40

A la mañana siguiente, Cordelia fue a visitar a Constance y a Lilia; sus amigas la recibieron con interés, deseaban saber lo ocurrido ese día en Arundel, no lo entendían. Lo más lógico hubiese sido que obligaran a Arthur a casarse con Caroline, pero no había sido así. Además, no habían escuchado que se anunciara la boda de ningún noble con la hija de los Crawford. Ahí había algún misterio que deseaban desentrañar.

—¿Cómo está Caroline? —preguntó Lilia, deseando saber si estaba tan mal como Arthur.

—Pues, amiga, no lo sé. —A Cordelia se la notaba desmejorada desde el último día que la vieron—. Mi esposo no me la deja ver, piensa que yo la ayudé la otra vez y la tiene encerrada en su dormitorio para que no vuelva a escaparse.

—¡¿Y tú lo consientes?! —exclamó Constance con el ceño muy fruncido.

—Desde hace algún tiempo que me da miedo, está chiflado, temo que haga una locura. —La congoja de la mujer las sorprendió, además de lo que les había dicho, que las dejó con la boca abierta —. Temo por ella, por eso no lo provoco, no me puedo acercar a Caroline porque él ha puesto al mayordomo a vigilar su puerta, y la

llave la lleva siempre encima.

—¿No crees que estás exagerando? —Lilia no terminaba de asimilar que ese hombre hubiese enloquecido.

—No, no, de ninguna forma. Mi casa es un infierno. Casi que prefiero que tenga a Caroline encerrada; si la muchacha le lleva la contraria, no sé de lo que sería capaz —explicó sin ocultar el miedo que estaba sufriendo.

—Pero no puedes estar segura de que esté bien —señaló Constance indignada.

—Sí, se lo pregunto a la servidumbre, por ellos me entero de cómo está.

—¿Y? —insistió Lilia.

—Esta mañana me ha dicho la muchacha que está deprimida. —Constance y Lilia se miraron—. ¿A qué viene esa expresión? —Quiso saber Cordelia.

—A que nuestro sobrino no está mucho mejor, y todo por culpa de tu hija.

Cordelia puso mala cara al escuchar aquella acusación contra Caroline.

—Mi hija solo tiene la culpa de tener el padre que tiene, y esa misma condición me la puedo aplicar a mí, que soy quien se casó con él —defendió a su hija—. ¿Qué le pasa a Arthur?

—Que tu hija lo engañó, le hizo creer que lo amaba, y... —Lilia que era la más romántica, estaba acongojada por su sobrino al verlo tan hecho polvo.

Cordelia abrió los ojos como platos, sabía muy bien que Caroline jamás haría eso. Aparte de que antes de que llegara su esposo a Arundel, había visto en sus ojos la felicidad que la embargaba.

—Eso no es cierto —la defendió.

—¿No es verdad que está prometida a otro hombre? —

Constance no creía que su amiga las estuviese engañando, quería llegar al fondo del asunto.

—Uf. —Cordelia resopló—. Todo eso es un lío del idiota de mi esposo, comprometió a Caroline por deudas; el vizconde Allwrigth le prestó dinero y le exigió la mano de nuestra hija como pago, pero ella no sabía nada. Ni siquiera sabe de quién se trata.

Las dos hermanas no daban crédito a lo que estaban escuchando, empezaban a creer que sí, ese hombre se había vuelto loco.

—¡¿Por una deuda? ¿Es que tu esposo ha perdido la sesera?! —exclamó una malhumorada Constance.

—Lo que ha perdido es toda su fortuna, está arruinado y eso lo ha vuelto tarumba. —Cordelia estaba indignada por ese hecho, no entendía cómo su capital había desaparecido.

Sus amigas la miraban sin comprender los líos en los que se habría metido.

—No podemos consentir que haga ninguna locura —afirmó Lilia.

—Tenemos que sacar a esta muchacha de tu casa. —La secundó Constance.

Cordelia afirmaba con la cabeza, con los ojos húmedos al encontrar ayuda donde menos esperaba; después de todo, por lo que le decían, el vizconde Bellesmoke había creído lo dicho por su esposo.

—Entonces... ¿de verdad me ayudaréis?

Ambas hermanas asintieron con la cabeza.

—¿Acaso lo dudabas? —Lilia estaba muy inquieta, conocía a ese vizconde y nunca le había causado buena sensación, tenía una mirada y una sonrisa muy falsas, era como si siempre se estuviera burlando de los demás—. El vizconde Allwrigth —nombró moviendo la cabeza.

Ambas hermanas, sin saberlo, estaban planeando lo mismo.

—Vete a tu casa, cuida que tu esposo no la entregue a ese idiota, nosotras vamos a mover algunos hilos. —Constance tenía prisa por ponerse manos a la obra para liberar a aquella chiquilla. Además, se le aceleraba el corazón solo de pensar en recuperar a su sobrino, a ese que criaron, al que se burlaba de su sombra y era feliz cuando estaba bien. La alegría de él era la de ellas.

Cordelia, al hallar el apoyo de sus amigas, se propuso no quedarse con los brazos cruzados, sino que participaría en darle una lección a ese hombre con el que se había casado y que ahora se daba cuenta de que había sido una mala elección. Iba a liberar a su hija, ya estaba harta de ser una madre pasiva ante las idioteces de él; por lo visto se había gastado toda la fortuna de la que habían gozado haciendo negocios con Bellesmoke padre, además de la sustanciosa riqueza que había heredado del antiguo vizconde. ¡¡¡NO IBA A CONSENTIRLO!!! Suerte que su madre le había advertido de los cambios de algunos hombres, de sus derroches, y le aconsejó que no le dejara meter la mano en una pequeña fortuna que había ido pasando de madres a hijas con esas advertencias. Pensó que había llegado el momento de usar aquel dinero para alejarse de su insensato marido.

Cordelia negaba con la cabeza ante las palabras de su amiga, había encontrado ayuda y no iba a desaprovecharla. Ya pensaría en qué podía hacer.

Constance y Lilia habían pensado en pedirle ayuda a Nick, el esposo de su sobrina Aileen; al ser duque, tenía los tentáculos muy largos y conocía a las personas indicadas. Seguro que a él se le ocurriría la forma de parar aquella locura.

Al salir Cordelia de la casa, pidieron a Carpenter que preparara el carruaje y fueron hacia la residencia de la melliza. Esta estuvo muy

contenta de verlas; sin embargo, cuando le contaron el motivo por el que estaban allí, se le agrió el carácter. Se enfureció y soltó algunas majaderías por la boca.

—¡A ese hombre hay que encerrarlo en Bedlam!

Quiso el destino que su esposo llegara en ese instante.

—¿A quién quieres encerrar en el sanatorio, cariño? ¿Qué te han hecho? ¿A quién me tengo que enfrentar? —Hizo todas las preguntas sin reparar en la presencia de las tías de ella, como si estuviera bromeando. Al verlas las saludó con su cortesía habitual, y entonces escuchó a su esposa:

—A Crawford —vociferó Aileen, y pasó a contarle lo que estaba ocurriendo.

A medida que iba oyendo lo que le describían, Nick fruncía el ceño; había escuchado algunos chismes, pero ninguno como aquello que le estaban diciendo. Cuando callaron, les prometió que se ocuparía del asunto; ellas querían saber qué haría, pero él no soltó prenda.

—Confíen en mí —dijo saliendo y dejando a las damas sorprendidas.

—No os preocupéis, tías, cuando habla en ese tono es que lo va a solucionar.

—Me gustaría saber cómo. —Lilia era curiosa por naturaleza.

—Cuando le pregunto alguna cosa que no quiere compartir, me contesta que mejor no me lo dice, para no inquietarme. —Se notaba a la legua que Aileen había aprendido a confiar ciegamente en su esposo.

Entonces se dedicó a preguntar a sus tías por el estado de su hermano; y a pesar de la tristeza que sufría en esos momentos, se alegraban de que hubiese encontrado a una mujer a la que poder entregar su corazón.

—No sé si es demasiado pronto para estar contenta. —Su tía Constance no acababa de ver claro que aquello fuera a terminar bien, ese lunático de Crawford era capaz de casar a su hija con el mismísimo diablo.

—Seamos optimistas —la censuró Lilia.

***

Arthur despertó resacoso, no era para menos, había bebido como un cosaco; halló el olvido que buscaba, pero en esos momentos sufría las consecuencias con un dolor de cabeza que parecía que se la estuvieran partiendo en dos. Carpenter le llevó un mejunje de un color ocre oscuro.

—Señor, tómese esto, le irá bien para su malestar. —Él sabía cómo había terminado el vizconde, fue el encargado de subirlo a su dormitorio cuando sus tías se negaron a dejarlo durmiendo en el sofá.

—¿Qué diablos es?

—Mejor no pregunte, no sabe muy bien, pero es el remedio perfecto.

Arthur se tomó aquel brebaje sin saborearlo, confiaba en ese hombre, y sabía que cualquier consejo de él era bueno.

Si era sincero, debía reconocer que aquello, fuera lo que fuera, le alivió su malestar. En un rato ya estaba yendo hacia los establos para salir a cabalgar, necesitaba tomar aire fresco, y había pensado que una salida de Londres le iría bien.

Capítulo 41

Caroline ya estaba más que harta de esperar a que su padre entrara en razón y se diera cuenta de que ella no era ninguna mascota para tener encerrada. Además, todas las notas que había mandado a Arthur no habían servido de nada, este no había dado señales de vida. Sospechaba que además creyó todo lo que dijo su padre aquel maldito día en Arundel.

Él debía pensar que había estado fingiendo ese amor que floreció entre ellos, que era tan fuerte como una tormenta de verano, y eso le rompía el corazón.

Se paseaba por su habitación como un gato enjaulado, de hecho, se sentía así. No tenía noticias de su madre, y su padre solo le ladraba y la maltrataba de palabra, ya estaba más que harta. Por si eso fuera poco, cada vez que escuchaba el rodar de la llave en la cerradura, esperaba ver a aquel tipo con quien la prometió su padre sin tenerla a ella en cuenta para nada. ¿Tan poco le importaba? Esa pregunta se la había repetido mil veces desde que la arrastró a su casa desde Arundel.

En uno de sus paseos dentro de su dormitorio, se acercó a la ventana y recordó la noche en que Arthur la había sacado de su casa, muy despacio había bajado con ella por aquel enorme tejo que

estaba tan cerca de su ventana, ¿sería diestra ella para hacerlo sola?, se preguntó. Tenía que serlo, pensó. ¿Se estaba volviendo loca? Un «SÍ» muy grande le resonó dentro de su cabeza. No obstante, tanto le daba si caía y se rompía la crisma, aquello que estaba viviendo no era vida.

Con la decisión tomada, esperó a que anocheciera, con el pasar de las horas, calculaba que en poco le traerían la cena y aguantaría por última vez los exabruptos de su padre. Había planeado ir en busca de Arthur; no obstante, no haber recibido noticia alguna suya le daba muy mala espina. Seguro que había creído lo de que ella sabía que estaba prometida a otro, y se le rompía el corazón solo de pensarlo. Era posible que no quisiera saber nada de ella, solo de imaginarlo se le ponían los pelos como escarpias.

Cuál no fue su sorpresa cuando aquella noche quien se presentó en su puerta, la que la abrió, no era su padre, era su madre, y ambas se quedaron mirando unos segundos antes de fundirse en un amoroso abrazo.

—Cariño, ¿cómo estás?

Los ojos de Caroline se llenaron de lágrimas por la emoción.

—Tengo que marcharme, mamá. —La congoja se palpaba en su voz—. ¿Cómo has conseguido la llave? —preguntó al no ver que su padre las vigilara por ninguna parte.

Cordelia asentía con la cabeza, le daba miedo que en cualquier momento su zoquete esposo casara a su hija en secreto, sin que ella se enterara. Por ese motivo, lo dejó drogado con el brandy que en los últimos días tomaba a todas horas.

—Le he mezclado láudano en el licor, y está dormido, le he quitado la llave. —Le llenó las mejillas de besos—. Sí, tienes razón, debes marcharte, pero... lo haremos las dos. Cuando despierte no quiero ni imaginar lo que hará, se dará cuenta de que te he ayudado

a irte y... ¿Dónde tenías pensado partir?

Caroline se percataba de que su madre se había puesto en peligro por ella, y se le colgó del cuello con fuerza.

—No lo sé. —Al comprender que el momento había llegado y que no tenía un lugar donde sentirse protegida, unas lágrimas traicioneras le bajaron por las mejillas.

A Cordelia le extrañaba que no le dijera que iría en busca de Bellesmoke.

—Vístete con el traje de viaje y no te lleves nada, no hay tiempo para hacer el equipaje. —Caroline parecía no entender y su madre la apresuró—. Vámonos antes de que nadie se dé cuenta de lo que pasa.

A pesar de que Cordelia estaba muy resentida con su esposo por tener que alejarse, su astucia funcionaba muy bien. Hizo cargar varios baúles en su carruaje e hizo montar en él a Lewis, el mayordomo —al que no le gustaba tener que vigilar a la hija del señor, esta siempre lo trató con mucho respeto, y le había cogido cariño—, y Mary, la doncella, eso sin que el cochero se percatara de ello, y les dijo que partieran hacia Dover, haciéndose pasar por ellas, vestidos para ello. Les dio el suficiente dinero para que mantuvieran la boca cerrada y empezaran una nueva vida en otra parte. Sabía que eran pareja, ellos habían mantenido su relación en secreto; sin embargo, ella era lista y se había dado cuenta de que entre ellos había mucho más que el vínculo entre dos compañeros de trabajo.

Cuando se hubieron marchado, Cordelia tomó una gran bolsa de viaje y salió de la mansión Crawford con su hija por la puerta de atrás.

***

Crawford despertó aturdido, estaba en el sofá del salón y se preguntaba el motivo, nunca había dormido allí. Se levantó y las paredes parecieron ondularse a su alrededor. ¿Qué le había sucedido la noche anterior? Movió la cabeza tratando de despejarse y supuso que el brandy que venía tomando en los últimos días le habría sentado mal. Se levantó y fue a su dormitorio a cambiarse la ropa, sentía pesadez en los párpados, el cuerpo lo notaba pegajoso y la cabeza, embotada.

—Lewis —llamó al mayordomo sin obtener respuesta—. Lewis.

Una de las sirvientas más jovencitas acudió a su llamada.

—Milord, Lewis no está.

—¿Cómo que no está? ¿Dónde ha ido ese descerebrado? —rugió él.

—No lo sé, esta mañana no lo ha visto nadie, y la doncella tampoco se encuentra por ninguna parte.

Crawford soltó una maldición, ¿cómo podían haberse marchado? ¡Serían desagradecidos! ¡Con los años que llevaban en su familia! El vizconde no podía creerse que aquellos que habían estado en su casa durante años se hubiesen ido. Estaba indignado.

Con un mal presentimiento, fue al dormitorio de Caroline, y al abrir la puerta lo recibió una claridad que no esperaba, miró hacia la cama, estaba vacía y con el aspecto de que nadie había dormido en ella. Renegó en voz alta, fue hacia la habitación de su esposa, y cuál no fue su sorpresa cuando también la encontró con los cortinajes abiertos como si fuera mediodía. ¿Dónde diablos estaban?

Soltó un gruñido al imaginar lo que habría ocurrido la noche anterior, ¡condenada mujer! Cuando la encontrara le iba a dar una paliza. ¡Qué demonios se había creído!

Capítulo 42

Nicholas se había reunido con Harwood, un inspector de Scotland Yard con el que tenía tratos y siempre que era necesario le hacía algunos trabajos. Este, al recibir su misiva, no perdió el tiempo, iba a ganar un buen dinero, ese lord pagaba muy bien por sus servicios. Al escuchar lo que le decía no se sorprendió, había muchos aristócratas que se creían la flor y la nata, y más bien eran la porquería de la sociedad.

Dos días más tarde, volvieron a reunirse en la mansión del duque, Harwood no tuvo que escarbar mucho para descubrir los tejemanejes de ese vizconde Allwrigth; por lo dicho por la servidumbre, que era quien lo informaba, era un hombre cruel que se aprovechaba de sus semejantes de mala manera.

—Allwrigth es una mala pieza, hace trampas, apuestas amañadas, maltrata a mujeres, dice ayudar a sus conocidos y no es eso lo que se trae entre manos. —Harwood le pasaba su información a Nick, y este fruncía el ceño al escucharlo. Además, lo que le estaba diciendo era tan grave como pensaba, le sirvió un whisky de los buenos mientras escuchaba, se sentó frente a él, detrás de su escritorio, y siguió oyendo lo que tenía que contarle.

—¿Qué quiere decir? —preguntó ante sus últimas palabras.

—Se rumorea que ha tenido a dos esposas que murieron de repente, de forma sospechosa, y eran jóvenes las dos.

A Nick se le atragantó el licor, se le fue por el otro lado y empezó a toser.

—¡¿Qué?! —No podía consentir que aquella joven de la que su amigo estaba enamorado corriera esa suerte, entonces le atravesó la cabeza un rayo..., ni esa ni ninguna—. Quiero que averigüen lo que les pasó; mientras, yo trataré de alejar de él a su próxima víctima.

Nick mandó a su hombre de confianza a la mansión Crawford, y allí se enteró de que el vizconde estaba fuera de sí, que su esposa lo había abandonado y llevado a su hija; bien por esa mujer, pensó.

Al día siguiente, Harwood lo visitó, y pudo apreciar su rostro contraído, las noticias que le llevaba no eran buenas. Este le contó que una de sus esposas murió ahogada en el Támesis, que se había caído accidentalmente mientras paseaba por la orilla; y la otra fue atacada por un asaltador de caminos. Ambas estaban solas cuando aquello ocurrió, lo que hizo sospechar, pues las damas no solían ir a ninguna parte sin sus doncellas o esposos. Aparte, cuando le preguntaron a él dónde se encontraba, sus respuestas eran muy vagas. Esas dos bodas le habían supuesto un enriquecimiento considerable, y la tristeza no le había durado nada, en seguida había encontrado a quien lo consolara.

—Yo siempre sospeché que él estaba detrás de esas muertes prematuras; sin embargo, no lo he podido probar.

—Pues ya es hora de que hagamos algo —señaló el duque, y empezó a trazar planes junto a ese hombre.

***

Allwrigth se frotaba las manos, había llegado el momento de ir a

recoger a aquella novia que le haría la vida divertida; su padre se la quería quitar de encima, y él disfrutaría domando a aquella fierecilla. Se presentó en la mansión Crawford al mediodía y llamó a la puerta con la cabeza de águila de plata que adornaba su bastón.

El lacayo que le abrió la puerta lo hizo pasar al vestíbulo. Él se dio cuenta de que no se trataba del mismo hombre que hacía esa función la otra vez que había estado allí.

—Milord bajará enseguida, si me acompaña, puede esperarlo en su estudio —le anunció después de ir a avisar al señor de la casa.

La respuesta que recibió fue una sonrisa relamida, como si se creyera el rey del mundo.

Harwood hacía días que vigilaba a Allwrigth, al verlo llamando a aquella puerta, mandó a uno de sus hombres en busca del duque, y este llegó con rapidez, ambos estaban esperando que acudiera allí. El inspector, enterado de la fuga del mayordomo y la doncella, había mandado a dos agentes que se hicieron pasar por lacayos, al servicio de Crawford, y lo informaban de todo lo que se decía en aquella mansión, de los lamentos, borracheras y juramentos del lord.

Crawford maldecía bajando las escaleras, su aspecto no era el pulcro que siempre lucía, estaba de mal humor, y no trataba de ocultarlo. Entró en el estudio que le salía humo de las orejas.

—Ya era hora de que aparecieras. —Sus ojos lanzaban llamaradas, iba a practicar aquello de que «la mejor defensa es un buen ataque».

Los dos lacayos, Harwood y el duque estaban en la biblioteca que tenía una puerta que conectaba con el estudio, y al escuchar esas palabras se miraron sin poder creérselo, todos sabían que la muchacha no estaba allí.

—Crawford, no eres mi padre, no tengo que darte explicaciones. —La voz de Allwrigth sonó desagradable—. Supongo que ya has

puesto orden en tu casa, vengo a buscar a la que será mi esposa, ya he hablado con el párroco, nos está esperando. —Vio la sorpresa pintada en el rostro del otro y rio con ganas—. ¿Qué te esperabas?

—Yo...

—No me vengas con excusas, tenemos un trato, aunque antes de darle el apellido a tu hija tenemos que firmar estos papeles. —Del bolsillo interno de su levita sacó un pliego de documentos en los que Crawford le pasaba a él todas sus propiedades; este, al ver lo que pretendía, arrugó el ceño.

—¡El trato era que te casarías con mi hija! —exclamó Crawford —. Con eso ya te llevas toda mi fortuna. —Estaba muy indignado.

—Sí, claro, ya domaré yo a esa fierecilla, pero no pretenderás que me quede sin nada si a ella le ocurre algo.

—¡¿Qué dices?! —El padre de Caroline no entendía, al contrario de los que estaban detrás de la puerta escuchando—. ¿Qué estás insinuando?

En ese instante, Crawford supo que ese hombre acabaría con la vida de su hija y la suya también para quedarse con sus propiedades, fue recorrido por un escalofrío al escuchar una risa siniestra de Allwrigth.

—¿Qué pensabas, que me iba a atar de por vida a esa rebelde hija que tienes? Me gusta la variedad.

Aquellas palabras erizaron el vello de Crawford. Se había quedado con la boca abierta. En ese momento recordó algunos rumores que escuchó años atrás sobre ese hombre, a los que no había prestado ninguna atención; por lo visto eran ciertos.

—¡Maldita sea mi estampa! —renegó—. Todo el mundo te apoyó cuando se dijo que habías hecho tu fortuna quitando de en medio a tus esposas... yo el primero, pero tengo la sensación de que me equivoqué.

La cara de Allwrigth mostraba satisfacción.

—Claro que me apoyaron, idiota, tengo a la mayoría de ellos cogidos por los huevos. Al igual que tú, vinieron a mí a que los sacara de sus líos financieros, si no lo hacían se exponían a la ruina, al ostracismo social. Lo mismo que tú en estos momentos, sabes la verdad, no te expondrás a contárselo a nadie o tú y tu hija sufriréis un accidente. Será una gran pérdida, una pena. —Se le notaba la amenaza en cada una de sus palabras.

En la biblioteca, Harwood y el duque se miraban, ya tenían la confesión de Allwrigth, el vizconde era una pieza de cuidado, lo tenía todo calculado, y se iba enriqueciendo con cada lord que acudía a él, además de las damas que caían en sus manos.

—Ya he escuchado suficiente. —Nick estaba asqueado de que ese hombre perteneciera a la sociedad londinense—. Harwood, haz tu trabajo.

Aquellas palabras se oyeron desde el estudio.

—¿A quién narices tienes escondido ahí? —El tono de Allwrigth sonó más alto, y la furia estaba en cada una de sus palabras.

Crawford también se había girado, con ira en el rostro, hacia la puerta de la biblioteca.

—¿Qué está pasando aquí? —bramó fuera de sí.

La puerta de comunicación se abrió de repente, y de ella aparecieron tres hombres, a uno se le distinguía por el traje, a los otros dos no, y por último entró en la estancia el duque Ravenstone.

—¡Me has tendido una trampa, hijo de perra! —exclamó Allwrigth sacando un estoque de dentro del bastón que siempre lo acompañaba, empujó a Crawford después de atravesarlo con la afilada hoja, plantándole la bota en la espalda, hacia aquellos hombres que al menos tres eran agentes de la ley, al duque ya lo conocía, aunque no le temblaría la mano en el momento de clavarle

la hoja hasta arrancarle el último aliento.

El estudio se convirtió en un campo de batalla, los agentes trataban de esquivar aquel estoque que Allwrigth usaba con mucho acierto, impidiendo que se le acercaran. Con la furia brillándole en los ojos lo movía de un lado a otro, hirió a un agente, se giró hacia el otro y este reculó hasta la biblioteca, la cual era una maravilla. Con todas las paredes cubiertas de estanterías de madera llenas de libros, tenía dos alturas, unidas por una escalera de caracol; se iluminaba por unos tragaluces muy trabajados tallados en la misma madera. Unas columnas del mismo material aguantaban la pasarela de la segunda altura, y allí había unos angelotes desnudos que parecían observar a quien se sentara a leer en los sillones.

Harwood había alargado la mano hacia una silla muy femenina que había junto a las estanterías, con ella se defendía de esa hoja letal que empuñaba ese asesino, la lucha entre ellos hacía que chocaran con la escalera de caracol que llevaba a la pasarela superior, con los sillones, algunos quedaron volcados por la fuerza de sus embestidas; las columnas también eran inoportunas, pues al retroceder los frenaba al topar con ellas. La fuerza de estos topetazos hacía que todo se zarandeara, algunos libros caían al suelo con ruido sordo; y de repente, con uno de esos golpes, se oyó un estrépito muy fuerte, sus rostros miraron hacia arriba, y Harwood vio como uno de los angelotes se había desprendido y caía sobre Allwrigth.

Los ojos del vizconde veían aterrorizados aquella estatua que iba hacia él en caída libre, no tuvo tiempo de moverse, se había quedado de piedra, cuando sintió que algo penetraba en su cuello y el peso del angelote le tiraba la cabeza hacia atrás, haciéndolo caer al suelo. Soltó un bramido que debió de escucharse en todo Londres; sus manos, por puro reflejo, fueron hacia la herida del

cuello por donde la sangre salía a borbotones, y se ahogó con ella.

—¡Madre de Dios! —exclamó sin poder evitarlo Harwood. El pene del angelote fue lo que le causó la herida mortal, que debía llegarle hasta la garganta, además del golpe en la cabeza al caer que debía haber contribuido a que fuera más profunda.

Nick, que había estado viendo la pelea con su pistola en las manos, no pudo menos que apartar la mirada ante aquella siniestra imagen.

—¿Estás bien? —preguntó a Harwood.

—Sí, ¿y mis hombres? —Se interesó.

—Una herida de poca importancia, el que ha caído ha sido Crawford, por lo visto le ha clavado el estoque antes de lanzarlo hacia nosotros.

—La podredumbre de los nobles me sorprende cada día más. —Se quejó Harwood—. Aunque esta vez no me va a quitar ni una hora de sueño, ambos estaban cortados con el mismo patrón.

Nick asintió con la cabeza, su hombre tenía razón. Había liberado a la sociedad de un tipo que se aprovechaba de los demás y de otro que era capaz de vender a su propia hija para seguir aparentando un lujo que había desperdiciado.

Capítulo 43

Cordelia y su hija se habían trasladado a un pequeño hotel de las afueras, no querían ser reconocidas por nadie, no fuera a ser que alguien le fuera a su esposo con el cuento de dónde poder encontrarlas. Estaba pensando en viajar hacia el norte, a York, donde tenía unos parientes. No sabía nada de ellos desde hacía años, su esposo la había separado por completo de su familia.

—¿Te gustaría conocer a tus tíos de York? —preguntó a Caroline.

Esta se encogió de hombros, aún tenía los ánimos por los suelos, no se sacaba de la cabeza a Arthur, se lo imaginaba en brazos de otra mujer y le entraban ganas de vomitar, de morirse allí mismo.

—Como tú quieras —dijo sin ningunas ganas.

—Cariño, tienes que animarte, si sigues así caerás enferma.

Ella asentía con la cabeza al consejo de su madre; sin embargo, no comprendía cómo hacerlo.

Cordelia no sabía qué hacer para sacar a su hija de ese pozo en el que había caído, se la quedó mirando mientras los ojos de la joven estaban perdidos en el horizonte que se veía desde la ventana de su habitación. Y entonces lo supo, escribió una carta a Lilia, estaba segura de que esta haría lo que fuera para juntar a aquella pareja en la cual los dos sufrían por amor.

Querida Lilia:

Saqué a mi hija de aquel infierno y nos fugamos. Nadie sabe dónde estamos; sin embargo, me niego a que Caroline siga así, no come, no duerme, solo suspira por el amor de Arthur. Se le han ido las ganas de vivir, y me da miedo a que caiga enferma.

Me asegurasteis que me ayudaríais, no sé cómo se las estará apañando mi esposo, la verdad es que tampoco me importa, si está arruinado es por su mala cabeza, y pretende darnos la culpa a nosotras y hacer que le solucionemos sus problemas con las nupcias de Caroline. No lo voy a consentir. Ella nunca ha accedido a desposarse con ningún hombre, todo fue un invento de mi esposo, y ha arruinado la vida a dos jóvenes que podrían ser muy felices.

Estoy pensando en viajar al norte, tengo parientes, y quizá si alejo a Caroline de Londres, recupere las ganas de vivir una vida plena, de encontrar algún hombre que la ame, de volver a ser esa jovencita alegre, risueña y enérgica. Cuando la veo tan triste se me rompe el corazón.

No os extrañéis si corre la voz de que he abandonado a mi esposo, es cierto, pero tened en cuenta que estamos bien, no permitiré que nada le pase a mi hija. He dejado de ser la esposa entregada, no pienso volver a inclinarme ante ningún hombre.

Con cariño.

Cordelia

Al terminar de escribirla pensó a ciencia cierta que sus amigas la pondrían en manos de Arthur, si este no reaccionaba era porque no se merecía a su hija; le daría unos pocos días para que las encontrara, y si no se dejaba ver, se marcharían.

Cuando la carta llegó a su destino, Lilia y Constance estaban que no les tocaba la piel al cuerpo, el día anterior Nick les había anunciado la muerte de Crawford, y al no saber nada de Cordelia ni de su hija, se temían que las hubiese encerrado en algún convento y no se hubiesen enterado.

Arthur también vagaba como un alma en pena por la casa, se pasaba horas en el jardín con un libro en las manos, pero estaban seguras de que si le preguntaban, no sabría decirles de lo que trataba, pues sus ojos plateados no se apartaban del horizonte y miraban sin ver.

—Ya estoy bien harta, hermana —dijo Constance después de leer la carta que iba dirigida a Lilia y que esta le había dado para que la viera—. Es hora de que nos pongamos en movimiento. —Ambas se levantaron a la vez de aquel sofá tan femenino que tenían en el saloncito y fueron al encuentro de Arthur.

—Hijo, toma, lee —ordenaron al llegar a un banco de piedra en la parte más alejada de la casa.

—Tías, ¿qué es esto? —Quiso saber, malhumorado; quería que lo dejaran tranquilo lamiéndose las heridas del corazón en soledad.

—Léelo. —El tono de voz de Lilia no admitía réplicas.

Él supo que no lo dejarían tranquilo hasta que no lo hiciera, se resignó y leyó la misiva; a medida que lo hacía se iba poniendo más tieso, parecía que se le iba pasando el desánimo. Sus ojos recorrieron aquellas líneas dos veces, al fin levantó la cabeza con un brillo que sus ojos hacía días no presentaban.

—¿Dónde están? —Arthur sentía que el corazón, que hacía días

que no sentía en su pecho, había despertado y le golpeaba las costillas como si le estuviera diciendo que tendría que haber confiado más en ella. Se levantó como si de repente notara que estaba sobre un avispero.

—No lo sabemos. —Le enseñaron el sobre en el que había llegado, él lo miró y supo que tendría que recorrer todos los hoteles de la ciudad, por lo que decía la carta no podía entretenerse, si lo hacía era posible que llegara tarde y ellas se hubiesen marchado. Salió de la casa a la carrera, montó en su semental y fue en busca de sus amigos, ellos podrían ayudarlo.

Al llegar a la casa de Nick, este lo estaba esperando mientras hablaba con Fred.

—¡Te has tomado tu tiempo! —Le recriminó mirándolo con una ceja alzada.

—¿De qué hablas? He venido a pediros ayuda para encontrar a Caroline y a su madre. Han abandonado a Crawford.

—¿Es que no te has enterado? —Nick era consciente del amor que lo unía a Caroline y había imaginado que fue quien la habría sacado de su casa. Al ver la cara de incomprensión de Arthur, arrugó el ceño—. ¿Es que no sabes que Crawford murió ayer? ¿Es que has estado en las nubes? Te mandé un mensaje.

—Que no leí.

—Eso es evidente —terció Nick moviendo la cabeza.

Arthur se dio cuenta de lo ridículo que era ahora pensar en lo mal que estuvo, cuando lo que quería era encontrar al amor de su vida, y le importaba un bledo lo que le hubiese sucedido a su padre.

—He estado en la luna, y ahora he bajado y te necesito, ayúdame a encontrar a Caroline.

Después de lo ocurrido en la mansión Crawford el día anterior, la habían registrado de arriba abajo buscando a la muchacha. No

obstante, no la hallaron en ningún sitio. Interrogaron a la servidumbre y estos tampoco sabían nada; ella y su señora madre habían desaparecido.

—No has preguntado cómo murió Crawford —señaló Fred, al que había impresionado a la vez que le encontraba una justicia divina al modo en que abandonó este mundo.

—No me importa, ¿me vais a ayudar o no?

Fred y Nick se miraron, hacía días que sabían que su amigo estaba mal. Ahora tenían delante al Arthur de toda la vida, enérgico, impaciente y mandón.

—¿Acaso lo dudas? —Fred frunció el ceño al hablar mientras se ponía en pie y Nick con él.

***

Los tres recorrían los hoteles de la ciudad preguntando por una madre y una hija morenas con ojos verdes y muy atractivas. Al no hallarlas, Arthur se estaba desesperando cuando Fred sugirió que recorrieran los establecimientos más humildes y de las afueras de Londres, allí no las buscaría nadie.

—Alojarse en uno de lujo es como pedir que se las encuentre enseguida —razonó Nick.

Arthur se daba cuenta de la validez de esa explicación. La tarde llegaba a su fin cuando entraron en una posada humilde pero limpia. El dueño les dijo que no podía ir dando información de sus huéspedes, lo que era una explicación muy válida.

Sin embargo, Fred se daba cuenta de que su amigo estaba ya muy alterado al no encontrar a Caroline.

—Mire, señor, su actitud es admirable, pero necesitamos encontrar a esas damas, una de ellas ha enviudado y querrá saber

que su esposo ha muerto.

El hombre lo miró con duda, Fred se daba cuenta de que no lo creía.

Nick, que tenía más don de gentes, sugirió:

—Señor, si quiere puede estar presente cuando nos veamos con las damas, y verá que no somos ningunos sinvergüenzas.

El dueño de la posada arrugó la frente.

—Yo no les he dicho que están aquí —replicó el hombre.

—Pero no me equivoco si lo pienso, ¿verdad? —La voz de Nick marcaba muy bien que se trataba de un caballero, que era un lord de alto rango—. Llevamos horas buscándolas, si usted fuera tan amable de decirles que el conde Wrigh, el vizconde Bellesmoke y el duque Ravenstone están aquí, nos haría un gran favor. Si ellas no quieren vernos, nos marcharemos.

El hombre dudó un segundo, y después de pensar en lo razonable de la petición, asintió con la cabeza.

—Esperen aquí.

Nick escuchó un suspiro que soltó Arthur cuando el tipo subió las escaleras.

—No cantes victoria, aún no sabemos si querrán vernos —advirtió a su amigo, con lo que recibió un resoplido por parte de este.

—Seguro que sí —habló Fred viendo cómo Arthur encajaba las muelas y apretaba los puños.

Capítulo 44

Cuando Cordelia escuchó quiénes habían acudido a buscarlas se le dibujó una gran sonrisa en los labios.

—Cariño, ha venido a buscarte —dijo refiriéndose al vizconde Bellesmoke—. Oh, me siento tan contenta por ti.

Caroline notaba que el corazón le iba a salir por la boca, le palpitaba de forma errática y con fuerza. Sin embargo, el miedo la dejó sin poder moverse, era evidente que él había creído lo que dijo su padre, no quería enfrentarse a lo que debía pensar de ella.

—Tal vez, lo único que quiere es echarme en cara el haberlo engañado, cuando no lo hice.

—Tonterías, niña, sé de buena mano que él lo ha estado pasando tan mal como tú.

Caroline miró a su madre con las cejas levantadas, ¿qué pretendía, engatusarla? Con lo guapo y atractivo que era Arthur seguro que tenía a las mujeres babeando detrás de él.

—No lo creo, estoy convencida de que ya tiene a otra derretida por sus caricias.

Cordelia se extrañó de aquellas palabras, y la observó entrecerrando los ojos.

—¿Qué sabes tú de sus caricias?

La joven se estremeció al recordar la sensación de aquellas manos sobre su cuerpo.

—Oh, no, nada, solo... —No sabía por dónde salir del atolladero —. Es un hombre que cuando bailas con él, sabe conducirte muy bien.

Su madre no terminó de creerlo, vería por dónde salía el vizconde antes de volver a indagar sobre el tema.

Toda la conversación estaba siendo escuchada por el posadero, que estaba esperando para que le dijeran qué respuesta debía darles a esos lores, y no sabía hacia dónde mirar; clavó los ojos en el techo como si no estuviera allí.

Cordelia se dirigió a él:

—No es apropiado que recibamos a esos caballeros aquí en el dormitorio, ¿tiene alguna sala privada donde podamos reunirnos?

—Sí, señora.

—Pues condúzcalos allí, nosotras bajaremos enseguida.

Caroline negaba con la cabeza; que fuera su madre y se enterara del motivo de su búsqueda, su corazón ya estaba suficientemente maltrecho. No obstante, no lo logró; Cordelia se empecinó en que la acompañara al piso inferior, sabía por Constance y Lilia que Arthur había sufrido tanto como su hija, ya era hora de poner fin a todo ese embrollo.

El posadero las condujo a una sala del primer piso donde se reunían los viajeros más pudientes, les abrió la puerta, y al momento los tres hombres que estaban sentados en la mesa se levantaron para saludarlas. Nick y Fred les besaron los nudillos a las dos, mientras que Arthur se había quedado estático con los ojos plateados clavados en Caroline, ninguno de los dos apartaba la mirada del otro, era como si ese hilo rojo que decían que unía a las almas gemelas no se lo permitiera. Al fin fue él quien se le acercó

con lentitud, como si de repente se hubiesen quedado solos y todo a su alrededor se hubiese esfumado.

—Te he echado de menos, pero si me dices que no quieres volver a verme no te molestaré más. —Aquellas palabras pareció que se las arrancaran de su corazón—. Aunque me cueste la vida misma, lo que deseo es que seas feliz, y si no puedo ser yo quien consiga que lo seas, me apartaré y dejaré que otro haga de ti la mujer más dichosa.

Esos dichos hicieron que un nudo cerrara la garganta de Caroline, haciendo que sintiera que le faltaba el aliento, ¿había entendido bien? Su cabeza le daba vueltas, ¿acaso Arthur le estaba diciendo que se sacrificaría para que ella fuera feliz con otro hombre? No podía haber entendido bien, ella solo lo sería con él.

—Habla claro, no tengo la cabeza para acertijos. —La voz de Caroline era baja y acongojada—. Me amas o no, no quiero dar nada por sentado; si es que no, prefiero que me lo digas y no estar centrada en una terrible incertidumbre. Nada de adivinanzas.

Los demás que los acompañaban en aquella sala se habían quedado callados, no querían romper la telaraña que estaba envolviendo a Caroline y Arthur.

Él salvó el espacio que aún los separaba, se quedó a un suspiro de ella, se inclinó y le susurró:

—Te amo más que a mi vida, estos días sin ti han sido una muerte en vida, me faltaba el aire, las ganas de vivir, sentía un gran vacío allí donde debería palpitar mi corazón. Si me dices «adiós» será como si me estuvieras clavando una daga en el pecho...; sin embargo, aceptaré tu decisión porque te quiero, y quiero que seas feliz.

Los ojos verdes estaban enganchados a los plateados. Caroline no podía creer lo que estaba sintiendo, la estaba recorriendo una

emoción tan grande que se había olvidado de respirar, pero no le importaba, ¿a quién le hacía falta cuando el hombre al que amaba le decía esas cosas tan bonitas? Su misma cercanía la estaba perturbando, y en ese momento fue ella la que se acercó a él hasta que entre ellos no cabía ni un suspiro. Se elevó sobre las puntillas de sus pies, lo cogió por la pechera de su levita, y tiró para que se inclinara y poder llegar a sus labios. Lo besó con todo el amor que anidaba en su corazón.

Arthur la envolvió en sus brazos y participó con ganas en aquel intercambio de placer, ambos se habían olvidado que no estaban solos.

Una tos los sacó de aquella nube apasionada que los recorría en oleadas; al escucharla, ambos se separaron, aunque él no la soltó, entrelazaron sus miradas y Arthur murmuró:

—Me harías el hombre más feliz del mundo si aceptaras convertirte en mi esposa. Te prometo que te amaré cada día un poco más, que te protegeré con mi vida si es necesario, y que cuando seamos viejitos podrás mirar hacia atrás y estar satisfecha de todos los años que compartimos.

Caroline se estaba emocionando por aquellas palabras tan bonitas, y no fue consciente de que su madre sorbía por la nariz; la mujer estaba tan feliz por su hija que se le saltaban las lágrimas de emoción.

Fred miraba incrédulo a la pareja, y no fue consciente de que soltaba por la boca lo que se le pasó por la cabeza:

—Como Diana se entere de esta preciosa declaración de amor, me exigirá una para ella.

Nick ahogó una carcajada.

Todos estaban a la expectativa de lo que respondiera Caroline.

—Claro que quiero ser tu esposa, te amo, ¿cuándo nos casamos?

Aquella respuesta arrancó sonrisas a todos los que habían escuchado la conversación.

—Amigos, mientras vosotros le contáis a lady Crawford lo ocurrido, yo voy a llevar a la que será mi esposa a dar un paseo. —Arthur no quería que ella escuchara el modo en que su padre había muerto. No dudaba ni por un momento que era muy posible que lo oyera de la servidumbre de su casa o bien de las cotorras de Londres, pero en esos momentos no quería que nada enturbiara su felicidad.

Epílogo

La boda de Arthur y Caroline estuvo llena de magia, de amor, de miradas cómplices. Los novios no podían ocultar la adoración que los unía, se regalaban sonrisas cada vez que sus miradas se enganchaban. El párroco tosió en varias ocasiones al ver que no le prestaban atención, que estaban más pendientes el uno del otro que de sus palabras.

—Vaya, creo que este cura está resfriado. —Fred sonreía como un demonio.

—Sh. —Lo hizo callar su esposa.

Nick miró a su amigo y asintió con la cabeza apretando los labios para no reír.

Aileen se acercó a la oreja del duque y le susurró:

—Si el párroco no se da prisa, esas miradas encendidas derretirán las velas, y se le pueden quemar las vestiduras.

Nick disimuló con una tos la risa que le causó el comentario, su esposa había aprendido muy pronto a embromar a los demás, y le encantaba.

Aquella boda dio mucho de que hablar, no se había guardado nada de luto por la muerte del vizconde Crawford, y su esposa estaba de festejo en la boda de la joven. La celebración fue íntima,

los amigos más cercanos y la poca familia que residía en Londres, esa fue la única concesión que hicieron por la muerte del padre de la novia. Esos fueron los comentarios que circularon por toda la alta sociedad. Lo cierto fue que al enterarse Cordelia de todo lo que su esposo había hecho, renegó de él; y aunque se juró a sí misma no desvelar lo sucedido, tampoco lo iba a defender ante nadie. Su esposo estaba muerto y enterrado. ¡Al infierno con él!

Arthur estuvo en todo momento pendiente de su flamante esposa, quien se había vestido con una vaporosa creación de satén color marfil que resaltaba todas sus curvas; estaba hermosa, su cabello negro estaba recogido de tal forma que solo le bajaba un grueso rizo por el hombro derecho. Nunca había visto una novia que vistiendo tan sobria luciera tan elegante; eso solo lo podía hacer su forma de moverse.

Fue un día digno para recordar, sus amigos y sus hermanas no tuvieron compasión, y para añadir más leña al fuego, tampoco sus tías.

—Hijo, reconoce que te has llevado la joya más valiosa de toda la ciudad —decía tía Constance.

Él miraba a Caroline embobado.

—Hermana, es que nosotras, cuando nos proponemos lo que sea, lo conseguimos —contestaba Lilia con cara de satisfacción.

Arthur las miraba sin comprender.

—La he conquistado yo, no ustedes —aseguraba él.

Las mujeres se miraban con una risita brillándoles en los ojos.

—Nosotras ya habíamos planeado que os encontraseis.

—Ahora resulta que tengo unas casamenteras en la familia. —Las embromó él.

—Pues sí, hijo, ya ves lo que hemos tardado en casaros a los tres. —Chuleaba tía Lilia.

Siendo ese su día, dejó de prestarles atención, que creyeran lo que quisieran. Fue en busca de Caroline, que estaba bailando con Nick.

—Aileen te está buscando —dijo para separarlo de su bella esposa.

—Si lo que quieres es bailar con Caroline, lo que tendrás que hacer es aguardar tu turno, creo que la cola es muy larga. —Le tomaba el pelo el duque—. Mi esposa sabe dónde estoy; mírala, te está saludando con la mano, quizá deberías ir a ver qué quiere.

Arthur notó que Caroline se divertía con aquella controversia y decidió seguirle el juego a Nick. Al llegar al lado de su hermana, esta lo recibió con una luminosa sonrisa.

—Estoy tan contenta por vosotros, ahora nos toca empezar a tener niños para que jueguen los unos con los otros. De momento, Diana y Fred ya están en ello. ¿Te imaginas a las tías, que serán sus abuelas, en Arundel con la casa llena de niños?

—Como sean todos tan atrevidos como tú, las harán envejecer antes de tiempo. —La chinchó él.

—Debo reconocer que si yo no lo he conseguido, ellos tampoco lo harán.

Se rieron los dos.

—¿Qué es eso tan divertido? —Quiso saber Fred, que estaba caminando por la sala con su esposa del brazo.

—Hablábamos de bebés.

—¡¡¡¿Estás embarazada?!!! —preguntó Diana tocándose la tripa en la que crecía su hijo.

—Le estaba diciendo a nuestro hermano que debe espabilarse y darle primos a tu hijo.

—Y tú también —replicó Diana mirando a su melliza.

—Estoy en ello —aseguró Aileen.

—De eso puedes estar seguro. —La voz de Nick sonó a sus espaldas, Arthur se giró y sus ojos se clavaron en la boca suculenta de la esposa.

—No puedo dejar que me paséis adelante, me pondré en ello esta misma noche. —Entonces, guiñando un ojo a su esposa, la tomó de la mano, le besó los nudillos y la condujo al centro de la pista de baile; por mucho que le apeteciera llevarla a su dormitorio y hacerle el amor mil veces, deseaba que disfrutara de ese día.

Caroline se sentía derretir cuando él la tomaba entre sus brazos, cuando la miraba de esa forma tan ardiente, en el momento que se inclinaba y le susurraba en el oído lo bonita que estaba, y su aliento le calentaba el cuerpo entero.

—Esposo mío, ¿no desearías más estar a solas conmigo haciendo...? —Caroline vio como él le tapaba la boca con el dedo pulgar y le acariciaba los labios, sonrió al notar que el solo hecho de pensarlo lo excitaba, había advertido un suave movimiento entre las piernas de él, que la tenía pegada a su cuerpo. Sonrió de esa forma que lo tenía enamorado.

—Esposa, sería muy egoísta si en un día como este te apartara de tus seres queridos.

Ella se puso de puntillas, le mordió la barbilla, no llegaba más allá.

—Cariño, sé egoísta.

Arthur no se lo hizo repetir, la tomó de una mano y, con disimulo, la llevó hasta el vestíbulo, donde la escalera los conduciría arriba; subieron los peldaños corriendo como niños, libres y alegres.

¡¡¡QUÉ FELICIDAD!!!

Nota de autoras

Esta novela es el punto final la trilogía de los «Bellesmoke», unos hermanos que sin desear pasar por el altar, los tres cayeron bajo las flechas de Cupido sin esperarlo, aunque este tuviera ayuda por parte de terceras personas muy entrometidas.

Es cierto que tuvieron que esperar su momento para poder susurrarnos al oído lo que querían que escribiésemos, por otras muchas historias. Fueron unos personajes muy divertidos, convivir con ellos ha sido toda una experiencia de risas y entretenimiento brutales; crearlos, darles vida y hacer que las burlas entre ellos no tuvieran fin fue lo que durante muchos meses nos ha mantenido delante de las teclas. Por ello, esperamos que os gusten tanto como a nosotras.

Si a ti también te ha gustado, háznoslo saber en cualquier red social.

Redes sociales de S. F. Tale:

Facebook: SF Tale

Instagram: s.f. tale

Redes sociales de Marian Arpa:

Facebook: Marian Arpa

Instagram: @marian_arpa

X: Marian Arpa15

Los escritores nos alimentamos de vuestros comentarios. Muchas gracias por leer.

Agradecimientos

A ti, lector@, por ser y estar. Por darles una oportunidad a Arthur, Diana y Aileen, los tres hermanos Bellesmoke a los que les ha encantado acompañarte. Muchas gracias.

A Lola Gude, la que nos anima a sacar estas hilarantes historias, la que nos aconseja y nos permite divertirnos y pasarlo muy bien haciendo lo que más nos gusta. Sin ti nada de esto sería posible. Te queremos.

A nuestras familias.

A toda la gente que nos acompaña en estos procesos y que a veces hasta aportan su granito de arena.

Besos a todos.



Damas chismosas, caballeros atrevidos, lores sin escrúpulos, jóvenes dispuestas a todo para cazar un buen partido. Pero entre todos ellos destacan los hermanos Bellesmoke, guapos, elegantes, ricos, capaces de romper las reglas cuando les conviene. El Londres victoriano se ha convertido en una jaula de lucha de voluntades, mentiras desvergonzadas, fuegos arrolladores, irresistibles pasiones y trampas escandalosas.

Cuando el corazón toma las riendas, no vale de nada escapar del amor.

Arthur Bellesmoke no está por la labor de casarse, sus hermanas ya lo están y su título de vizconde lo pueden heredar cualquiera de sus hijos. Con ese pensamiento no se siente presionado. Sin embargo, tiene unas tías que se han propuesto hacerlo pasar por el

altar, utilizando cualquier tejemaneje para encontrar a la esposa adecuada. No todas las mujeres están dispuestas a caer rendidas a los encantos del vizconde.

¿Lograrán encontrar una mujer que le haga perder el alma y el corazón?

Caroline Crawford parece la única dama a la que no le interesa ni la cartera ni los títulos de los caballeros, ya que solo acude a los bailes por el interés de su madre. El secreto que esconde no la ayuda a querer encontrar un esposo, más bien a alejarse de cualquier caballero. Pero todo cambia cuando su madre le presenta a Arthur.

¿Podrá seguir huyendo del amor?

Enredos, risas, familias entrometidas, y un enemigo que acecha desde las sombras…

¿Será su amor capaz de vencer todas las dificultades?

Marian Arpa es el seudónimo con que María Antonia Ariño Parra firma sus novelas románticas. Vive en Reus, su ciudad natal, con los tres amores de su vida: su marido y sus dos hijos. Su afición por la lectura la llevó a leer todo lo que caía en sus manos desde muy joven, hasta que un día la novela romántica la atrapó, y sumida en relatos de castillos y damas en apuros, Escocia, Irlanda e Inglaterra, pensó que también podía haber historias de amor actuales. Desde ese momento dejó volar su imaginación y empezó a escribir.

S. F. Tale es el seudónimo de una autora nacida en Ferrol el 1 de julio de 1982. Amante de los libros y enamorada de las letras, se licenció en Humanidades, sin olvidarse de su cuaderno en el que dibujaba el mapa de esas historias que le gustaría escribir. Su primera novela, *Mi mal de amores eres tú*, ha resultado finalista del VII Certamen de Novela Romántica Vergara-RNR.



Edición en formato digital: julio de 2026

© 2026, S. F. Tale y Marian Arpa
© 2026, Penguin Random House Grupo Editorial, S. A. U.
Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

Diseño de portada: LoEs Servicios editoriales, Myrian Giordano
Imagen de SHUTTERSTOCK: CreativeStory, GreyLilac

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección de la propiedad intelectual. La propiedad intelectual estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes de propiedad intelectual al no reproducir ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. De conformidad con lo dispuesto en el art. 67.3 del Real Decreto Ley 24/2021, de 2 de noviembre, nos reservamos expresamente la reproducción y el uso de esta obra y de todos sus elementos mediante medios de lectura mecánica y otros medios adecuados a tal fin. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, http://www.cedro.org) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

ISBN: 979-13-87818-17-3

Conversión digital: leerendigital.com

Facebook: penguinebooks
Facebook: SomosSelecta

Twitter: penguinlibros
Instagram: somosselecta
Youtube: penguinlibros

«Para viajar lejos no hay mejor nave que un libro».

EMILY DICKINSON

Gracias por tu lectura de este libro.

En **Penguinlibros.club** encontrarás las mejores recomendaciones de lectura.

Únete a nuestra comunidad y viaja con nosotros.

Penguinlibros.club

Penguin Random House Grupo Editorial

Penguinlibros

Índice

De tu esposa nos encargamos nosotras
Prólogo
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17

Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31
Capítulo 32
Capítulo 33
Capítulo 34
Capítulo 35
Capítulo 36
Capítulo 37
Capítulo 38
Capítulo 39
Capítulo 40
Capítulo 41
Capítulo 42
Capítulo 43
Capítulo 44

Epílogo
Nota de autoras
Agradecimientos
Sobre este libro
Sobre las autoras
Créditos